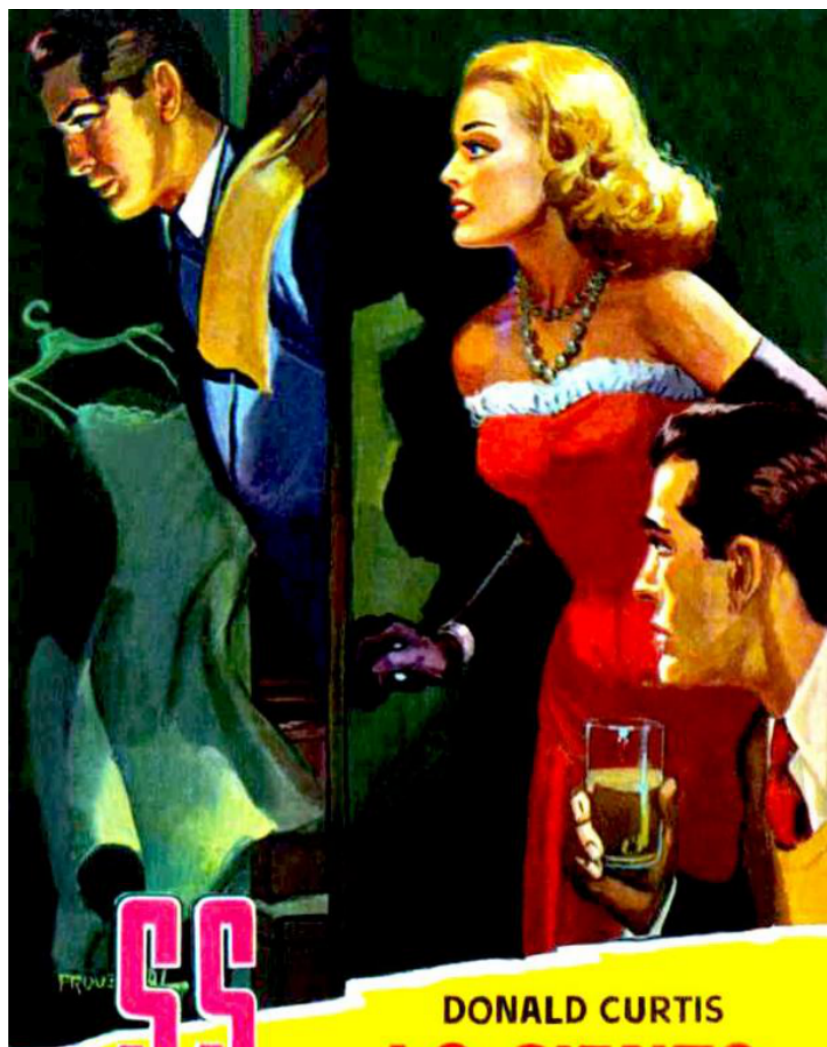




SS

SERVICIO
SECRETO

DONALD CURTIS
**LO SIENTO,
QUERIDA**

DONALD CURTIS

LO SIENTO, QUERIDA

1ª EDICIÓN
ABRIL-1955



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

**OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

318. — El hombre de Louisiana. 360. — Río Serpiente.

En Colección SERVICIO SECRETO:

175. — Cerco de sombras. 213. — Pasaje a Oriente. 222. — Yo fui asesinado. 226. — «Operación Cobalto». 240. — Sin tiempo que perder.

En Colección BUFALO:

32. — Violencia en el Cimarrón.

En Colección PANTERA:

8. — La carga de Llano Rojo.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS MUY FORMADAS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

LO SIENTO,
querida.
POR DONALD CURTIS



CAPÍTULO PRIMERO

Frankie Farrell sacó su petaca de mal *whisky*, echó un trago, después otro, e hinchó el pecho con aire de héroe legendario. Se dijo que si ahora no se atrevía, no se atrevería nunca. Un hombre con sólo media botella de *whisky* en el estómago puede, incluso, vacilar en tales circunstancias. Pero cuando la primera petaca se ha agotado y uno la emprende con la segunda, no hay duda que valga. Así, Frankie Farrell lanzó un suspiro muy fuerte, tapó de un manotazo el manantial de su valor y se lanzó al ataque.

—¿Qué te ocurre, Frankie? —preguntó un compañero, viéndole pasar con la cabeza inusitadamente alta y unos andares sorprendentemente firmes y decididos—. ¿Has dado ya con la fórmula para la nueva serie de «Crímenes Históricos»?

Pero ya Farrell había penetrado como una tromba en el despacho del honorable Bruno Malcomb, sin preocuparse gran cosa de la reunión que allí se estaba celebrando.

—¡Frankie! —exclamó Malcomb, levantándose—. ¿Qué quiere usted ahora?

—Necesito un aumento, señor.

—¿Qué?

Frankie había visto perfectamente al hombre de cabellos grises y rostro de banquero que estaba sentado frente a su jefe. Con mucho más motivo vio también a la muchacha de pelo oscuro y traje sastre, que le acompañaba. Pero él había ido a lo suyo.

—Necesito que me aumente el sueldo —repitió.

—Oiga, Frankie, si ha vuelto a emborracharse, le agradeceré que...

Frankie cortó a su jefe sin diplomacia.

—¿Me lo va a dar o no?

—¡No! —bramó Malcomb, dando un puñetazo en la mesa, que sólo impresionó al hombre de cabellos grises. La joven miró con

ojos risueños color castaño, al impertérrito Frankie. Y sonrió, divertida.

—Hoy me echan de casa, jefe —continuó obstinadamente Frankie—. Debo mucho, no tengo un céntimo y lo que cobro no me llega.

Malcomb, rojo de ira, se volvió a sus visitantes.

—Les ruego perdonen esta situación. Ya comprenderá usted, señor

O'Leary,

que se ha emborrachado y...

—No, no, señor Malcomb, eso es falso —protestó Frankie con dignidad—. No he bebido y estoy diciendo lo que es cierto.

—¿Sabe que es un individuo gracioso? —sonrió

O'Leary,

examinando al joven Frankie—. Y no parece estar borracho.

—Gracias, señor —se volvió Frankie a él, alisándose con una mano los cabellos, en un inútil esfuerzo para aparecer presentable—. ¿Usted nunca necesitó que le aumentasen el sueldo alguna vez?

—Muchas —admitió

O'Leary,

haciendo esfuerzos por no soltar la carcajada—. Comprendo perfectamente su punto de vista, señor...

—Farrell. Frankie Farrell. Trabajo con el señor Malcomb.

Tendió una mano a

O'Leary

que se la estrechó jovialmente. Malcomb les observaba con asombro. La chica seguía sonriendo.

—Mire, Farrell —dijo, por fin, conteniéndose—. Es usted un buen chico, y muy trabajador, lo admito. Cuando no bebe demasiado tiene imaginación para hacer relatos de crímenes bastante buenos. Sus ideas nos son muy útiles, y creo que tiene bien ganado su puesto en la sección de guionistas de mi editorial. Pero si desea un aumento de sueldo, debería elegir momentos más oportunos. ¿Estamos?

—Sí, sí, perdóneme —dijo, contrito—. ¿Pero me aumentará...?

—¡Sí, y váyase al diablo! —bramó Malcomb, enfadado.

—Gracias, jefe —el rostro delgado y risueño de Frankie se animó con una sonrisa. Sus ojos agudos se clavaron en los visitantes, sobre

todo en la chica—. Encantado, señor O'Leary.
Señorita...

Ella hizo una leve inclinación, ampliando su sonrisa. Frankie pensó que tenía una boca estupenda, y salió del despacho.

Una vez en su propia mesa de trabajo, pensó si continuaría su guion de la próxima serie de novelas terroríficas, que la «Malcomb Triller Books» tenía en proyecto de lanzamiento. Pero reflexionando más detenidamente, decidió que arrancarle al viejo judío un aumento era todo un triunfo, y que un triunfo se debe celebrar. Cuando la petaca de *whisky* volvió a su bolsillo posterior, no quedaba en ella ni una gota. Alegrementemente, Farrell se dijo que aquello era celebrar bien las cosas.

Frunciendo el ceño miró su reloj. Aún le quedaban dos cochinas horas de trabajo en aquella mazmorra. Lanzó un suspiro de nostalgia, pensando en los estupendos «dobles» de «Brown's»,

y por fin continuó su guion. Al pasear los ojos sobre el título hizo un gesto de desagrado: «Noche de sangre». Era estúpido y truculento. Pero es lo que quería el público, y para Frankie Farrell, como para el honorable Malcomb, el Público llevaba letra mayúscula y tratamiento de nobleza.

Sin llamar a la puerta, que era como entraba todo el mundo en aquel cuchitril que Frankie calificaba fantásticamente de despacho, penetró el rubio Mike, con los bocetos de unas portadas.

—Echa una ojeada a esto, Frankie. ¿Te gusta?

Frankie lanzó un gruñido.

—No blasfemes, Mike. ¿Crees que puede gustarle a nadie esa borrachera de sangre, cadáveres y rostros aterrorizados?

—El dibujante está orgulloso de ellas —protestó el chico.

—Lo creo. Siempre fue un imbécil —echó una mirada lastimosa a las truculentas cubiertas, todas ellas con vivos tonos rojos y chicas procaces, cuyas ropas se debían romper con mucha facilidad, a juzgar por las muestras.

Las aprobó, después de opinar que en una de ellas faltaba algo de fondo sangriento, y que en otra la chica debía lucir claramente una pierna, que apenas si se veía, oculta por un espeluznante arcón egipcio. Frankie opinaba que, en el dilema, los lectores se sentirían

más atraídos por la pierna femenina que por el sarcófago.

Se fue Mike, volvió Frankie a tratar de inspirarse para proseguir su guion, y volvió a notar que se abría la puerta.

—¿Queréis largaros todos al mismo infierno y dejarme...? —empezó a chillar, pegando un porrazo sobre el teclado de su máquina.

Pero no hizo sino empezar, porque su visión era la joven del cabello castaño oscuro y ojos risueños, que estaba con

O'Leary

en el despacho del jefe.

Aun con dos petacas de *whisky* entre pecho y espalda, Farrell no había perdido la relativa corrección, que todavía conservaba milagrosamente. Se incorporó con gesto de disculpa.

—Oh, perdone, no sabía... Creí que era alguno de los moscones de la oficina. Pase y siéntese, por favor.

Era alta y muy esbelta. El traje sastre le caía bien, aunque tal vez restaba encantos a la figura. Farrell admiró sus armoniosos movimientos cuando entró sin vacilación y se sentó al borde de la mesa.

—He venido a importunarle, señor Farrell —dijo con voz agradable y bien timbrada—. Usted tiene que trabajar... Y más ahora, que cobra un sueldo mayor.

—Oh, es igual —Frankie, mecánicamente, volvió a su ademán de alisarse los cabellos, que siguieron desordenados—. Es un trabajo insoportable. ¿No ve?

Señalaba las paredes, adornadas con las cubiertas y anuncios de las más populares novelas lanzadas por Malcomb al mercado. La joven contempló divertida el tétrico panorama de monstruos, luchas, vampiros y ríos sangrientos, salpicado aquí y allá por las curvas exageradas de unas heroínas impresionantes.

—¿Cree que con eso ahí se puede uno inspirar? —se quejó Farrell—. Ni las chicas consiguen ser reales.

—La inspiración en estas novelas suele llegar a tantos centavos la línea, ¿no? —comentó la joven.

—Eso es lo malo —Frankie se sentía confidencial. Siempre le ocurría lo mismo con *whisky* encima y chicas al lado—. Escribir horrores, asesinatos, robos, secuestros... Hombres fuertes y heroicos, damitas de una hermosura excepcional, malos y buenos,

peleas y tiros en cada página... En fin, todo aquello que en la vida real jamás ocurre.

—¿No? —le miró ella con interés—. ¿Cree usted que eso no pasa en la realidad?

Frankie rió sordamente.

—Me hace usted gracia. Parece una chica sensata y, sin embargo, cree que pueden ser ciertas esas historias de crímenes que venden en los quioscos a diez centavos el volumen.

—A veces pueden serlo, señor Farrell.

—¡Bah! Si pregunta a cualquier funcionario de policía le dirá que los asesinatos, en la realidad, son condenadamente aburridos y rutinarios. No hay emoción alguna ni casi misterio. Un tipo liquida a una chica, o la chica mata a otro... Celos, dinero o cualquier cosa de esas que se averiguan a las pocas horas. Nada.

Ahora fue ella quien se echó a reír irónicamente.

—¿Qué diría si le contase a usted que una amiga mía está escribiendo un caso absolutamente real, sobre un crimen cometido hace quince años... y cuyo autor aún no ha sido descubierto?

Farrell empezó a sentirse interesado.

—¿Una amiga suya, dice?

—Sí. Elaine Powers.

—¿Powers? —las cejas de Farrell se juntaron al meditar—. ¿Powers? Oí hablar de una Elaine Powers, pero ésa era la hija del multimillonario y se dedicaba a pintar.

—Exacto. Es la misma.

—Oh, bueno, siempre hay casos sin resolver en los archivos. ¿Qué puede importarle a ella ese caso concreto, para convertirse en escritora de dramas policíacos?

La muchacha miraba fijamente a Frankie.

—Elaine está siempre aburrida. Le sobran millones y comodidades, y eso es lo malo para una chica joven. Necesita emoción, cosas nuevas.

—¡Je! —se mofó Frankie—. ¿Y cree que va a encontrar emociones en esta condenada profesión? ¿No me ve a mí? Dígle a su amiguita que vaya a Europa y se gaste unos miles en la Costa Azul. Le resultará más divertido que escribir historias espeluznantes.

—No conoce usted a Elaine, amigo mío:

—No creo que me interese mucho conocerla —manifestó secamente, pensando a dónde diablos iría a parar con su charla insubstancial.

—En eso no estoy de acuerdo —la joven volvió a sonreír—. Usted podría serle muy beneficioso a Elaine.

—¿Yo? —se extrañó Frankie, abriendo mucho sus ojos grises—. Es lo más absurdo que he oído.

—Déjeme hablar, señor Farrell. Elaine está recogiendo datos, fechas y demás material para su novela. Necesita después ordenar todo eso, y trazar la novela de un modo lógico y correlativo. Ayer me hablaba ella de que no le importaría pagar un buen sueldo a alguien, si le ayudasen unas cuantas horas al día en su labor. ¿No le irían bien a usted unos... pongamos diez dólares diarios, por colaborar con Elaine en la tarea de clasificación y ordenación?

—¿Diez dólares? —Farrell se irguió vivamente—. Cielos, ¿y cuándo? Yo trabajo en esta ratonera ocho o diez horas al día.

—Pongamos de siete a diez de la noche, después de su trabajo aquí. Sólo tres horas... y diez dólares. Setenta a la semana.

—Setenta —Farrell vio ante sí pilas de botellas de *whisky*, un traje nuevo, camisas, unos zapatos decentes—. ¡Acepto!

—Bien —la muchacha sacó del monedero una tarjeta de visita. Trazó en ella unas líneas y se la tendió a Farrell—. Tenga. Mi teléfono y dirección. Llámeme hoy, sobre las ocho, y le diré dónde se puede encontrar con Elaine y conmigo.

Farrell leyó la tarjeta:

JOAN
O'LEARY
Edificio
O'Leary.

43th Street, 1615 T. Broadway,
668 942

Alzó la vista, brillantes las pupilas.

—¡Vaya! —se admiró—. ¡El «viejo» era el gran O'Leary,

el editor! Y usted... ¿es familia suya?

—Su hija —rió ella—. ¿Llamará usted, Farrell?

—Claro. Si esa chiflada siente deseos de ser escritora, y se interesa en casos apolillados, a mí me importa un ardide. Por setenta «pavos» a la semana, hasta le proporcionaré cadáveres fresquitos, si es preciso.

Joan

O'Leary

llegó a la puerta, riendo. Miró afuera.

—Mi padre sale ya del despacho del señor Malcomb. Hasta luego, Farrell.

Frankie hizo un saludo ceremonioso, con aire burlesco.

—Que los dioses sean con usted, señorita

O'Leary.

A las ocho en punto sabrá de mí.

Joan salió del despacho, y Farrell volvió a aporrear las teclas de su máquina con nuevos bríos y un gesto de optimismo en su rostro anguloso.

CAPÍTULO II

Daban las ocho campanadas en el bonito reloj de «Brown's», cuando Frankie Farrell llamó al 66-89-42 de Broadway. Cuando Joan O'Leary

contestó a su llamada, Frankie se convenció definitivamente de que todo aquello de los setenta dólares mensuales no lo había soñado ni había sido fruto del exceso de *whisky*.

—Hablé hace un rato con mi amiga —explicó Joan por teléfono—, y está encantada de que un verdadero escritor de asuntos policíacos vaya a colaborar con ella en la obra.

—Oiga, ¿le ha dicho la clase de escritor que alquila, y que soy un tipo que relata asuntos truculentos a tanto la línea, para unas publicaciones estúpidas?

—No le dije nada de eso ni usted tampoco lo dirá —atajó ella con aspereza—. Para Elaine es usted un novelista de la talla de Raymond Chandler o de Ellery Queen, por lo menos. Y si dice usted una sola palabra en contra de eso, yo me encargaré de su inmediato despido, señor Farrell.

Frankie tragó saliva.

—Allá usted con sus fantasías, jovencita. Pero si Elaine es solamente un poquito más lista de lo que yo imagino, a los pocos minutos de empezar, verá que soy un desastre como literato.

—Eso es cuenta suya. No creo, después de todo, que escriba tan mal. Si mi padre no se dedicase sólo a la revista femenina «Charmant» y a la publicación de historietas ilustradas, usted dejaría a Malcomb para venir con nosotros.

—¿Por qué? ¿Tanto cree que valgo?

—Como escritor no lo sé —rió ella con frivolidad—. Pero como

hombre, me gusta usted bastante.

—¡No diga! —bufó con risita conejil el asombrado Frankie.

—Mírese a un espejo. Con su pelo crespo, sus ojos grises y su sonrisa cínica, es usted un chico guapo. ¿No se lo han dicho nunca?

—Sí, pero no lo suficiente para convencerme de ello —bromeó él—. ¿Es por eso por lo que me proporciona usted el trabajo de Elaine Powers?

—En parte, sí —admitió Joan

O'Leary,

con asombrosa franqueza—. Y porque creo que tiene usted el carácter ideal para simpatizar con Elaine. Ella es una muchacha rara, ya lo verá.

—¿Cuándo lo veré?

—¿Puede venir esta noche, sobre las nueve y media, al «Basket's», en la Octava Avenida?

Frankie arrugó la nariz.

—¡Hum! Eso me suena a club elegante.

—Lo es.

—Pues lo siento, señorita

O'Leary,

pero aún no tengo «*smoking*». El sueldo no da para tanto.

—No sea bobo. El

«Basket's»

es un local algo... Bueno, algo anárquico. Cada cual va como quiere o como puede, y nadie hace caso; ya lo verá. Es un nidito encantador. Elaine y yo le esperaremos allí de nueve y media a diez. ¿Vale?

—Vale —gruñó Frankie—. Hasta luego, dulce bienhechora.

—Adiós, hombre terrible —y ella soltó la risa antes de colgar el teléfono.

Frankie salió de la cabina y al pasar frente a un espejo, se miró. En efecto, su cabello color castaño rojizo era crespo y rebelde contra toda acción de un peine. Tenía unos ojos brillantes y agudos del color de la pizarra, y bajo la nariz delgada, que salpicaban algunas pecas, sus labios carnosos tenían siempre un rictus burlón, que marcaba dos pliegues a los lados, en forma de paréntesis, y daba a su rostro magro aquel aire de cinismo e insolencia que tanto

había gustado a Joan
O'Leary.

Su barbilla la partía en dos un profundo hoyuelo.

—Amigo Frankie —dijo solemnemente a su propia imagen—, eres un tipo guapo, según las chicas, y eso hay que celebrarlo.

En casa del rollizo Hankie Brown, como en la mismísima Cochinchina, el mejor modo de celebrar algo era con un doble de *whisky*. Dado lo extraordinario de la ocasión, se tomó dos.

—Algún día reventarás, Frankie Farrell, y provocarás en mi casa una inundación de alcohol —sentenció Brown, sirviéndole el segundo doble.

—Es posible, Hankie, pero ese día me gustaría que tú estuvieras aquí y te ahogases en tu propio veneno.

Se bebió de un trago la generosa ración del vaso, y tiró medio dólar sobre el mostrador.

—Toma, pirata, cóbrate la petaca de esta mañana —gruñó.

—¿Y esto de ahora?

—Te lo pagaré mañana, si quieres.

—No quiero —silabeó Hankie, ceñudo.

—Entonces, te lo pagaré mañana.

Y salió del bar, sin perturbarse por las cuatro o cinco lindezas que le dirigió Hankie Brown.

Emprendió camino hacia la calle Cuarenta, mientras las primeras luces de los escaparates iban bañando en claridad la penumbra gris del atardecer. Aquel septiembre no era excesivamente caluroso y corría ahora un grato airecillo fresco. Esto, y la proximidad de un trabajo cómodo, bien retribuido, hicieron que Frankie Farrell se sintiese el hombre más feliz de la ciudad, sin recordar siquiera la desagradable circunstancia de que en aquel momento sólo llevaba dos dólares con veinte centavos, por toda fortuna. Lo suficiente para hacer una buena cena en cualquier restaurante e ir luego con absoluta tranquilidad a «Basket's».

El

«Basket's»

era, desde luego, un sitio elegante. Pero como dijo Joan, también era un sitio anárquico en cuanto a la indumentaria de su clientela.

Frankie vio gente con traje de «*sport*», otros de oscuro, algunos, muy pocos, de «*smoking*» y hasta ciertos tipos indescritiblemente ataviados con ropajes propios de la playa o de la montaña.

El local, alargado y estrecho como un vagón de ferrocarril, estaba iluminado con opacidad intencionada, y una orquestina de cuatro músicos interpretaba melodías en tono bajo, sin estridencias, como simple fondo para las conversaciones. El mostrador se extendía a lo largo del muro derecho, y enfrente había ocho o diez compartimientos, separados por tabiques de poca altura, y en cada una de esas divisiones, una mesita circular, rodeada de un diván en forma de media luna. Pantallitas individuales, en colores también opacos, daban un poco más de luz a los clientes.

Frankie Farrell pasó ante cinco compartimientos, sin ver otra cosa que mesas desocupadas o parejas en pleno idilio. El mostrador aparecía muy concurrido de un público heterogéneo, donde abundaban las chicas de aire deportivo y gran resistencia física para el alcohol.

A la altura del sexto compartimiento, una voz le llamó:

—¡Señor Farrell!

Era Joan

O'Leary,

y ahora vestía un lindo traje oscuro muy escotado. Con ella vio Frankie a otra muchacha y a un individuo.

—Venga, Farrell, siéntese con nosotros —dijo Joan.

Frankie se acercó, y el hombre de la mesa se puso en pie.

—Le presento a mi amiga, Elaine Powers, y a mi prometido, Harry Malvinson. Chicos, éste es Frankie Farrell.

—Encantado, Farrell —dijo jovialmente Malvinson, extendiendo la mano.

—Igual digo, señores —sonrió con timidez Frankie.

Elaine Powers le miraba con profundo interés.

—Joan me ha hablado mucho de usted, señor Farrell. ¿Quiere hacernos compañía un rato?

—Por supuesto —Frankie se sentó junto a Elaine, teniendo frente a él a Joan y su prometido.

El tal Harry Malvinson era un muchacho de no más de treinta y cinco años, alto y musculoso, sin corpulencia excesiva. Moreno de cutis y cabellos, tenía una sonrisa cordial y ojos rientes. Supuso que

para Joan también aquél sería «un chico guapo». Ahora vestía de «*sport*», en colores «*beige*» y gris.

—¿No le habremos causado trastornos por hacerle venir aquí, señor Farrell? —preguntó Elaine a su lado.

Frankie se volvió a ella y al contestar la contempló a placer, para ratificarse en su anterior impresión.

—En absoluto, señorita. Éstas son mis horas en blanco. Y aquí se está bien.

Elaine sonrió, complacida. Con su sonrisa, amplia y natural, su sorprendente belleza era aún mayor. Tenía el cabello teñido en un color ceniciento, de reflejos plateados. El cutis, oscurecido en ese tono bronceado propio del mar, hacía destacar más la luminosidad azul de sus ojos rasgados y no demasiado grandes. Vestía un conjunto veraniego en blanco y gris, tan vaporoso como atrevido en todos aquellos lugares dignos de atrevimiento. Su figura, aunque esbelta, era algo menor que la de Joan, y se dibujaban curvas del más sinuoso trazado, de las que no era excepción la línea erguida del alto seno.

—Joan, dijo que es usted un novelista —habló ahora Malvinson arrancándole de su delicioso estatismo—. De esos que matan a tanta gente en sus obras.

—Sí, algo así —admitió Frankie.

—Es un trabajo sugestivo —continuó el otro—. Tiene... romanticismo.

Frankie iba a responder a eso, cuando captó la mirada de aviso de Joan. Sonrió, diciendo:

—Sí, según se mire.

—¿Qué condiciones debe reunir un escritor de novelas policíacas, señor Farrell?

La pregunta la hacía Elaine, y era de lo más estúpido que Frankie oyera en su vida. Sin embargo, informó cortésmente:

—Imaginación, y un absoluto desprecio por la literatura.

Todos se echaron a reír. A Frankie le gustó mucho la risa de Elaine.

—Yo leo a los clásicos —dijo entre risas—. ¿Es perjudicial?

—No, si procura olvidarlos una vez leídos.

—¡Es usted un blasfemo, Farrell! —observó alegremente Malvinson—. ¿Todos sus colegas piensan así?

—Más o menos. Pero ellos no lo dicen.

—¿Y usted es más franco que ellos? —inquirió Elaine.

Frankie la miró con su característico gesto burlón.

—Señorita Powers, si usted y yo hemos de colaborar juntos, creo que debe haber franqueza entre ambos ahora.

—De acuerdo, señor Farrell. Me gusta eso.

—Veamos. ¿Ha escrito algo ya?

—No... sólo apuntes y datos recogidos aun sin orden cronológico.

Llegó un camarero. Frankie pidió un «Tom Collins».

—¿Y por qué ha elegido un tema real precisamente? —quiso saber Farrell.

Elaine hizo un gesto elocuente.

—Oh, fue algo sensacional y lleno de interés. Todo un misterio insoluble.

—¿Y qué diablos piensa hacer para darle una solución?

—Ésa es la parte difícil del asunto. Hay que desarrollarlo por cuenta propia. Ahí es donde su ayuda puede serme más precisa. Por un buen desenlace, le pagaré cuánto pida.

Frankie pensó lo útiles que resultaban cierta clase de locuras, sobre todo para quien sabe aprovecharse de ellas.

—¿Qué caso fue ése? Tal vez lo haya oído nombrar.

Ahora intervino Malvinson, con su voz clara y reposada.

—Claro que lo habrá oído. Fue muy célebre en todo el país, durante los años mil novecientos treinta y siete y treinta y ocho. Se le denominó el «caso Winters».

Frankie trató de recordar.

—Winters... Winters... —se le iluminaron las facciones—. ¡Claro! Ahora lo recuerdo perfectamente. Ella era Molly Winters, hija del senador Winters. Murió asesinada por su secuestrador...

—Exacto —sonrió Malvinson—. El hombre que la secuestró debió encerrarla en una casa de Coney Island. Entonces, un día ella escapó. Al tratar de ocultarse entre las atracciones de la feria, su perseguidor la alcanzó, disparándole a boca de jarro dentro del túnel de una gruta encantada.

Frankie Farrell frunció el ceño, esforzándose en seguir recordando.

—La policía pudo comprobar después que Fred Nelson, su

prometido, estuvo aquella tarde en Coney Island. En su casa se encontró un revólver, que según los peritos fue el utilizado en la muerte de la muchacha. Y en un bolsillo de su americana, unos billetes de dos o tres atracciones, uno de ellos de la misma gruta encantada donde entró Molly.

—Tiene buena memoria —asintió Joan

O'Leary

—. Ésos fueron los detalles fundamentales del caso.

—Olvidáis algo muy importante —dijo ahora Elaine Powers con lentitud—. Y es que Fred no era del agrado del senador Winters, y denegó a su hija el permiso para casarse con él. Riñeron ambos novios, y dos días después desaparecía Molly, secuestrada. Claro que Nelson juró hasta el final ser inocente.

—Bueno, eso no varía mucho las cosas —dijo Farrell—. Al menos, no en el resultado. Fred Nelson se tostó en la silla eléctrica. Fue lo único trascendental. Ahora, al cabo de los años, ni descansar dejan ustedes al pobre muchacho.

Elaine pareció ofendida.

—Señor Farrell, creo que una novelación del proceso, con sus terribles detalles, no hará daño a nadie.

—Puede hacer daño al senador. Aún vive, si no me equivoco.

—Se cambiarán los nombres.

—Es igual que si dijeran ahora que un tal John Smith descubrió en 1492 el continente americano. Todos sabrían que se referían a Colón.

Malvinson se echó a reír, y Joan

O'Leary

celebró que tomasen a broma las acritudes de Frankie.

—Es usted un hombre incorregible, Farrell —dijo el prometido de la joven—. Creo que el día que no pueda burlarse de sus semejantes sufrirá un colapso.

—Es posible —asintió Frankie, pensativo.

En aquel momento apareció en escena un nuevo personaje. Llegó a la mesa y saludó a todos con un estentóreo:

—¡Buenas noches, muchachos!

Al mismo tiempo palmeó en la espalda de Malvinson, que tosió, atragantándose con un sorbo de su licor.

—Hola, Glenn —le saludó alegremente Joan, demostrando a

juicio de Frankie que el muchacho le agradaba bastante—. Sólo tú faltabas aquí.

—Ya lo veo, Joan. Incluso hay nuevos miembros en la reunión...

—Oh, sí, te presento a nuestro buen amigo, Frankie Farrell. Frankie, éste es Glenn Powers, un buen amigo nuestro.

—Encantado —saludó Frankie, estrechando la mano de aquel atleta rubio y sonriente que acababa de llegar, como un galán cinematográfico consciente de su belleza varonil.

—Es un placer, Farrell —el Adonis rubio era simpático y cordial, cosa que le reconcilió a Frankie con su excesiva apostura—. Creo que encontrará esta reunión de lo más disparatada del mundo.

—Supongo que sí, en el caso de que yo no fuese tan disparatado como ellos mismos, Powers.

—Escribe novelas truculentas, ¿sabes? —aclaró Joan—. Un autor de crímenes y misterios policíacos.

—Algo fascinante —sonrió Glenn, mirando con curiosidad al escritor—. Siempre me hubiera gustado hacer algo así. Pero me faltó imaginación.

Frankie hubiera contestado algo fuerte a eso de la imaginación de los escritores de novelas policíacas, pero prefirió callar, en vista de las advertencias de Joan.

—¿No te sientas, Glenn? —preguntó ahora Elaine al joven—. Aún es pronto.

—¿Pronto? Oh, no, Elaine, querida, lo siento. Pero tengo numerosas cosas que hacer. Creo que dentro de tres horas podré verlos. Allá a las doce y media, una vez terminados los obstáculos.

—Ya veo que vas a ir otra vez al «Pavillion» —expresó Elaine con disgusto.

—El «Pavillion», querida prima, es un sitio excelente —replicó con cierta sequedad Glenn, aunque sin perder su aire cordial—. No sé qué tienes contra ese teatro.

Frankie advirtió dos detalles: que a Elaine le sentaba mal que Glenn fuese a tal sitio. Y que el joven rubio era pariente de la rica heredera.

—Es un teatracho de mala muerte, Glenn. Su espectáculo es de ínfima categoría, sus figuras bastante malas... y Lizzy Lorimer una descocada.

—Querida Elaine, el ochenta por ciento de las mujeres de

Broadway son descocadas —informó seriamente Powers—. Y Lizzy, al menos, no trata de disimularlo. Me agrada su compañía. Eso es todo.

—Nunca creí que un primo mío pudiese tener gustos tan plebeyos.

—Te aseguro que Lizzy no tiene nada de plebeyez. Pero si en la alta sociedad llamáis así a las chicas de «primera clase»... —y el tono de Glenn era muy irónico.

—Dejemos eso —opuso Malvinson con suavidad—. Creo que son cosas de poca importancia, y menos para discutir las ante el señor Farrell, que es un extraño en la reunión. ¿Qué impresión sacará de nosotros? Seguramente que jamás oyó hablar de Lizzy Lorimer ni nada parecido.

Farrell lanzó un silbido de admiración, que sobresaltó a sus compañeros de mesa. Luego guiñó picarescamente un ojo.

—¿Lizzy Lorimer dicen? Creo que un sesenta por ciento de las revistas teatrales y frívolas publican su foto en la cubierta todas las semanas. Tiene unas piernas prodigiosas, un busto de campeonato, y unos labios... En fin, estoy de acuerdo en todo con el señor Powers.

Sonrió Glenn, guiñando un ojo al escritor, ante la escandalizada expresión de los demás ocupantes de la mesa.

—Gracias, Farrell —dijo Glenn—. Creo que seremos buenos amigos. Me gusta la gente que no es hipócrita.

—El señor Farrell rara vez incurrirá en hipocresía, te lo aseguro —dijo Joan algo irritada—. Es demasiado... sincero.

Glenn consultó su reloj.

—Son cerca de las diez. Me voy, o si no, llegare tarde al número del «Paraíso». Lizzy sale vestida de Eva; algo adorable. Nunca me lo pierdo... Hasta luego.

Hizo un desenfadado saludo y se fue. Elaine le vio ir con enfado. Joan con pena.

—Lástima de muchacho —comentó Malvinson—. Elige siempre malas compañías.

Farrell miró con ironía al prometido de Joan.

—¿Usted cree? Se ve que no ha visto fotografías de la Lorimer...

CAPÍTULO III

Dieron las nueve en el reloj del salón. Elaine Powers alzó la cabeza de la mesa de trabajo y miró a Frankie, que ya cerraba cansadamente el álbum de viejos recortes de diarios.

Para ser el primer día de trabajo, había adelantado bastante.

—¿Se ha hecho una idea del caso? —preguntó la joven.

—Sí. Aunque Fred Nelson fue ejecutado por el secuestro y asesinato de su antigua novia, murió jurando que era inocente. Y luego, una vez sobreseída la causa, alguien opinó públicamente que Nelson nunca pudo ser el culpable, puesto que el disparo se efectuó en el interior de la gruta encantada de la feria, y allí la iluminación era nula. Un médico dijo que Nelson era corto de vista y precisaba gafas para ciertas cosas, si bien nunca lo dijo él.

—Por tanto, acaso él no mató a Molly Winters. ¿No cree?

—Puede ser. De todos modos, a los quince años de todo eso, no veo cómo diablos vamos a comprobarlo ni de qué servirá rehabilitar a aquel muchacho.

—Servirá para crear una buena novela verídica —dijo Elaine, con sequedad.

—Oh, claro...

—No parece usted muy entusiasmado en su colaboración, señor Farrell. ¿Es que no me cree lo suficiente capacitada para escribir una novela?

—Creo que pierde usted miserablemente el tiempo y el dinero, pero ni uno ni otro son míos, por lo tanto haga lo que le parezca.

—Es usted un grosero, señor Farrell —dijo ella fríamente.

Frankie miró a la hermosa heredera con calma. Sus ojos reían burlones.

—Ya lo sé —dijo con naturalidad—. Todos lo dicen. Ni en eso es usted original.

Elaine enrojeció, estuvo a punto de decir algo fuerte, y por

último calló. Cerró violentamente sus cuadernos de anotaciones.

—Ahora comprendo que simpatizaran usted y Glenn. Son tal para cual. Casi lamento haber encomendado a mi primo la tarea de buscar datos relacionados con este caso.

Frankie rió.

—Y su primo se dedica a buscar los datos en las faldas de Lizzy... cuando lleva faldas.

—¡Es usted odioso! —exclamó ella—. Pero le necesito. Dé gracias a ello.

—Yo también la necesito a usted —rió Farrell, sacando su petaca de *whisky*, que disminuyó con un largo trago—. Por eso estoy aquí.

—¡Y yo que le creí un Ellery Queen...!

—Culpe de eso a su amiguita Joan. Creyó que yo soy un escritor de altura...

—Joan dice que es usted simpatiquísimo. No sé qué le habrá podido ver. En mi opinión es usted un perfecto cínico. Sin embargo, creo que su única cualidad buena es la de ser despierto de inteligencia. Eso me hace confiar en usted.

—Gracias. Ya es algo.

El joven guardó su petaca de licor en el bolsillo, se desperezó en la silla y se puso en pie con indolencia. Elaine le miró concentradamente, mientras él observaba algo desafiador la belleza de la muchacha, sus curvas moldeadas a maravilla, sus ojos azules y su cabello ceniciento. Era una hermosa dama.

—Me marchó ya, si usted no tiene inconveniente, señorita Powers —dijo Frankie, disponiéndose a buscar su sobretodo y su rugoso sombrero en la percha.

—Puede hacerlo. Recuerde que desearía empezar mañana la recopilación de datos y su ordenación. ¿Podrá venir a las siete?

—Lo procuraré. Todo lo que pueda tardar de la editorial aquí, será mi demora. Aunque sea un cínico y un grosero, me gusta justificar el dinero que gano.

Elaine parecía arrepentida de la pasada disputa. Sonrió ahora sin rencor.

—Perdone, Farrell. Creo que la mal educada soy yo.

—Oh, no se preocupe. Es algo que suele hacerlo el exceso de dinero —fue la franca y desconcertante respuesta.

Cuando iba a salir, el teléfono sonó con insistencia. Elaine fue a

por el receptor e instintivamente, Frankie se esperó en el umbral de la salida al amplio vestíbulo de la residencia de los Powers en Riverside Drive.

—¿Diga? —inquirió la joven al auricular. Hubo una pausa. Luego, volvió a hablar ella—: ¡Ah! ¿Eres tú, Glenn? Sí, estoy trabajando con Farrell. No, ya hemos acabado... Bien.

Se volvió a Frankie tendiéndole el auricular.

—Tenga. Quiere hablar con usted.

Algo sorprendido, el escritor avanzó hasta coger el receptor, y exclamó:

—¿Qué hay, Powers?

Escuchó la voz cálida del rubio atleta, mezclada con la musiquilla de alguna gramola.

—Hola, Farrell. Quizá le extrañe mi llamada.

—Sí, un poco.

—Bueno, se trata de algo que tal vez puede interesarle. Creo que usted es el único que debe saber ciertas cosas antes de informar a otras personas.

—Gracias por la confianza, pero no sé qué decirle. Si son secretos familiares, le advierto que...

—No sea tonto, Farrell. No es nada de eso, sino algo mucho más transcendental. ¿Puedo verle esta noche en el bar del «Pavillion»? Está junto al teatro, y es un lugar discreto.

—¿Está usted allí ahora?

—Demonio, ¿cómo lo sabe?

—La gramola está demasiado alta.

—Es usted un lince... Bien, le espero aquí dentro de... Pongamos dos horas, ¿vale?

Farrell consultó su reloj de pulsera.

—Las nueve y cuarto. A las once me tiene ahí. Sólo tengo que tomar un bocado en cualquier sitio, y acudir a su cita.

—De acuerdo. No diga nada a Elaine ni a nadie, al menos de la importancia del asunto. ¿Enterado? Hasta luego, amigo.

—Adiós, Powers —colgó el receptor y respondió, tras un silencio, a la mirada interrogativa de Elaine—: Me ha citado. Quiere que vea a Lizzy Lorimer en su creación de «Eva».

Y salió, con indiferencia, de la sala, sin esperar el torrente de frases irritadas de Elaine Powers.

El «Pavillion» estaba situado en la calle Cuarenta y Dos, pero no era un local de la importancia de la mayoría de los teatros allí existentes. Su escenario se dedicaba a representar comedias musicales de equívoca moralidad y pocos méritos artísticos.

Frankie Farrell examinó críticamente las carteleras, ensalzando llamativamente los encantos de Lizzy Lorimer, la «*vedette*» del espectáculo, con tan escasa ropa como salía a escena, y con curvas aún más exageradas por los dibujantes.

Tiró el cigarrillo al suelo, entró en el bar anexo al teatro y encendió otro, mientras dejaba su sobretodo y sombrero en el guardarropa. Luego, se encaminó al fondo del largo mostrador. Había poca gente, mucha luz y demasiada música de gramola. Ahora tocaban un feo *boogie* que ensordecía a los clientes, dispersos en la reducida sala como raros ejemplares de mujer, a la luz azul del fluoro.

—*Whisky* —pidió en la barra—. Un doble que parezca un triple.

Gruñendo algo entre dientes, el barman le sirvió. Frankie miró luego en derredor. No vio ni rastro de Glenn Powers. Y el reloj señalaba las once en punto. Aguardaría hasta las once y cuarto.

Apuró la buena ración de licor servido. Pidió otra. La gramola acabó su disco y cuando se disponía a suspirar, aliviado, un individuo con aire de vendedor de jamones echó otro níquel. Aunque el tema elegido fue un *blue*, no contribuyó a calmarle.

A las once y veinte, cuando se acordó de mirar nuevamente el reloj, ya se alineaban hasta doce vasos vacíos ante él. Farrell tiró su vigésimo cigarrillo. Miró al barman, que asintió.

—Sí, otro *whisky*. Allá voy.

—Sí; pero también quiero saber otra cosa. ¿Cree que tardará mucho Glenn Powers? Es ese muchacho rubio y alto que acompaña a...

—Conozco al señor Powers; estuvo antes aquí, con la señorita Lorimer, hasta la hora de empezar la función.

—¿Cuándo telefoneó estaba con ella?

—Sí, señor. Luego, a la hora de empezar el espectáculo en el teatro salieron los dos. No ha vuelto por aquí, al menos que le viera yo.

Frankie bebió su nueva consumición. Empezaba a sentir cierta torpeza en la mente y una molesta aspereza en la lengua... Pero

esto era al principio. Luego, con un poco más de *whisky* desaparecía todo y sería el más feliz mortal de Nueva York. Siempre le ocurría igual.

La nueva espera duró hasta las doce menos cuarto. Algunos empezaron a salir del local. Sin darse cuenta, se vio sólo en el bar. Sus ojos, algo velados ya por el alcohol, estudiaban la puerta de cristales que se abría al fondo del establecimiento.

«Entrada al teatro», leyó mentalmente en el rótulo inscrito en el vidrio. Echó un billete sobre el mostrador. Luego, descendió del taburete con ciertas dificultades, que le hicieron observar que llevaba más *whisky* encima del que calculara, y se encaminó rumbo a la puerta vidriera.

El barman seguía entretenido en sus tareas. Frankie abrió un poco la puerta. Vio un desierto pasillo al que ascendían tres escalones. Sin dudar, se aventuró por allí, cerrando la puerta tras de sí. Subió los tramos y encontróse en el corredor que circulaba en torno a la platea del teatro. Se oía música y unas destempladas voces femeninas que canturreaban una marcha ratonera. Algunos espectadores reían.

Nadie en todo el corredor de palcos. Sólo puertas cerradas, el lavabo de señoras a la derecha, y una entrada al fondo, sobre la que se leía: *Escenario, prohibido el paso a toda persona ajena a este teatro.*

Tambaleándose ligeramente, se orientó hacia allá, sin que sus suelas de goma hicieran el menor ruido. De haberlo hecho tal vez tampoco saliese nadie. El espectáculo del «Pavillion» debía estar terminando.

La puerta del escenario cedió a su presión con un chirrido. Alguien que asistía entre bastidores a la representación chistó silencio. Vio a dos o tres actores maquillados con fuertes tonos, y a una chica del conjunto doliéndose de una pierna, sentada sobre unas cajas.

En escena, una hilera de coristas y otra de figuras hacían el desfile final. Frankie comprobó lo poco que debía gastar la empresa en tela para los trajes femeninos.

Como nadie le dijo nada, siguió su exploración. No vio a nadie en el escenario que pudiera ser Glenn Powers. Si estaba en algún sitio de aquel teatro, no era ciertamente allí.

Llegó a una estrecha escalera en espiral que conducía al piso alto, sin duda a los camerinos. Tomó por ella sin hacer ruido, y no paró hasta la primera planta. Allí se detuvo, en el arranque de un largo corredor con olor a humedad y maquillaje. Había una serie de puertas a ambos lados y nadie a la vista. Fue leyendo nombres, hasta detenerse en la cuarta puerta de la izquierda. Leyó sobre una tosca estrella de purpurina: *Lizzy Lorimer*.

Probó la puerta. Sólo cuando se abrió suavemente se dio cuenta de que tenía la llave puesta por fuera. Iba a entrar, cuando oyó subir un tropel de chicas por la escalera. A sus oídos llegaron aplausos débiles de la platea y el ruido sordo del telón al caer.

Entonces eligió el lavabo que había frente al camerino. Entró en él velozmente, se cerró por dentro y aguardó. Pasaron chicas corriendo, sintió el frú-frú

de las ropas al ser quitadas ya por el camino. Por un lado, le pesó haberse escondido. Pero por otro, seguía pensando que había algo raro en la ausencia de Powers, y que si éste no estaba en el camerino de Lizzy, es que se había evaporado.

Cuando hubo pasado el alud de coristas entreabrió la puerta. No vio más que a una chica, desvestiéndose, en el fondo del pasillo, junto al que debía ser su camerino. Sin mirarla, puesto que el *whisky* no lograba nunca acabar con sus escrúpulos, cruzó velozmente el corredor sin ser visto, y entró en el cuarto de Lizzy Lorimer, que seguía abierto.

Se encontró en una antesala bien amueblada y coqueta en cortinajes, adornos y otros detalles. En un lado había una puerta por la que vio un tocador cuyo espejo rodeaban varias bombillas pintadas en blanco mate. Al otro lado, cerca de lo que debía ser el guardarropa, otra puerta por la que se filtraba el ruido del agua reveló la situación de la ducha y cuarto de baño.

Calmosamente, sin hacer ruido, se sentó en la butaca más próxima al camerino. Había cerrado la puerta con llave y se sentía como en su propia casa. Sólo que el butacón era más confortable y los muelles no le dañaban los riñones.

Sacó su petaca de *whisky* y se echó un buen trago. Lo paladeó, y no le pareció muy mal echarse otro, más generoso que el anterior. ¡Demonio, para algo le daba la loca de Elaine Powers setenta

dólares a la semana! Valía la pena beber.

El agua seguía cayendo sobre las espaldas de Lizzy Lorimer allá adentro. La idea le hizo gracia. Se imaginó a la espléndida artista del «Pavillion» duchándose con torrentes de *whisky*. Soltó una risita y se removió en el asiento. Sabía que cuando tenía tales ideas, empezaba a estar borracho de verdad.

El ruido debió llegar a oídos de Lizzy. La ducha se detuvo un momento y oyó su voz pastosa a través de la hoja de madera, que preguntaba:

—¿Eres tú, querido? Ahora mismo salgo. Creí que ya no vendrías.

¡Conque Glenn tampoco andaba por allí! Lizzy, como él mismo, le esperaba. Mientras el agua volvía a caer, Frankie gruñó algo feo y trató de ponerse en pie. No lo consiguió. Era la confirmación de su borrachera, si es que ésta precisaba de confirmaciones.

La espera no fue larga. Finalmente cesó todo ruido de ducha, la puerta se abrió... y Lizzy Lorimer, con mucha menos ropa que en su creación de «Eva», asomó, diciendo:

—Ya estoy, querido...

Lanzó un grito al ver allí a un desconocido que la miraba con aire ausente, y se cubrió en lo posible con la toalla de baño, mientras empezaba a decir, airada:

—¡Váyase, insolente, desvergonzado! ¡Salga de aquí! ¡Enseguida, o llamo a la Policía!

Frankie Farrell sonrió estúpidamente. Siempre reía así en tales momentos. Pudo balbucir con dificultad:

—Eh... Perdone... Yo, no soy nada de eso... Venía a ver a un amigo y...

—¡Un borracho! —gimió Lizzy, cuya ira iba en aumento—. ¡Salga en el acto!

—Le... Le aseguro que lo haría, pero... Si usted puede sacarme de este maldito... sillón, le quedaré muy agradecido...

Lizzy fue a él con furiosa violencia y trató de incorporarle. Fracasó; el cuerpo de Farrell volvió a caer pesadamente en la silla.

—¿Lo ve? —rió Frankie, al parecer, enormemente divertido.

—Le repito que se vaya. Éste es mi camerino. Si no lo hace, me veré obligada a procurar que alguien lo eche con más violencia que yo. ¿Qué elige?

—Bueno, bueno... Yo, la verdad... No estando aquí Glenn... Psé, me es igual...

—¿Glenn ha dicho? —se interesó súbitamente ella.

—Sí. Glenn Powers. Un chico rubio, alto, fuerte... Creo que le conoce...

—Sí, le conozco. Pero eso nada significa. Salga.

—En fin... Lo intentaré... —se encogió de hombros con resignación, se puso en pie tras diversas tentativas y logró mantener un precario equilibrio sobre sus dos pies bien separados.

—Adiós, señorita Lorimer... —dijo a la hermosa muchacha de cuerpo escultural y sinuoso, mirándola a los ojos color verde oscuro —. Fue un... placer. Lástima que tenga un poquito más de *whisky*... Me excedí. Es... ¡uf! imperdonable.

Dando bandazos, fue hacia la puerta. Parecía un buque a punto de naufragar. Lizzy le contempló con aire conmisericordioso.

Frankie anduvo algunos pasos bien encaminado, pero, súbitamente, su rumbo sufrió una involuntaria variación y se desvió hacia la puerta del guardarropa empotrado en la pared.

—¡Eh, no! Por ahí no... —dijo la joven, tratando de orientarle nuevamente.

Pero ya Farrell se había encarado con la puerta del ropero y la abría con la mayor naturalidad, dispuesto a salir al pasillo.

Apareció toda una hilera de trajes diversos, unos de escena y otros de calle, todos de acuerdo con la más exigente moda femenina. Con aire estúpido, Frankie se quedó mirando los vestidos, preguntándose, perplejo, a dónde diablos había ido a parar.

Su perplejidad creció de punto cuando algo rígido y pesado se derrumbó procedente del ropero, cayendo en la estancia. Un grito terrible de la Lorimer puso los cabellos de punta a Frankie.

—¡Dios mío, mire eso...! —chilló la estrella de variedades, señalando la forma que yacía en el suelo, doblada e inmóvil.

Frankie estudió, entre las nubes que enturbiaban su mente y sus ojos, aquella figura atlética, aquel traje claro y amplio, los rubios cabellos mojados de algo rojo que también ensuciaba su rostro...

Y dijo lo que ya sabía Lizzy, con voz ronca y apagada:

—Bueno... Ya encontré a Glenn Powers.

CAPÍTULO IV

—Es espantoso... Está muerto... —gimió Lizzy Lorimer.

—Más que mi tatarabuela —admitió Farrell, que luchaba ahora denodadamente, tratando de aclarar las ideas—. Y no murió precisamente de pulmonía.

—¡Dios mío!... Si hace unas horas estaba lleno de vida... Esta misma noche.

—Siempre se está lleno de vida hasta que deja uno de estarlo. No diga tonterías.

Lizzy se volvió súbitamente hacia Frankie.

—Ya sé lo que ha sucedido. A Glenn lo han matado.

—Inteligente chica. ¿Cree que se hizo él mismo papilla la cabeza y luego se encerró en ese ropero a esperar que terminase la función?

—No —Lizzy miraba fríamente al joven escritor—. Pero usted pudo matarlo y meter ahí su cuerpo. Estoy segura de que usted es su asesino.

Farrell la miró de hito en hito. Aquella chica era idiota. O demasiado lista.

—Mire, no sea truculenta. Yo buscaba a Glenn. ¿Cree que iba a venir aquí, estando él... Bueno, estando como está?

—El asesino siempre vuelve al escenario de su crimen... —sentenció ella, muy solemne.

—Debió leer eso en alguna novela de «Ediciones Malcomb» —suspiró Farrell, tratando de inclinarse sobre el cuerpo de Glenn. Estuvo a punto de perder el equilibrio y tras una rara pirueta, logró incorporarse nuevamente.

—Sigue borracho —dijo, despectivamente, Lizzy—. Quizá por eso mató a Glenn... ¡Mi pobre Glenn!

Y como si entonces se diera cuenta de lo que significaba esta tragedia, se echó a llorar. Frankie dudó y, finalmente, trató de

consolarla.

—Bueno, no se ponga así. En estos casos hay que conservar la serenidad. Yo... Le juro que no tengo nada que ver con esta muerte. Es más, estaba citado con él esta noche.

Lizzy alzó un rostro que las lágrimas surcaban, al parecer sin fingimientos. Miró al escritor con nuevo interés.

—¡Oh!... Usted... ¿Usted es Frankie Farrell, ese escritor a quién Glenn telefoneó a las nueve desde el bar?

—A las nueve y cuarto, recuérdelo. En los casos de asesinato, el tiempo adquiere vital importancia. Un minuto es precioso.



En los casos de asesinato el tiempo adquiere vital importancia...

—¿Tiene mucha práctica en casos así?

—No. Pero las novelas dicen eso. Y algo de verdad debe haber en ello.

Lizzy se iba sobreponiendo a su momentánea crisis.

Se secó las lágrimas y miró una vez más el cadáver del joven

Powers, el primo de Elaine.

—¿Qué podemos hacer ahora? Usted tal vez vea una solución...

—Yo no veo nada —gimió Frankie con disgusto—. Tengo demasiado alcohol encima.

—Espere. Le haré café. Bien cargado. No creo que sea el momento más apropiado para ello, pero si no se bebe usted dos litros de café, no habrá modo de hacerle razonar.

—Es una buena idea. Lo cierto es que será la primera vez que voy a tomar café delante de un hombre muerto.

—¡Por Dios, no lo mencione más!

Entró Lizzy en el camerino. Frankie le oyó encender una maquinita exprés. Hirvió pronto el agua, y el café extendió su aroma por el camerino. Frankie oía pasos y voces por el corredor a medida que las chicas abandonaban el teatro. Se le ocurrió algo súbitamente.

—Oiga, señorita Lorimer, ¿a qué hora cierran la salida del teatro?

—No se preocupe. Queda una abierta toda la noche. Claro que siempre hay un conserje nocturno. Y otro durante el día.

Frankie se quedó rumiando la explicación. Lizzy salió con una taza de buenas proporciones, repleta de café fuerte y sin azúcar. Él, con un gesto de asco, tragó la amarga bebida.

Después de vaciar una segunda taza empezó a sentirse más dueño de sus facultades. Suspiró con fatiga, encendió un cigarrillo, tras prender otro a Lizzy, que lo fumó nerviosa y precipitada, y luego dijo con perfecta naturalidad:

—No sé lo que usted pensará de esto, pero creo que está metida hasta el cuello en este asunto. Si llamamos a la policía y dejamos aquí este cuerpo, usted lo va a pasar mal. Powers era un ciudadano notable en la ciudad, primo de otros Powers bastante ricos e influyentes y con muy pocas simpatías hacia usted. ¿Quiere seguir el curso normal de las cosas y convertirse en la sospechosa ideal?

Lizzy le escuchó asustada. Frankie no pintaba un bello panorama, pero era sincero.

—Usted también está complicado, Farrell —objetó ella, débilmente.

—No tanto como supone. Tengo coartada. Estuve toda la noche en el bar del «Pavillion». Pero ¿y la suya, señorita Lorimer?

—No sé siquiera si la tengo. Lo cierto es que dejé a Glenn hace bastante rato. Después de telefonarle a usted, entramos aquí. Me hizo compañía hasta que me arreglé para escena, y luego dijo que tenía que hacer algunas cosas. Se fue hacia la platea, por la puerta de comunicación con el público.

—Igual pudo salir después del teatro. Pero en el bar no le vieron más. Si volvió luego aquí y fue muerto por alguien en este camerino, usted tiene pocas coartadas a su favor. Pudo hacerlo en cualquier entreacto, volver tranquilamente a escena después de ocultarle ahí, y ser mi propia inconsciencia de borracho la que dio al traste con su plan.

—¡Eso no es cierto!

—Puede que no. Pero a la policía le costará poco hacer esa hipótesis. Y lo malo es que se la creerán ellos mismos. Sí, su posición es muy delicada...

—Pero no hay otro remedio que afrontarla. ¿No va a llamar a la policía?

Frankie no respondió enseguida. Por el contrario, se encaminó al lavabo y miró a la elevada ventana alargada que se abría allí. Tenía una vidriera esmerilada. Preguntó:

—¿A dónde da eso?

—A un patio —dijo ella, perpleja.

—¿Y el patio?

—No sé... A las cocinas y almacenes del bar, según creo.

Frankie meditó algo en silencio. Los bellos ojos verdes estaban fijos en él con un aire de temor y curiosidad. Los labios, gruesos y rojos, entreabiertos en anhelante rictus. Sus manos se crispaban continuamente sobre el regazo. Pero Lizzy Lorimer estaba muy hermosa con aquel gesto de mujer asustada.

—Creo que es una barbaridad, pero acaso sirviera para sacarle a usted de este embrollo —dijo finalmente Farrell.

—¿Qué piensa hacer?

—Algo que en las novelas siempre sale bien, pero que ahora puede enviarnos a todos al diablo si fracaso. Me voy a llevar de paseo el cuerpo de Glenn Powers.

Lizzy tardó unos segundos en comprender. Cuando lo hizo, se irguió alarmada.

—¿No querrá decir que va usted a...?

—Eso mismo es lo que quiero decir. Que voy a dejar este regalito en las cocinas del bar.

—¿Se ha vuelto loco?

—Puede que sí. Pero hay muchas probabilidades de que salga bien. Y usted quedará a salvo. Dígame, ¿cuánto tendremos que esperar hasta que el último artista haya salido del teatro?

—Oh, ya es tarde. Unos diez o quince minutos, supongo.

—Bien. Entonces, vamos preparando las cosas. Sacaremos el cadáver por esa ventana del cuarto de baño. Lo difícil será llegar abajo. Desde allí, todo será muy fácil...

El apartamento de Lizzy Lorimer era coquetón y estaba bien amueblado. Tenía temperatura confortable, unas buenas vistas a Manhattan y un bar bien surtido. Sólo por esto último hubiera merecido los plácemes de Frankie Farrell, de no haber reunido ya las anteriores condiciones.

Frankie y Lizzy tomaban café en la mesita baja del «*living*», mientras la radio daba uno de sus programas musicales de madrugada.

—Quisiera saber por qué hizo eso por mí —dijo ella, mirándole fijamente.

—Dejemos ahora esas cosas. Hay temas más urgentes que tratar. Por ejemplo, ¿qué clase de relaciones le unían a Glenn Powers?

—¿Se ha asignado el papel de detective?

—Es pura costumbre. En mis novelas, cuando alguien muere asesinado, el héroe interroga. Déjeme por esta vez imaginarme que el héroe soy yo.

—Pregunte, entonces.

—Ya lo hice.

—Bueno, ése es un asunto que no creo tenga relación con la muerte de...

—Eso es lo que usted cree. Pero ahora se trata de lo que yo crea.

—Está bien, le complaceré —Lizzy hizo una pausa. Estaba encantadora con aquel «deshabillé» azul celeste, su rostro pálido por las emociones sufridas, y su intensa mirada color de mar—. Creo que no será usted muy puritano y sabrá comprender lo que una chica como yo podía inspirar a Glenn Powers. Lo cierto es que le gustaba, y él a mí. Sé que sus parientes lo veían mal, pero yo no

hice nada por cortar las relaciones. Él tampoco. Cada noche nos veíamos. Nunca me dijo que tuviera enemigos ni que temiese por su vida. Estos últimos días parecía muy atareado en algo, pero nada hacía sospechar que se sintiera amenazado. Esta misma noche estaba jovial y hasta más alegre que de costumbre. Recuerdo que estando en el bar, poco antes de llamarle a usted por teléfono a casa de su prima, dijo algo así como: «Encanto, creo que voy a hacer estallar una bomba dentro de poco. Una bomba que lleva mucho tiempo apagada...».

—¿Eso le dijo? ¿Con esas mismas palabras?

—Más o menos. No puedo jurar que lo dijera igual, pero sí que éste fue el sentido que dio a sus palabras.

—«Una bomba que lleva mucho tiempo apagada...». Es una expresión singular.

—¿En qué?

—En nada... Y, dígame, señorita Lorimer, ¿vio a Glenn charlar con alguien durante estas últimas horas? Me refiero mientras estuvo a su lado.

—Con nadie en absoluto, salvo con aquéllos con quienes era natural que hablase: el barman del «Pavillion», el conserje, algunas chicas del teatro... Nada más. Salvo su llamada telefónica a Gordon y la que luego le hizo a usted...

—¿Gordon? ¿Quién es ése? —preguntó vivamente Frankie.

—Un buen amigo suyo. Se veían frecuentemente. Es policía o algo parecido.

—¿Policía? Siga, siga, eso puede ser interesante.

—No veo por qué. Conozco a Gordon Merriman y es un chico vulgar por completo. El hecho de que sea policía, nada creo que explique.

—¿Qué le dijo por teléfono?

—No lo oí. Hizo la llamada mientras yo me retocaba el maquillaje en la barra del bar, con un espejito de bolsillo. Sus conversaciones, normalmente, son bastante insustanciales y no me interesé por lo que pudieran decirse.

—Es una verdadera pena —Frankie se mordió los labios—. Pero, en fin, quizá el propio Gordon Merriman lo explique más adelante.

—¿De veras piensa dedicarse a jugar a detectives? —ironizó mirándole con aire divertido—. No creo que reúna usted

condiciones para ello, francamente.

—La gente se equivoca siempre conmigo. Tampoco creyó que pudiese descender el cuerpo de Glenn por aquella ventana. Y, sin embargo, lo hice.

—Admito su destreza. Por un momento creí que era su tarea habitual la de descolgar cadáveres por los pisos. Pero por otro lado me pregunto qué conseguiremos con lo que ha hecho.

—Complicar las cosas a otros e impedir que nos las compliquen a nosotros. Si éste fue el proyecto del que mató a Glenn, se llevará un chasco.

—¿Creé que alguien puede tener interés en complicarme a mí en un asesinato?

—Eso no lo sé, pero lo cierto es que lo estamos. Y con pocas probabilidades de salir adelante. Recuerde que usted tenía intimidad con Glenn. Cuando su cuerpo sea hallado, empezará usted a bailar... al son que le toquen, que es el más desagradable de seguir. Y yo la seguiré muy pronto. De momento, usted debe negar todo lo que quieran imputarle. Y sobre todo, rechazar cualquier alusión a lo ocurrido. Si dice algo de lo que hemos hecho no tendremos salvación ninguno de los dos. Nuestras probabilidades estriban en mantenernos al margen de su muerte. Niegue siempre, no lo olvide.

Súbitamente, Lizzy puso una mano larga y cuidadosamente manicurada sobre el brazo de Frankie. Le miró a los ojos, grises y chispeantes como siempre.

—Una pregunta, Farrell. ¿Por qué hace usted todo eso? No me conoce de nada. Y, sin embargo, se mete a ayudarme. Incluso ignora si fui yo quien mató a Glenn.

—Mi intuición me dice que usted no le destrozó la cabeza ni le metió allí dentro. Es posible que la intuición fracase como todo lo que viene de mí, pero no lo espero.

—Le agradezco esa fe en mí. ¿Por qué la tiene, Farrell? Hace unas horas ni siquiera me conocía. Yo no soy una chica que inspire confianza a los hombres.

—A mí sí. No me pregunte por qué. Hasta hace poco, usted para mí era una bonita cara, un par de piernas y un nombre en las carteleras. Ahora... Bueno, ahora es distinto.

Lizzy profundizó su mirada. La mano acentuó la presión en el

brazo de Frankie.

—Sí... pero ¿por qué?

A Frankie se le ocurrieron varias respuestas. Los labios rojos, húmedos y carnosos de Lizzy, entreabiertos, le sugerían todas ellas. Pero optó por no darlas.

—Eso, amiga mía, creo que no tiene explicación —dijo finalmente—. Confiamos en alguien y le damos absoluto crédito, sin pararnos a pensar las razones. Siempre es así.

—¿Seguro que siempre es así? —insistió ella, acercando más su rostro al de él.

Frankie no llegó a asegurar tanto. Hizo lo que estaba deseando hacer: besar a Lizzy en la boca, sin que ella hiciese nada por evitarlo.

Cuando se apartaron, Frankie no sabía qué decir.

—Lo siento, Lizzy. No debí hacer esto.

Ella respiraba con excitación. Sus ojos brillaban como dos esmeraldas heridas por un rayo de sol.

—No. Glenn aun hace demasiado poco que murió... Y era bueno. Claro que él... nunca pasó de ser un simple flirteo llevado quizá algo lejos. Nada más.

—Era suficiente, Lizzy. No obramos bien.

—Al menos, ya sé por qué has hecho tanto por mí —había cierto júbilo en su voz.

—Sí, no soy difícil de entender, ¿verdad? —hizo una pausa y se puso en pie—. Bueno, me voy a casa. Es demasiado tarde ya. Y aun quiero buscar a Gordon.

—¿Esta noche?

—Si ello es posible, sí. Pretextaré que Glenn me citó y no ha acudido. Hasta que el cadáver aparezca, no podemos dar a entender que sabemos nada de su muerte.

Lizzy acompañó a Frankie hasta la puerta del pequeño apartamento. Le besó en los labios, y el escritor bajó las escaleras a toda prisa mientras ella volvía al interior del piso.

Aqué! era el principio de una buena novela de crímenes, pensó Frankie Farrell, hundiéndose en la fría noche. Había sangre. Y chica. Como en las novelas baratas de Bruno Malcomb...

CAPÍTULO V

Frankie Farrell encendió un cigarrillo y tiró la colilla, que describió un círculo caprichoso hasta hundirse en la escupidera del rincón.

—¿Por quién dijo que preguntaba? —inquirió el hombre que había tras el largo mostrador, dejando la sección cómica del diario.

—No lo dije aún —manifestó, cansadamente, Farrell—. Sólo mencioné que quiero charlar con algún inspector o agente que conozca al personal en servicio.

El hombre soltó una risita. Miró a Frankie casi con desprecio, y luego dijo:

—Mire, amigo; en la Metropolitana trabajan más de tres mil agentes sin uniforme. Y muchos más uniformados. El archivo puede sacarle a usted de dudas, pero no son horas de andar buscando nombres para satisfacer la curiosidad del primer desconocido que llega.

—Oiga, soy amigo de Gordon Mortimer —habló Frankie con irritación—. Sé que es policía, pero ignoro dónde localizarle. Eso es todo, y no creo que sea mucho.

En aquel momento, salía de un despacho un hombre vestido con sobretodo gris tornasol y flexible de igual color. Se paró al oír a Frankie, a quién miró con curiosidad.

—¿Qué le pasa? —preguntó con suave tono.

—Este funcionario no desea ayudarme. Quiero localizar a un amigo en Nueva York.

—No es fácil —rió el otro, con un gesto divertido.

Frankie meneó la cabeza negativamente.

—No es difícil tampoco. Mi amigo es policía.

El recién llegado enarcó las cejas.

—Vaya. Eso está mejor. ¿Metropolitano... o federal?

Frankie Farrell silbó admirativamente. No se le había ocurrido

aquello hasta entonces. Ahora miró a su interlocutor y gruñó entre dientes:

—Diablo, no sé... Creí que era de la policía metropolitana. No se me ocurrió que podía ser del

F. B. I.

—Bueno, tal vez pueda ayudarle yo. Soy el inspector Simmons, de la Oficina Federal. ¿A quién busca?

—Se llama Gordon Mortimer —dijo Frankie—. ¿Le oyó nombrar alguna vez?

El inspector Simmons, de los federales, miró fijamente a Frankie. Tardó unos segundos en responder:

—Claro que lo oí. Gordon Mortimer es uno de nuestros agentes más destacados. Pero, actualmente, se encuentra desempeñando una misión importante. No puedo darle su paradero. ¿Dice que es amigo suyo?

—Eso dije —respondió Farrell—. Y hubiera querido verle. Pero ya es suficiente saber dónde trabaja. Eso me ayudará a localizarle. Le quedo muy agradecido, inspector. Buenas noches.

Se encaminó a la salida de la comisaría metropolitana. Le frenó una llamada del federal cuando ya llegaba a la puerta.

—¡Eh, espere! No me dijo su nombre. Si veo esta noche a Gordon, puedo decirle quién me preguntó por él. Ahora voy hacia la oficina, y pudiera ser que estableciese contacto con él, personalmente o por teléfono.

Frankie respondió con aplomo:

—Si es así, dígame que su amigo Glenn Powers le necesita con urgencia. Él sabrá de qué se trata.

—Glenn Powers... Bien, se lo diré, no tema —y Frankie adivinó que no era sencillo que al inspector se le olvidase el nombre mencionado, pese a que no tomó nota de él.

Salió Frankie a la calle. La madrugada era fría. Se subió el cuello del sobretodo y hundió las manos en los bolsillos. Necesitaba alcohol para calentarse. Un buen trago es la mejor arma contra el frío.

Encontró un local abierto y pidió un *whisky* doble.

Después de apurarlo y pedir otro, se metió en la cabina telefónica y echó un níquel. Marcó el Broadway, número 66-89-42.

Dejó que el timbre atronase ininterrumpidamente el silencio de la casa de los

O'Leary.

Finalmente, sonó una voz.

—¿Dígame?

—¿La señorita Joan, por favor? Es urgente.

—Lo imagino. ¿Quién llama?

—Frankie Farrell, el colaborador de Elaine Powers. ¿Y usted?

—Soy el mayordomo. ¿Tan urgente es lo que ha de decir a la señorita Joan? Comprenderá que la hora de importunarla...

—No se preocupe por eso. Asumo toda la responsabilidad por lo que hago. Llámela ahora mismo.

—Bien, señor... Un momento.

Hubo una pausa, larga. Frankie tuvo tiempo de apurar su cigarrillo y encender otro. Finalmente...

—¿Dígame?

—¿Es usted, Joan?

—No lo sé —la voz de la joven era torpe y cansada—. Tengo tanto sueño que no puedo saber quién soy exactamente. ¿Qué ocurre? ¿Se hunde Nueva York?

—No sé. Pero me hundo yo. Necesito hablar con usted lo antes posible.

—Ya lo está haciendo.

—Sí; pero no por teléfono; personalmente.

—Tendrá que esperar a mañana. Éstas no son horas para salir alegremente a la calle.

—De acuerdo. ¿Dónde podré verla, lo antes posible?

Debió de meditar Joan al otro extremo del hilo.

Hubo un silencio, y, por fin, dio su respuesta, envuelta en un bostezo:

—Mire, Frankie, vamos a quedar en el «Basket's»

a las nueve y media. No abren antes. Ni yo me levanto más pronto. ¿Conforme?

—No. La espero a la puerta de su casa a las ocho en punto. Estaré en un taxi. Charlaremos mientras damos un paseo matinal.

—Pero, Frankie, si son ya las cinco y media... ¡Sólo dos horas de dormir!

—Lo siento. Yo aún no me he acostado.

—Lo imaginaba. Y en eso habrán tenido buena culpa Glenn y Lizzy Lorimer...

Frankie no le dijo que acertaba en cierto modo. Se limitó a decir:

—A las ocho. No lo olvide, Joan. Buenas noches.

—Adiós... —gimió ella, colgando.

Frankie se dispuso a colgar cuando creyó percibir otro chasquido al otro lado de la línea. Frunciendo el ceño, salió de la cabina y se dispuso a tomar su segundo doble de *whisky*.

Se sobresaltó algo al ver en el mostrador al inspector Simmons, tomando un café puro y oloroso. El federal parecía abstraído en la contemplación del negro líquido. Pero se fijó con singular rapidez en la presencia de Farrell. Demasiado rápido para ser casual.

—Ah, es usted... el señor Powers —saludó cortésmente—. Se ve que ambos tuvimos la misma idea de entrar aquí.

—Sí. Él frío hace coincidir a los hombres.

Se bebió de un trago su *whisky*, y Simmons paladeó el café. A Frankie no la gustaba la fijeza en la mirada del policía.

—Señor Powers... —llamó suavemente el federal al cabo de unos segundos.

Frankie tardó unos segundos en darse por aludido.

—Oh, dígame, inspector...

—Señor Powers, quizá peque de indiscreto, pero ¿podría decirme si sus relaciones con el agente Gordon son puramente amistosas o guardan alguna relación profesional?

—Ignoro lo que usted quiere significar con eso, pero puedo participarle que nada de lo mío se relaciona con la condición policial de Gordon.

Frankie había hablado con serenidad. Interiormente no la tenía, pero capeaba el temporal discretamente.

—Bien, perdone que le haya preguntado eso. Pero Gordon esta ahora investigando un caso de importancia. Podía ser usted alguien que aportase datos o pruebas.

—Lamento no serlo; nada puedo aclarar al respecto.

—Es natural, señor Powers. Buenas noches.

Y dejando sobre el mostrador el importe de su café y de las copas de Frankie, salió bruscamente del local, dejando perplejo a Frankie, cuya mirada permaneció fija un buen rato en la puerta de

cristales que dejara el federal oscilando tras de sí.

Frankie salió pronto a la calle. No vio ni rastro del inspector Simmons. Algo intranquilo por lo ocurrido en el bar, caminó a pie hasta la calle Treinta y Cinco, y una vez allí tomó uno de los primeros autobuses matinales hacia su casa. Tenía sueño. Y preocupación. Además, dentro de dos horas tenía que ver a Joan. Todo lo cual era suficiente para impedirle dormir.

A las ocho menos cinco minutos estaba con un taxi delante de la casa de Joan

O'Leary.

Empezaba a considerar que se gastaba demasiado dinero en aquel asunto, pero si todo ocurría como él esperaba, iba a ser necesario gastar mucho para salir a flote. Y no sabía de dónde podría sacarlo.

Joan apareció en la puerta de su casa algo después de las ocho y diez. No hubiera sido mujer si no careciese de puntualidad. Frankie abrió la puerta del coche, entró la joven, y dijo al chofer:

—Dé una vuelta hasta Washington Square, suba por la Primera Avenida y regrese al Broadway por el Rockefeller Center.

El taxi inició la larga vuelta pedida, mientras los ojos de Joan, aún somnolientos, se fijaban en los chispeantes de Frankie. Su atrayente ropa juvenil, compuesta de falda, jersey muy ceñido y ancho abrigo de tela fina, le sentaba de un modo encantador. Era linda y natural. Quizá no tan bella ni tan provocativa la silueta como la de Elaine Powers. Pero había distinción y un indefinible «chic» en toda ella.

—¿Qué quiere decirme, Frankie? Creo que nada ha ocurrido que justifique esta precipitación.

Farrell la escuchó en silencio. Luego, soltó una risita.

—No. Nada ocurre. El sol brilla entre nubecillas otoñales, el aire de la bahía es húmedo, pero saludable, y tenemos la perspectiva de un magnífico día para jugar al golf o al tenis. Todo respira paz.

A Joan le enfadó su tono irónico. El sarcasmo de Frankie siempre hacía mella en las mujeres. Era una de sus virtudes.

—Está bien, Frankie. Es usted desesperadamente molesto. A veces, creo que Elaine tiene razón. ¿Por qué le gusta fastidiar a la gente?

—No fastidio a nadie —se irritó él—. Sólo que no me gusta el empleo que me ha proporcionado.

—Pues llame a Elaine y dígaselo. No tenía que molestarme a mí.

—De acuerdo. Pero usted fue quien me metió en este lío. Yo acepté, pero siempre creyendo que sólo participaría en crímenes imaginarios o, por lo menos, pasados de moda. Nadie me dijo que iría tropezándome por ahí con cadáveres auténticos.

Joan dio un respingo. Sus ojos parecían llenos de sorpresa al mirarle.

—¿Qué está diciendo?

—Ya me ha oído. No me gusta encontrar cadáveres en los armarios. Y anoche encontré el primero de mi vida. Como en los folletines de Malcomb.

—No estará hablando en serio, ¿verdad? —gimió Joan, palideciendo.

—No bromeo, Joan. Su amigo Glenn Powers pasó a mejor vida de resultas de un golpe en la cabeza, asestado con una barra de hierro o algo parecido. Le destrozaron el cráneo.

—¡Glenn! Es... Es imposible...

—Sólo que opté por cambiarle de sitio. Allí comprometía a otra persona... y a mí. De modo que no se extrañe si... ¡Eh, taxi, pare un momento!

Frenó el coche. Frankie tomó de mano de un vendedor la edición matinal del «Tribune». Se lo tendió a Joan, al tiempo que el automóvil continuaba la marcha.

—Lea eso —dijo Frankie, después de buscar en el diario, hasta dar con unos titulares de la página diez.

«UN RICO “SPORTMAN” BRUTALMENTE ASESINADO

»En las cocinas de un bar de Broadway, junto a un teatro de variedades, aparece el cadáver de Glenn Powers. El cuerpo, identificado por todos los empleados del local...».

Joan

O’Leary,

entre atónita y horrorizada, leyó la reseña de última hora, que daba cuenta del hallazgo del cuerpo en una de las refrigeradoras de las cocinas, por el personal del establecimiento, que reconocieron a Powers, asiduo concurrente del bar y del teatro, inexplicablemente

aparecido allí.

Nadie comprendía cómo el cadáver estaba en la refrigeradora del «Pavillion» ni por qué medios había llegado allí. Frankie, que leía sobre el hombro de ella, soltó una risita al llegar a este punto. El propio asesino estaría desconcertado cuando leyese aquello.

Joan soltó el diario. Tenía el rostro muy pálido.

—Esto es... horrible... ¿Y dónde... encontró usted el cuerpo, Frankie?

—En otro lugar muy distinto —dijo él, ambiguamente—. Con eso sorprenderé al culpable. Y hasta es posible que desconcierte a la policía, pero esto es inevitable.

—Yo... No sé cómo pudo ocurrir... A Glenn, tan simpático y alegre siempre...

—La simpatía no ayuda a conservar la vida, por desgracia, cuando alguien usa una buena barra de metal para destrozar la cabeza de su víctima.

Joan ni siquiera se enfadó por el macabro humorismo de Frankie. Tenía la vista fija en el vacío, atónita, sin acabar de entender lo que ocurría. Finalmente pareció recordar lo que él le dijera antes de enterarla de la noticia.

—¿Y qué relación tiene ese crimen... con usted y con Elaine?

—No lo sé, pero la tiene. Acaso porque Glenn buscaba la solución a la novela de Elaine... Y esa solución implica la de un crimen cometido hace quince años. Se puede matar por hacer callar a alguien que descubre un secreto tan grave.

—Eso es absurdo. Aquello es ya muy viejo. Nelson murió en la silla, el caso se archivó...

—Sí. Y luego, un oculista confirmó que Nelson no pudo matar a su supuesta raptada por imposibilidad material. Su vista era muy defectuosa, y el crimen tuvo lugar en un corredor oscuro de una atracción de feria. Demasiado difícil para Nelson, que usaba unas gruesas gafas para ver a distancia.

—¿Y quién recuerda nada de eso ya?

—Usted. Y yo. Y Elaine, que tuvo la mala idea de sacar todo eso a la luz. Y Glenn, que por encargo de su prima buscaba datos. Los debió encontrar demasiado buenos. Y le eliminaron. ¿Quiénes? Acaso otros que también recordaban aquella tragedia demasiado bien.

—Nunca creí que una cosa iniciada por pura broma, un capricho de niña rica, pudiera complicarse así.

—Y lo peor es que nos complica a todos... A todos los que no tenemos nada que ver en el asunto.

El taxi subía ya por la Primera Avenida. Frankie miró los anuncios de un cinematógrafo. Se estremeció. Vio la propaganda de una película policíaca, donde había un hombre ensangrentado en el suelo. El título le pareció siniestro: «Marque M, para matar».

Matar... Empezaba a ver cosas desagradables en todo. Y Joan no estaba precisamente como para animar a nadie. Todo su aire juvenil se había evaporado. Súbitamente dijo algo que le desconcertó:

—Deje todo este asunto, Frankie. Creo que le metí en un embrollo nada grato para usted. Le daré una indemnización por haberle complicado en él, y se olvidará de todo. ¿Estamos?

Frankie miró a la muchacha. Le sorprendía la oferta.

—No, Joan. Ahora no me es fácil salir. Ha empezado a sonar una música. No me gusta, pero he de bailarla, como usted y como todos. Ya veremos cuándo cambia el ritmo. Pero no es con dinero como vamos a resolver eso.

Joan sacó de su bolso un rollo de billetes. Quizá habría cien dólares, quizá más. Se lo tendió a Farrell.

—Tenga, Frankie. Al menos, si ha de hacer gastos por culpa de todo esto, estoy en el deber de ayudarle. Yo le metí en el lío.

Frankie tomó el dinero. Luego puso una mano afectuosamente en las rodillas de Joan. Ella no objetó nada.

—Joan, creo que es usted una buena chica. Eso es lo malo; hay demasiadas buenas chicas en este asunto. Nadie parece culpable. Pero, en fin, usted es comprensiva. E inteligente. Sé que apreciaba a Glenn y le ha dolido su fin. ¿Sabe de alguien que pudiera ayudarnos a descubrir algo sobre su muerte?

Ella denegó.

—No, Frankie. Además, dejémoslo. No trate de hacer el detective; no le va el papel. Y es más difícil hacer eso en la realidad que en esas novelas que usted escribe.

Ya estaban frente al Edificio Rockefeller. Joan avisó al chofer:

—Pare usted aquí —luego volvióse a Frankie, que la miraba con simpatía y le sonrió—. Gracias por informarme. Y gracias también por el paseo matinal. Me ha sentado muy bien.

Diciendo esto se inclinó hacia Frankie, le besó en los labios y saltó del coche, sin decir nada más. Frankie la vio alejarse hacia el centro, con su paso suave y elegante. Luego se pasó la punta de los dedos por la boca y sonrió. Parecía cierto que le gustaba a la muchacha. Tenía la maldita virtud de gustar aquellos días a todas las chicas. Pero seguía pensando en los labios de Lizzy Lorimer, y le gustaban más...

Suspirando se volvió al taxista, que disimuló su curiosidad con una tosecita.

—A «Ediciones Malcolmb», amigo —y ante la ignorancia el conductor le dio la dirección concreta, añadiendo—: ¡Cómo se ve que no lee usted novelas de crímenes!

CAPÍTULO VI

Hasta las doce y media estuvo Frankie Farrell encerrado en el cuchitril de Malcolmb, revisando portadas de pésimo gusto, originales tan grotescos como los que él mismo escribía, y corrigiendo las galeradas de una de sus novelas.

El rubio Mike le acababa de tender una de las sangrientas portadas, donde el dibujante había arrancado un trozo más de ropa del que la moral exigía, a una bella dama secuestrada por un monstruo de rara semejanza a un gorila y un sapo, cuando el reloj de la sala desgranó dos cuartos. Frankie tiró el original sobre la mesa y agarró la chaqueta como si fuese la tabla salvadora de un naufrago.

—Me voy, Mike. Dale ese dibujo a Hugh y dile que vista algo más a esa chica. Malcomb adora la moral y no creo que le gustase. Adiós, muchacho.

Bajó corriendo las escaleras del edificio, por no aguardar el ascensor, algo retrasado a aquella hora de mucho tráfico.

Una vez en la calle, mientras se acababa de abotonar el sobretodo, llamó un taxi y le dio la dirección de Elaine. El vehículo emprendió la marcha hacia Riverside Drive, enfilando la Cuarenta y cinco Oeste.

Antes de la una de la tarde, el coche le dejaba ante la residencia de los Powers. Entró en el edificio después de despedir el taxi, y pulsó el timbre de la entrada.

Le abrió el mayordomo, reconociéndole en el acto.

—Ah, es usted, señor Farrell. Espere un momento, por favor. La señorita Elaine está algo indispuesta por lo ocurrido a su primo... Le diré que está usted aquí.

Regresó al poco rato, haciéndole pasar a un saloncito. Antes de entrar oyó voces, y estuvo tentado de abandonar la casa. Pero ya era tarde, y debía seguir hasta el final.

Encontró a Elaine acompañada de su padre, el gran Cornell P. Powers. Aquel hombre alto, recio, de cabello agrisado en las sienes, sólo podía ser un gran hombre. Sus ojos agudos y escrutadores correspondían al que, como él, se había hecho a base del propio esfuerzo.

Ambos miraron a Frankie con interés cuando el joven entró. Pudo ver el montón de diarios apilados a un lado y huellas de llanto en los lindos ojos de la muchacha.

—Buenos días, señores —saludó Frankie.

—Pase, señor Farrell —invitó cortésmente Cornell Powers—. No le esperábamos a estas horas... ni creo que mi hija pueda ahora prestar atención a nada.

—No, papá, exageras —sonrió ella débilmente—. ¿Qué desea, Farrell?

—Sabía lo de su primo, Elaine —dijo Farrell con serenidad—. Por eso vengo.

—Oh, pase, pase... Creí que vendría por lo de la novela y que nada sabía de lo sucedido.

Frankie se sentó frente a Elaine. Ella compuso su bata de seda adamascada de modo que le cubriese mejor por las piernas. Frankie lo lamentó.

—Creo que lo sucedido complica bastante su idea de la novela —manifestó Frankie sinceramente—. ¿No le encargó a Glenn que buscase datos para ella?

—Sí, pero no veo... Usted habló con él anoche, ¿no es cierto?

—En efecto. Pero sólo por teléfono. Glenn no acudió a la cita que me diera en el «Pavillion».

—Entonces, esa mujer, Lizzy Lorimer, debe saber...

—Lizzy Lorimer no sabe nada. Estuve hablando con ella. Perdió de vista a Glenn después que él me habló por teléfono. Y no volvió a verle.

—Eso será lo que ella dice. Acaso ella misma le mató...

—No es probable. Además, este crimen no parece pasional. Más bien parece tener viejas raíces... Pongamos unas raíces que llevan quince años aferrándose bajo tierra.

Cornell Powers alzó la cabeza. Parecía sobresaltado.

—¿Qué quiere decir, Farrell?

—Elaine lo entenderá probablemente. Ella trabaja en ese viejo

asunto Winters. Glenn quería ayudarla, proporcionando datos útiles. Y, probablemente, a alguien molestó esa ayuda.

—¿A dónde va a parar, Farrell? —se excitó Cornell Powers, mientras los ojos de Elaine fulguraban, fijos en su colaborador.

—A esto: ¿quién podía tener interés en matar a Glenn? Nadie pareció sentir ese deseo hasta anoche. Precisamente cuando según frase suya, «iba a hacer estallar una bomba que llevaba largo tiempo apagada».

—¿Dijo esto Glenn? —fue la pregunta del padre de Elaine.

—Sí. Eso dijo a Lizzy Lorimer anoche; después de llamarme a mí. Y quería verme para algo urgente y confidencial, no para una fruslería, como yo le hice creer a usted, Elaine.

—Entonces... hemos de suponer que el caso Winters está estrechamente ligado a la muerte de Glenn.

Frankie asintió a la deducción de Cornell Powers, quien parecía extrañamente interesado en el caso.

—Y ahora sólo nos queda un eslabón que nos una a lo que pudo descubrir Glenn.

—¿Cuál? —inquirió ansiosamente el millonario.

Frankie ignoró la pregunta, y se dirigió a Elaine.

—Si queremos seguir esa novela será preciso que busquemos el final por nosotros mismos. Y no va a ser fácil.

—Aún tengo mis dudas sobre eso. Glenn pudo ser asesinado por motivos ajenos a mi novela y al caso Winters.

—Puede ser. De momento, usted tiene recopilados todos los datos, ¿puede decirme si vive alguien más, aparte del senador Winters, que esté relacionado con el viejo caso de la muerte de Molly y la ejecución de Fred Nelson?

Elaine le miró, como preguntándose a dónde quería ir a parar el joven con aquellas preguntas.

—Sí, claro que lo sé. Viven el senador Winters y su hermana Norah. Ella es una solterona que cuida de él en su vejez. No hay en ellos nada interesante ni útil. Sólo amargura y antiguas penas siempre vivas... Por otro lado, si le interesa tanto saberlo, Fred Nelson dejó una hermana casada y un sobrinito de pocos años. Ahora tendrá ya ese niño unos veinte o veintidós años. Se mantuvo a la familia alejada del proceso. Nelson así lo quiso. Al morir dejó todos sus bienes a la familia.

—Pero Nelson era pobre. Recuerdo que por eso se oponía el senador a las relaciones con su hija.

—Tal vez alguien ayudó a los familiares del condenado por piedad, por compasión. Suele ocurrir, en tales casos —indicó Cornell Powers.

—Sí, suele ocurrir... ¿Sabe dónde viven esos familiares, Elaine?

—No lo sé. Recuerdo que no residen en Nueva York. Pero ¿qué pretende con tantas pesquisas? ¿Se ha tomado en serio el papel de detective?

—No. Ya es usted la segunda persona que me dice eso hoy, Elaine —Frankie meditaba sobre algo que le rondaba la mente—. Pero creo que se puede intentar descubrir lo que descubrió Glenn.

—Creo que desvía sus ideas excesivamente, Farrell —sonrió el millonario—. Tiene demasiadas novelas en la cabeza. Y mi hija también. Dejen eso a la policía y no se quiebren la cabeza, muchachos...

Diciendo esto, el magnate se puso en pie y caminó hacia la puerta. Tenía un paso firme, lento, de hombre seguro de sí mismo, que siempre pisaba terreno sólido. Frankie hubiera querido ser como él en aquellos instantes. Su terreno era demasiado débil y resbaladizo. Y no quería caer.

—Ya le veré más tarde, Farrell —dijo Cornell Powers—. Tenemos que hablar aún de varias cosas. Y tú, Elaine, no llores ni te atormentes más, hija mía. Nada puede hacerse ya por el pobre Glenn.

Frankie y Elaine quedaron solos, mirándose a los ojos. En los de ella leyó el escritor una muda interrogación. No tardó en formularla de palabra:

—¿Usted cree sinceramente que yo tuve la culpa de la muerte de mi primo?

Frankie movió la cabeza negativamente. Su rostro era afable, sin cinismo.

—No creo eso, Elaine —manifestó suavemente—. Imagino más bien que Glenn tomó demasiado en serio el encargo que, medio en broma, le hizo usted, y se dedicó a ahondar en el pasado de los Winters y de su misterio. No sé dónde buscaría, pero sí sospecho que dio con algo grave. Lo bastante grave para justificar un nuevo asesinato que entierre el secreto de hace quince años. Pero rara vez

se puede tapar con sangre lo que sangre fue.

—Nunca me perdonaré que Glenn se dejase asesinar por culpa mía.

—No sea chiquilla. Usted no tuvo culpa ninguna. Si acaso, él, que se excedió en su labor. Si al menos supiese dónde buscó... Elaine, ¿usted conocía a alguien que pudiese ayudar a Glenn a investigar? ¿Algún amigo, algún lugar donde le diesen datos?

Elaine meditó unos Segundos.

—No tenía ningún amigo policía ni nada parecido. Tampoco creo que contase con grandes influencias en ningún sitio.

—¿Ni siquiera en la Policía Federal?

—¿Por qué iba a tenerlo ahí?

—El caso Winters fue precedido de un secuestro. Y ese delito entra de lleno en las leyes federales. Es decir, que intervino el F. B. I.

Si en algún lugar saben algo del caso Winters, es en las oficinas federales. Y Glenn pudo meter la nariz ahí.

—Le repito que yo ignoro que tuviese amigo alguno policía, fuese federal o metropolitano. Y conocía bastante a sus amistades.

—Eso quiere decir que si conoció últimamente a algún agente federal... fue a causa del misterio Winters exclusivamente —meditó Frankie, pensando en un nombre que le obsesionaba: Gordon Mortimer... Gordon Mortimer...

Entonces apareció el mayordomo en la puerta de la estancia.

—Señorita Elaine, un caballero desea verla urgentemente —anunció con naturalidad.

—¿Ha dicho quién es?

—Sí, señorita. El inspector Stewart Simmons, de la Oficina Federal de Investigación.

Reinó un silencio mortal. Elaine miraba a Frankie Farrell. El escritor había dado un respingo y miraba en torno, como si buscase un punto de escape. Pero aquella estancia no estaba edificada a tono con los melodramas policíacos y carecía de puertas secretas y de milagrosos pasadizos.

Con un suspiro de resignación, se encogió de hombros.

—Haga lo que sea sin consultarme, Elaine —dijo con fatalismo—. Si hemos de afrontar el primer desastre, creo que este momento es tan bueno como otro cualquiera. ¡Si al menos tuviese abundancia

de alcohol para consolarme!

Perpleja, Elaine dio orden de que entrase el policía en el saloncito. Luego miró, nerviosamente, a Farrell.

—¿En qué líos se ha metido usted que no me ha contado, Frankie?

—¡Oh...! Es mejor que vaya sabiéndolo por usted misma. Así se divertirá más.

Callaron ambos. La puerta se abrió y el inspector Simmons entró en la habitación con su paso lento y su aire de hombre apacible. Aun llevaba el sobretodo tornasolado y el flexible gris.

—Buenos días, señorita Powers —saludó cortésmente al entrar, dirigiendo una mirada tranquila a Farrell, a quién dijo a continuación—: Hola, señor Powers.

Elaine enarcó las cejas. Frankie no hizo gesto alguno. Las cosas habían iniciado su marcha desastrosa. Bueno, había que resignarse.

—Debe sufrir un error, inspector... —empezó ella, pero el federal no la dejó acabar.

—Perdone, señorita, tengo el tiempo justo y muchas cosas que hacer. Abreviemos. ¿Era primo suyo Glenn Powers? —y al decir esto, miraba con ironía a Frankie.

—Sí, lo era.

—Ah... lo era —la sonrisa dirigida a Farrell fue sarcástica—. ¿Sabe lo de su muerte?

—Sí. Algo horrible. Y tan sorprendente... Él no tenía enemigos.

—Pues quien le golpeó lo hizo a conciencia. Vi el cadáver y se lo puedo asegurar.

—Pero... ¿tiene alguna relación la Policía Federal con la muerte de mi primo? Porque si no entendí mal, usted es...

—Del

F. B. I.,

exactamente —sonrió con exquisita cortesía el policía—. Y tenemos, en efecto, relación con Glenn Powers.

—¿Por qué? —se sorprendió ella, dirigiendo una involuntaria mirada de perplejidad a Frankie, que escuchaba el diálogo empezando a intuir varias cosas. Por eso, lo que a continuación dijo el inspector federal Simmons no le dio frío ni calor, aunque cinco minutos antes le hubiese hecho dar un brinco en el asiento.

—Porque su primo Glenn Powers, señorita, era uno de nuestros

agentes en Nueva York.

Elaine necesitó casi un minuto para digerir la noticia. Poco a poco fue abriéndose paso en su cerebro la increíble noticia dada por el inspector.

—¿Glenn... un agente federal? ¡Si es imposible! Siempre fue un rico inútil, desocupado y chiflado por los deportes y las coristas de variedades.

—Era su papel, y lo representaba bien —sonrió Simmons, indulgente—. Pero actuaba a las órdenes del

F. B. I.

desde hace cinco años. Sé que nadie lo sospechó nunca, y eso demuestra que supo ser un agente sagaz hasta el final.

Frankie Farrell se echó a reír alegremente. El inspector volvió a él la vista y también lanzó una dura risita.

—Tiene gracia —dijo Farrell, muy divertido—. ¡Y yo quise hacerme pasar por Glenn ante usted!

—Me hizo gracia oírle decir su nombre anoche —asintió Simmons—. Miente bastante mal, y no le creí en ningún momento. A propósito, el

66-89-42

de Broadway es el número de la señorita Joan

O'Leary,

¿no? Le vi marcarlo en la cabina de aquel bar y no sé si lo recordé luego bien.

Frankie miró con sincero respeto a aquel hombre.

—Sí, tiene buena memoria... y buena vista. Me parece que hice el ridículo.

—No tanto como eso. Sabiendo que usted no era Powers, traté de ver por qué fingía serlo tan tontamente. Le seguí cuando se retiró a su casa. Disimuladamente, claro. No deseaba ponerle sobre aviso. No me costó nada averiguar su nombre, profesión y otros detalles. Supongo, señor Farrell, que más tarde me dirá lo que juega usted en este asunto y qué es lo que realmente sabe.

—Creo que no tendré más remedio —asintió Frankie, fatigado.

—Termino enseguida con la señorita Powers. Afuera tengo mi coche. Puedo llevarle a dónde quiera, y durante el camino charlaremos como buenos amigos.

Pese a su cordialidad, había cierta dureza en su tono. Era

evidente que el federal no permitiría a Farrell otra alternativa que la de charlar con él en el coche. Y Frankie estaba dispuesto a colaborar prudencialmente con los Federales. No diciendo todo lo que sabía, ni mucho menos. Pero si aquello que el inspector pudiera recelar.

CAPÍTULO VII

El descapotable gris del inspector Stewart Simmons descendió por Riverside Drive hacia el centro de Manhattan. El policía conducía con destreza, llevando el volante entre sus dedos cuadrados y velludos. La mirada manteníase fija en el camino. A la derecha del vehículo desfilaba la costa del Hudson. Más lejos, se distinguían los macizos de arbustos y setos altos del National Riverside Park.

Ambos hombres iban callados. Frankie pensaba en muchas cosas. El sol tibio de la tarde otoñal no le daba ninguna alegría. Finalmente, el inspector rompió el silencio:

—Tiene usted varias cosas que explicarme. Por ejemplo: ¿quién le encargó que buscara a Gordon Mortimer?

—No trabajo por encargo de nadie, inspector. Busco por mí mismo. Nada más.

—¿Trata acaso de vivir en la realidad los personajes de sus novelas? —y en el tono del federal no hubo el menor asomo de burla.

—No lo sé —se irritó Frankie—. Pero ¿es un delito que uno sienta alguna vez la tentación de ser un poco detective?

—No lo es tanto como sentir la tentación de ser el criminal —fue la seca respuesta.

—¿Sospecha de mí, inspector?

—Sospecho de todo lo que se relacionó de un modo u otro con Glenn Powers. Usted tuvo bastante relación, anoche especialmente. Glenn le llamó por teléfono desde el bar del «Pavillion». Usted acudió. Le esperó allí bastante tiempo. Luego se fue de repente y el barman no le vio más, hasta que volvió por su sobretodo y sombrero, dejados en el guardarropa al llegar. El empleado dice que había una chica fuera, en un coche, esperándole. El chofer del coche dice que les llevó a un punto de Park Avenue, donde descendieron y

abonaron la carrera. Eso da a entender que allí debieron tomar otro coche.

—O paseamos por la avenida. ¿No podía ser eso?

—La noche era fría para paseos nocturnos. Tal vez buscaron abrigo bajo techado.

Frankie miraba al inspector con cierto respeto. Era un hombre frío, metódico y eficaz. Sus investigaciones iban rápidas, concretas, eliminando tareas inútiles.

—Si todo lo sabe, ¿por qué no contesta eso? —dijo Frankie con tono burlón.

Simmons continuó impassible, conduciendo. Sus labios sonreían débilmente.

—Hace mal en desafiarme —se condolió—. Puedo decirle, entonces, que usted entró en el teatro por algún motivo, y salió acompañado de una dama. Como temía que les pudiesen vigilar, o que en un futuro inmediato se controlasen los pasos que dieron aquella noche, cambiaron de coche en Park Avenue y tomaron otro hasta... pongamos hasta el apartamento de la dama en cuestión. Luego sale usted de allí pensando que necesita localizar a un tal Gordon Mortimer, y le busca haciéndose pasar estúpidamente por Glenn Powers. Y se encuentra conmigo, que conozco perfectamente a Glenn, agente a mi servicio, y que finjo creerle e incluso le doy datos para ayudarle.

—Estupendo. ¿Qué va a decirme?

—Que, como todo tiene su conclusión lógica, usted se hizo pasar por Glenn con la idea de no dar su nombre. ¿Por qué? No deseaba que relacionásemos a Gordon Mortimer con Frankie Farrell. Eso indica que deseaba usted permanecer al margen de este asunto. Ignoro si por usted mismo o por proteger a la dama que anoche le acompañaba.

—Ya que tanto alardea de su sagacidad, inspector, continúe deduciendo teorías.

—Todo tiene un límite. Llevo pocas horas en el caso y aún no he podido ligar los cabos sueltos. Pero hay muchos, y creo que lo conseguiré en breve.

—Me decepciona usted. Palabra.

—Lo lamento. No soy ningún superdotado —condujo ahora más lentamente al pasar entre el Parque y el Museo de Historia Natural

—. Pero daré con todo este embrollo más tarde o más temprano. ¿Va a decirme quién era la dama que le acompañaba anoche?

—¿Trata de hacerme ofrecer una coartada?

—Tal vez.

—¿Es una coartada lo que quiere? —insistió Frankie.

—No. Es el nombre de ella lo que le pido. Sencillamente eso.

—No voy a dárselo, inspector; no insista. Un caballero no puede poner en falso el nombre de una dama.

—Tonterías; dígamelo. No va a salir de mis labios si no tuvo participación ella en este crimen.

—Me niego a declarar su nombre. ¿Va a obligarme a ello?

—Aún no. Pero si veo que es preciso, le obligaré. La muerte de un federal es algo muy serio. Y no pararemos ante nada para descubrir y castigar al que mató a aquel muchacho. Glenn era un buen chico. Inteligente, tenaz, astuto y de gran valentía para todo. Ahora, el

F. B. I.,

ha de lamentar la baja de un buen agente. Su asesino sufrirá el castigo, no lo dude.

—Lo celebraré, inspector. Lo poco que traté a Glenn me dio excelente impresión. No tuve culpa alguna en lo ocurrido, ni razón para asesinar a Powers.

Simmons siguió manejando el volante sin inmutarse. Desfiló ante ellos la hilera de rascacielos de la Calle 53 Oeste, hasta penetrar en el denso tráfico de Broadway. Frankie conservaba su aire ceñudo, mientras estudiaba de reojo la expresión inmutable del Federal.

—A propósito, Farrell —dijo de repente el inspector—. Lizzy Lorimer ha confesado. Le acusa a usted de asesino y cómplice en la muerte de Glenn Powers.

Frankie se irguió, rígido. Sus manos se aferraban al tapizado del coche. Al captar la luceilla burlona en los ojos del policía, soltó una risita y sus músculos se relajaron.

—Quiere cazarme en una trampa, ¿eh? —ironizó Farrell—. No lo logrará, inspector. Soy inocente.

—Ya veremos. Pudo haber resultado, si usted no fuese demasiado cauto. Sin embargo, algo puedo deducir de sus palabras.

—¿De veras?

—Sí, Farrell. Conozco a Lizzy Lorimer. Y debe tener alguna relación con ella. ¿De veras no es ella la dama que le acompañaba anoche?

—Yo me he negado a dar su nombre, no he dicho que sea o no sea una determinada.

—Sí, ya sé... Sigue usted siendo cauto. Alguna vez resbalará, y, entonces, le va a ser difícil recobrar el equilibrio.

Frankie replicó con decidida acritud al policía:

—Y usted no será quien me extienda la mano, ¿verdad? Todo eso lo sé sobradamente... Por favor, déjeme aquí. Es la parada del elevado que me lleva a la editorial.

El coche frenó. Simmons tendió su mano a Farrell con aparente cordialidad.

—De acuerdo, Frankie. No me considere un enemigo. Si no mató a Glenn, nada tiene qué temer de mí ni del

F. B. I.

—Gracias, inspector. Es usted muy amable...

Eran las cuatro y media de la tarde. Frankie Farrell golpeaba sobre su mesa de trabajo con un lapicero, mientras sus ojos trataban de encontrar algún arte en dos docenas de dibujos con destino a sus publicaciones terroríficas. Los originales, extendidos sobre el tablero de vidrio, eran una muestra completa de vampiros, hombres-lobos, seres diabólicos y arcones funerarios a la luz de tenebrosas lámparas. Alguna de las chicas que de vez en cuando animaban aquellas ilustraciones, asomaba aquí y allá el encanto de sus pantorrillas o la curva exagerada de su busto. Todo vulgar, mediocre y grotesco.

Lo echó a un lado, despectivamente, y se quedó mirando al vacío, reflexionando profundamente sobre tantos sucesos desconcertantes como estaban desarrollándose a su alrededor.

Con un perplejo encogimiento de hombros se dispuso a continuar su odiosa tarea. Tomó la máquina de escribir y continuó un relato de crímenes que iniciara días antes. A los dos intentos, después de arrancar el pliego escrito y hacer con él una bola, renunció a seguir. No tenía un día inspirado.

Sonó el timbre del teléfono. Tomó el receptor y preguntó secamente:

—¿Diga?

Le sorprendió escuchar la voz suave y cálida de Joan O'Leary.

—Hola, Farrell. Soy yo, Joan.

—Sí, la he reconocido. ¿Qué quiere?

—Harry ha estado a verme hace un rato.

—¿Harry? —preguntó Farrell, sin caer en la cuenta—. ¡Oh, sí, Malvinson! No me acordaba ya. ¿Y qué le dijo?

—Está horrorizado por lo ocurrido a Glenn... Dice que es algo increíble.

—Su prometido es muy original —se burló Frankie.

—Déjeme hablar. Harry me habló de cierta frase que le dijo Glenn el otro día, antes de vernos en «Basket's»

cuando usted vino a conocer a Elaine, ¿recuerda?

—Sí. ¿Qué es lo que Glenn le dijo a Harry?

—Que venía de Middle Town, de ver a ciertas personas relacionadas con el caso Winters. ¿Y sabe quiénes viven en Middle Town?

—No.

—Los hermanos de Fred Nelson, el hombre que murió en la silla eléctrica hace quince años. ¿No es extraña la coincidencia?

—Mucho... si fuera coincidencia. Pero no creo que lo sea —había nuevos ánimos en la voz de Farrell—. ¿Y cómo no se le ocurrió a su novio acordarse de esto hasta ahora?

—Oh, él no le dio importancia. Creyó que era una visita más de Glenn, buscando datos para la novela de Elaine. Ahora, al saber lo del asesinato, cree que eso puede ser un detalle.

—¿Y por qué me lo comunica a mí? Está la policía... El F. B. I.

¿O es que aún ignora que Glenn era agente del Departamento Federal de Washington?

El silencio que precedió a la exclamación asombrada de Joan demostró a Frankie la sorpresa que su declaración causaba en Joan.

—No puedo creerlo. ¿Glenn... que parecía un simple rico deportista?

—Ésa era su máscara, supo llevarla bien en todo momento. Pero aún no ha contestado a mi pregunta: ¿por qué no se lo dice a la

policía?

—Antes quise consultar con usted, Frankie. Sé que está aún en esto. Usted puede aconsejarnos si hablar a la policía o no.

—Aguarden un poco, entonces. Hasta mañana, por ejemplo. Es todo lo que necesito. Y gracias por darme a mí la exclusiva.

—Déjese de sarcasmos, Frankie. Quiero ayudarle.

—Lo sé. ¿Dijo Middle Town?

—Eso es.

—Está a unas sesenta millas de Nueva York. Creo que en pocas horas puedo resolver el asunto.

—Tenga cuidado, Frankie. Está metido en algo peligroso. Quien mató a Glenn, puede volver a intentarlo con otro.

—No se preocupe por mí; cuidaré de mi salud. Gracias, Joan.

—Hasta mañana. Ya sabe que, a pesar de Harry, sigue usted gustándome.

—Siempre es un consuelo —y colgó con una risita.

Después se quedó nuevamente pensativo. Los Nelson vivían en Middle Town. Glenn Powers, antes de ser asesinado, estuvo en Middle Town. Y entre ambas cosas podía existir una relación.

Inmediatamente tomó una determinación. Se puso en pie, cogió al vuelo su sobretodo y salió de la oficina, indicando a Mike que regresaba enseguida.

Descendió a la calle y tomó un taxi, que le condujo al apartamento de Lizzy Lorimer. Dejó el coche a una manzana de distancia y se encaminó allí. No vio ninguna persona que pudiese estar vigilando el edificio. Entró y se hizo conducir al piso donde la estrella de variedades tenía su alojamiento.

La voz de Lizzy, a través de la hoja de madera, respondió a su llamada.

—¿Quién es?

—Soy yo, Lizzy, abre. Tengo que verte enseguida.

Le franqueó ella el paso. Vestía una larga bata de raso azul eléctrico. Sus curvas se moldeaban perfectamente bajo la tela, y Frankie se sintió tentado de estrechar el cuerpo de la muchacha entre sus brazos. Sin embargo, se limitó a besar sus labios y decir precipitadamente:

—Lizzy, voy a salir esta noche de la ciudad. No me esperes en el teatro. Si acaso, mañana te veré.

—¿A dónde vas, Frankie? —se inquietó ella, tomándole del brazo cariñosamente.

—A un sitio donde pueden darme la pista primera de este misterio. Glenn era un federal. ¿No te lo dijo nunca?

Lizzy le miró como si Frankie hubiera sido un habitante de Marte, recién llegado a la tierra. Movi6 la cabeza en se6al negativa.

—Nunca sospeché una cosa así. ¡Glenn un federal! Casi no lo puedo creer...

—Pues es la verdad. Puede que lo eliminaran por eso, o tal vez por saber demasiado; no sé. Es lo que voy a averiguar. Cuídate del inspector Simmons, del

F. B. I.,

si viene a interrogarte. Es un viejo zorro y sacaría tajada de cualquier cosa.

—Dios mío, Frankie, esto se complica. Si el

F. B. I.,

se mezcla en el asunto...

—No estaremos por ello más comprometidos de lo que ya estamos. Lo siento, querida, pero hay que afrontar los riesgos para sacar algo en limpio.

Ella ci6ó sus brazos en torno al cuello de Frankie. El joven sintió el calor de su cuerpo a través de la bata de raso.

—Me gustas cada día más, Frankie. Eres bueno y decidido. Creo que acabaré enamorándome de ti.

—Está bien. Guárdate esas ideas y no se las dejes adivinar a Simmons. Enseguida inventaría una complicidad entre tú y yo.

—Que en realidad existe —rió ella mimosamente.

—Bueno, pero no como para enviarnos a la prisión —dijo Farrell. Y no mentía. Sabía que si les colgaban la muerte de Glenn irían derechos a la silla—. Hasta mañana, nenita.

—Frankie, ¿no puedes decirme a dónde vas?

—No. Es mejor que lo sepan el menor número de personas posible. No quiero que me impidan la acción.

Un nuevo beso rubricó la despedida. Frankie saltó escaleras abajo. En la calle siguió sin ver a nadie. Tomó un taxi y regresó a la editorial. Antes se paró en una droguería a informarse por teléfono del horario de salida de autobuses hacia Middle Town. Se enteró que salían cada cuarenta minutos de Edgewater, en Nueva Jersey, y

esto le tranquilizó.

Aquella noche, a las siete y treinta minutos, Frankie Farrell salía en el autobús de Middle Town, mientras empezaba a caer una fina llovizna sobre Nueva York y el frío de la noche antes era substituido por una molesta humedad. Sobre el Hudson, una neblina espesa oscurecía las luces de situación de los barcos y canoas, así como la iluminación de la costa.

Pero Frankie Farrell, mientras el autobús devoraba a buena velocidad las millas sobre la reluciente cinta de la carretera mojada, iba mojando su garganta con buen *whisky*, y esto contribuía a neutralizar la inclemencia del tiempo.

CAPÍTULO VIII

Middle Town era una población triste y aburrida bajo la lluvia. Frankie la dejó aquella madrugada sin pesar ninguno, en el primer autobús de regreso a Nueva York.

Ya había resuelto el asunto que le trajera a Middle Town. Llevaba una respuesta más al enigma, aunque no adivinaba hasta qué punto podía serle de utilidad en el caso.

Dejó el autobús en Edgewater, y se encaminó a un punto más concurrido, donde tomar un taxi que le condujese al centro de la ciudad.

Desde la estación del autobús al lugar donde amarraban los «*ferry-boats*» que cruzaban el río para dejar sus viajeros en Manhattan, había una calle estrecha y poco frecuentada. Sobre un bar abierto a aquellas horas, un reloj señalaba las seis de la mañana.

La luz sobre los edificios grises de la gran ciudad era también grisácea y brumosa, precursora de nuevas lluvias. Frankie, con las manos hundidas en los bolsillos de su sobretodo, cruzó calmosamente la calle.

Vio aparecer el coche por una esquina. Era un automóvil oscuro, que en un principio pensó que pudiera ser un taxi, pero pronto comprobó que no lo era, y siguió su camino, sin alterar la marcha.

Súbitamente, se dio cuenta de que el automóvil no había reducido su marcha, y que parecía acelerarla a medida que se acercaba a él. Tuvo una súbita corazonada y se lanzó a la acera en «plongeon» perfecto, a la vez que un madrugador, asomado a la puerta de un almacén de artículos marinos, gritaba agudamente:



Súbitamente, se dió cuenta de que el automóvil aceleraba y...

—¡Cuidado, joven!

Pero ya el cuerpo lanzado de Frankie golpeaba el suelo de la acera, mientras los guardabarros del coche le rozaban las faldas de su sobretodo, en vertiginosa pasada. Cuando Frankie quiso recuperarse en el suelo y alzar la cabeza para mirar la matrícula y

características del coche, éste ya doblaba la esquina sin disminuir la velocidad, patinando sobre el asfalto.

—Vaya, amigo, si se descuida un poco... —comentó el hombre del almacén de artículos de marinería, sin moverse de su sitio—. Le faltó el canto de una moneda de diez centavos.

Frankie asintió con la cabeza. Se pasó una mano por el revuelto cabello, se incorporó lentamente y miró con resignación el barro que ensuciaba su sobretodo. Era lo menos que podía sacarse de un accidente así.

¿Accidente? Frankie sonrió para sí sin la menor alegría. Accidentes semejantes ocurren a docenas en Nueva York cada día. El suyo hubiera sido uno más. Pero él sabía que aquel coche oscuro había intentado matarle con toda premeditación. Emplazado tras aquella esquina, aguardó a que cruzara la calle camino del «*ferry*». Su conductor falló por precipitarse al acelerar la marcha. Si no, hubiese terminado con él. Esta idea, más que el frío húmedo de la mañana, hizo estremecer a Frankie.

Tomó el «*ferry-boat*», que surcó lentamente las aguas pizarrosas del Hudson, dejando al escritor en Riverside Drive. Caminó por las desiertas avenidas buscando un taxi. Y entonces sufrió un violento sobresalto al oír tras de sí un frenazo. Por un momento temió un nuevo intento de asesinato. Pero era algo peor que eso: el inspector Simmons en persona, asomando con aire cordial por la portezuela de su descapotable.

—Buenos días, Farrell. Veo que madruga mucho. ¿Sube? Voy hacia Broadway.

—¡Caramba, inspector! ¿Tiene la virtud de aparecer como por artes mágicas cuando menos se lo espera uno?

—Algo parecido. ¿Sube o no?

—Sí. Siempre iré más seguro que a pie.

—¿Seguro? ¿A qué se refiere?

—Acaban de intentar matarme en Edgewater con un coche, simulando un atropello...

—Hum... —el gesto de Simmons era escéptico—. Acaso su imaginación sufrió un error y lo sucedido era realmente accidental.

Frankie no se molestó en discutirlo. Subió al coche y se dejó conducir hacia Broadway. Hubiera preferido un taxi, pero tan malo era encontrarse con Simmons como ir a su lado un rato.

—¿Me andaba buscando tal vez, inspector? —preguntó súbitamente Frankie.

—No es usted tan importante como todo eso... aún —sonrió el federal, sin ironía—. Mi caza era mayor.

—Y según veo tenía alguna relación con Middle Town, ¿no?

—Claro. Imagino que viene de allí ahora, Farrell. Y que habrá averiguado quién es el sobrino de un hombre que murió ajusticiado hace quince años.

—Sí. Para la gente se llama Gordon Mortimer. Su verdadero nombre es Lewis Gordon Nelson, sobrino de Fred Nelson y agente del

F. B. I.

Le confieso que me llevé una sorpresa.

—Nosotros lo supimos siempre. Pero el muchacho quiere ocultar su parentesco con un secuestrador y asesino que su propio Departamento entregó a la Ley. Y se respeta ese sentimiento.

—Entonces era un niño... —reflexionó Farrell—. Y ahora se hace policía, ¿por qué?

—Inclinación de la persona —opinó Simmons—. Otros se apartan de lo legal por odio a la policía, a quién asocian con la muerte de un familiar. Él quiso luchar contra lo mismo que representaba su tío.

—Demasiado fácil la explicación. Además, la hermana de Fred no consideró nunca culpable a éste. Ella misma me lo dijo.

—Ése es el criterio de ella. ¿Y el del muchacho?

—Tenía cinco años, entonces, inspector. No pudo mantener criterio alguno.

—Bueno, eso poco importa. Ahora quiero saber algo: ¿por qué ese interés suyo por Gordon Mortimer o Gordon Nelson, como quiera llamarle?

—¿También encuentra eso sospechoso?

—También. Sobre todo, cuando Gordon Mortimer ha desaparecido sin dejar rastro y en el

F. B. I.,

no se recibe el menor informe suyo desde hace más de veinticuatro horas. Exactamente desde que mataron a Glenn Powers.

Frankie permaneció unos segundos silencioso. No esperaba la noticia. Y era grave.

—¿No puede estar investigando algo por su propia cuenta y riesgo?

—Ningún agente federal, en cumplimiento de una misión, puede investigar nada por su cuenta y riesgo y dejar el contacto con su oficina. En su casa no ha dormido anoche ni hoy, no ha comido en el sitio de costumbre, no ha aparecido al propagarse la noticia de la muerte de su compañero y amigo, y nadie sabe dar dato alguno de él.

—Diablo, eso es serio... Pero no pretenderá complicarme también en eso.

—No sé si se da usted cuenta, Farrell, de que está complicado en todo hasta el cuello —dijo el inspector, frenando el coche y encarándose con el escritor—. Carece de coartada para ayer noche, para hoy...

—Acabo de regresar de Middle Town —protestó Frankie.

—Eso es lo que usted dice —le cortó rudamente el federal—. Además, estaba metido en algo con Glenn, quedaron en verse la noche de morir él, luego se fue a buscar a Gordon falseando su nombre. Oculta el nombre de una mujer a quién conozco perfectamente y que flirteaba con Glenn. ¿Quiere más datos? Le diré algo: me parece sumamente extraño que el cadáver apareciese en el frigorífico del bar. He examinado el lugar, y creo que con maña y algo de fuerza, se puede trasladar un cadáver desde el camerino de Lizzy Lorimer hasta las cocinas del bar, a través de la ventana del patio que da al cuarto de duchas.

—Eso es absurdo, inspector. Nadie creería tal cosa —manifestó Frankie, interiormente desasosegado.

—Se trata de demostrarlo ante un jurado. Y creo que lo podrían admitir como bueno. Si por añadidura se encontrasen en el camerino de la Lorimer o en la ventana del patio alguna huella que apoyase mi teoría... creo que su cabeza iba a peligrar mucho, Frankie Farrell. Y la de su oculta dama también.

Sí, Frankie sabía que aquello era cierto. Sintió un escalofrío recorriéndole desagradablemente la espina dorsal. Un fino sudor helado le empañó la frente. Si se había dejado alguna huella en el armario ropero del camerino... La idea le martilleó el cerebro.

Cuando el inspector le dejó en pleno Times Square, Frankie tuvo que refugiarse en la temperatura cálida de un local recién abierto,

en el que aún andaban casi todas las sillas sobre las mesas, y pedir un *whisky* doble, puro.

Tras aquel refrigerio, se vio en la necesidad de repetir por dos veces la dosis. Sólo entonces, empezó a sentirse más dueño de sí. Tenía la molesta impresión de que Simmons andaba a la caza suya, y el asunto cada día se complicaba más. La desaparición misteriosa de Gordon Nelson ponía el asunto al rojo vivo. Los federales actuarían despiadadamente si perdían otro de sus elementos a manos del adversario. Y como alguien le había asignado a él el desagradable papel de cabeza de turco, iba a ser muy difícil salir a flote.

Simmons era un policía muy sagaz. Y daba la impresión de ser implacable cuando llevaba un asunto. Aquél, por afectar tan directamente a su Departamento, lo llevaría hasta el fin. Y era evidente que sospechaba de él y de Lizzy.

Entre tanto, estaba el raro atentado de Edgewater. ¿Es que también el asesino le había elegido a él como víctima propiciatoria?

Asimiló esta posibilidad con un nuevo trago de *whisky*. Y después se sintió ya con ánimos de telefonar a Henry Malvinson. Encontró el número en la guía y llamó a Henry.

Hubo de aguardar un buen rato. Finalmente, escuchó la voz despejada de Malvinson, como si hiciese mucho tiempo que se había levantado.

—¿Quién es?

—Oiga, Henry, soy Farrell. Acabo de volver de Middle Town.

—¿De veras? —Malvinson parecía sorprendido—. ¿Y no ha ido a acostarse?

—No. Usted tampoco parece estar muy adormilado, Malvinson.

—Oh, bueno, guárdeme el secreto ante Joan... Lo cierto es que ahora regreso de una pequeña fiesta y voy a acostarme.

Frankie pensó descabelladamente que igual podía venir de intentar matar en Edgewater, a un pobre escritor de novelas baratas, pero desechó la idea por fantástica. Dijo tranquilamente:

—Por mí no se preocupe; soy mudo como una tuba —esta última palabra le sonó desagradablemente y añadió con rapidez—: Bueno, Henry, quiero saber una cosa: ¿dijo a alguien más que a Joan lo de Middle Town?

—A nadie, Frankie. Cuando lo hablé con ella, estábamos

únicamente ella y yo. Su padre salía en aquel momento.

—¿El «viejo» les oyó?

—No lo creo. Apenas si se detuvo en el vestíbulo cuando salía.
¿Ocurre algo?

—No, no, nada. Tenía ciertas dudas... ¿Volvieron a hablar de Middle Town?

—Solamente por teléfono. Joan me llamó anoche para decirme que usted iría a visitar a los familiares de Gordon Nelson. Nada más.

—Eso es todo, Henry. Gracias por sus informes.

—De nada, Frankie. Y recuerde: de la fiestecilla de esta noche...

—Ni una palabra. Adiós.

Colgó y lanzó una risa burlona. Podían haber tratado de matarle Henry Malvinson, el viejo O'Leary,

Joan y un sinfín de gente más. Incluso Lizzy, aunque ella no sabía a dónde había ido. Pensó Farrell que si empezaba a dudar de todos, allí se iniciaría su locura completa.

Era ya la hora de ir a la editorial, pero no pensaba hacerlo. Otras cosas urgían mucho más. Visitar a Lizzy, por ejemplo. Y eso es lo que iba a poner en práctica sin pérdida de tiempo.

Lizzy le escuchó aterrada. Su rostro, sin pintura ni postizos, recién levantada del lecho, ganaba extraordinariamente en belleza y encanto. Sus ojos verde oscuro eran dos lagos de oleaje encrespado y sus labios rojos, un verdadero encanto. Aún en aquellas circunstancias, Frankie se fijaba en tales detalles.

—¿Crees que han matado también a Gordon? —preguntó asustada.

—Todo es posible, querida. Vamos a preocuparnos, de momento, exclusivamente de nosotros y de la muerte de Glenn, que es la que nos afecta. Empiezo a creer que fui un idiota cambiando de sitio aquel cadáver. Ahora estamos metidos en esto hasta el cuello.

—Tu intención fue buena, Frankie. Nunca te lo agradeceré bastante.

—Pero no quiero que me lo tengas que agradecer desde una celda, Lizzy. Vamos a tratar de borrar ahora cualquier huella que hayamos dejado en tu camerino.

—¿Ahora, dices?

—Sí. Me dijiste que siempre queda allí un conserje en las horas en que no hay función. Por lo tanto, debe haber puerta por donde entrar. Iremos allí y comprobaremos que todo está en orden. Los minutos son preciosos, querida.

Lizzy expresó sus temores.

—¿No estaremos obrando un poco precipitadamente?

—Desde un principio hemos obrado de un modo erróneo. A ver si ahora tenemos la posibilidad de enmendar errores demasiado peligrosos.

—Voy enseguida, Frankie. Me arreglaré en unos minutos. Lamento haberte metido en este lío sin necesidad de...

—No digas tonterías. Me metí yo solo. Confío en tu inocencia, y sigo confiando. Alguien quería perderte y lo impedí de momento. Ahora, ya veremos lo que ocurre.

Ella se acercó a él, se puso súbitamente de puntillas y le besó en los labios.

—Te quiero, Frankie. Pocos hombres hubieran hecho lo que tú.

—¡Bah! Eso es un poco de gratitud equivocada, nada más.

—No, querido —denegó ella, abrazándole y apoyando la cabeza en su pecho—. Me gustaste, borracho y todo. Eres un chico guapo y de los que gustan a las mujeres. ¿Nadie te lo dijo?

—Sí.

—Y además, en estas pocas horas he ido sintiendo por ti algo inexplicable. Temía que te pudiese suceder cualquier cosa, rogaba que te ayudase la Providencia en todo... y me sentía feliz al suponer que ibas a llegar de un momento a otro. Eso puede que sea amor.

—Es posible, pero no estés demasiado segura. —Frankie se desasíó de ella—. Anda, corre a vestirme.

—Voy, Frankie.

Un cuarto de hora después volaban hacia el teatro «Pavillion» en un taxi, que aprovechaba el escaso tráfico para salvar limpiamente las señales de los cruces.

CAPÍTULO IX

A aquellas horas de la mañana, el teatro aparecía solitario y como abandonado. La platea que por la noche aparecía atestada de público, y el escenario que luego se vestiría con el resplandor de los focos y el brillo de los trajes multicolores, aparecía ahora silencioso, dormido.

Las butacas eran como hileras de fantasmas inmóviles a la luz amarillenta de una solitaria bombilla pendiendo sobre el escenario. Contra los muros de ladrillo se apilaban decoraciones y practicables, en espera de la tramoya que luego los convirtiese en bellos cuadros de gran efecto. Pero en aquel momento, todo tenía el mismo tono apagado y triste. Como si fuese un viejo almacén en desuso donde no pisara nadie desde mucho tiempo atrás. Era la magia del teatro. Animar todo aquello en unos segundos y fascinar a los espectadores.

Frankie Farrell y Lizzy Lorimer contemplaron el muerto panorama con distinta expresión; el uno, interesado en cuanto le rodeaba. Ella, indiferente a lo que constituía su pequeño mundo cotidiano. Pero ambos con idéntico afán de salir con bien de aquel lugar sin dejar a sus espaldas rastros comprometedores.

—El conserje suele estar ahora en el piso alto, en la segunda planta de camerinos —susurró Lizzy sujetando el brazo de Frankie, mientras ambos se asomaban a la desierta platea por una de las puertas del corredor que circundaba la sala de butacas—. Vamos arriba sin miedo.

Sus pasos sonaron suavemente en el corredor de los palcos. El chirrido de la puerta de entrada al escenario fue ahora más débil, pero resonó mucho más que la primera vez que entrara Frankie, a causa del silencio reinante. Sin embargo, nada sucedió.

La joven pareja penetró en el escenario, sorteó varios practicables situados en la penumbra como tremendos obstáculos al

acecho de cualquier intruso, y llegaron a la escalera de caracol por donde se ascendía a la primera planta de camerinos.

—Cuidado ahora, Frankie —advirtió ella—. Los tramos son metálicos y suenan más. Pisa con cautela.

Farrell siguió las instrucciones, y llegaron al piso sin provocar ruido alguno. Se detuvieron ante la puerta del camerino. Lizzy extrajo de su bolso una llave plana que introdujo en la cerradura. Frankie se sintió algo nervioso.

—Entremos —dijo ella señalando el interior oscuro del camerino.

—¿No hay luz en los camerinos? —inquirió Farrell.

—No. Hasta la hora del ensayo, la línea de los camerinos y dependencias se corta, totalmente. No es economía, sino precaución por posibles imprudencias. Ocurre en muchos teatros.

—Un encanto —gruñó el escritor, aventurándose en las tinieblas con poco entusiasmo.

—Tengo una lámpara eléctrica en el tocador. La usaremos —dijo la muchacha.

Cerró la puerta tras de sí y abrió la contraventana de una abertura tapada con cristal esmerilado, que daba al mismo patio por donde Frankie descendiera el cuerpo de Glenn. La claridad alivió algo la inquietud del joven.

Tomó la pequeña lámpara mencionada por Lizzy, que daba un débil y estrecho rayo de luz, y exploró el interior del armario. No tardó en descubrir una mancha de sangre en un rincón, casi tapada por un traje de la muchacha. Torció el gesto.

—Sangre —dijo a Lizzy—. Es difícil de quitar. Pero conozco varios procedimientos. Vamos a intentarlo.

Costó un buen rato de trabajo y ensayos arrancar la oscura mancha del suelo embaldosado del armario. Finalmente, Frankie miró el resultado, y se sintió satisfecho. Nadie podía descubrir que allí hubiese habido mancha alguna de sangre.

Siguió buscando y no halló otra cosa que un pequeño disco metálico horadado, que lucía el número 17 en gruesas cifras. Se lo mostró a Lizzy.

—¿Es tuyo? —inquirió, perplejo. La muchacha lo miró atentamente.

—No —dijo después—. Pero tengo una idea. Mira.

Fue a por su propia llave del camerino y la mostró a Frankie. Llevaba adherido con una argollita de latón otro disco semejante, con el número 5.

—Ese disco, por tanto, pertenece a algún otro camerino de este teatro —reflexionó Frankie, aunque reconocía que su deducción era idiota de puro sencilla—. ¿Cuál?

Lizzy meditaba.

—El diecisiete... creo que está en el foso. Sí, es el cuarto destinado a mobiliario escénico, ahora recuerdo.

—¿Crees que pudo estar aquí sin que tú lo supieras?

—No. Se limpia el camerino cada cinco o seis días, así que no es fácil. Sospecho que lo llevaba encima Glenn... cuando lo dejaron ahí dentro.

—Sí, ésa es también mi idea, pero quería estar seguro. Vamos a ver ahora la ventana.

Miraron con todo detalle los bordes de la ventana del cuarto de ducha. Se notaban algunas rozaduras, pero nada que pudiese servir para comprobar nada concreto sobre la teoría desgraciadamente cierta de Stewart Simmons, el obstinado inspector del

F. B. I.

Satisfecho del examen practicado, Frankie descendió nuevamente al suelo, y ambos se encaminaron al exterior. Frankie no hizo acción de dejar la lámpara eléctrica. A la mirada interrogante de Lizzy, respondió con ambigüedad.

—Vamos a echar una ojeada al foso. Ese disco me ha picado la curiosidad.

Estaban en el centro de la salita, cuando ella se aferró con un estremecimiento al brazo de Frankie, que se puso tenso, ambos contuvieron la respiración. Pero el silencio más absoluto reinó en la calma matinal del teatro. Finalmente, tras un minuto de tensa expectación, Farrell miró fijamente a la muchacha.

—Juraría que oí un roce en el corredor —susurró ella, aún pálida y temblorosa. Sus dedos seguían engarfiados en la tela del sobretodo de Frankie. Éste sonrió, y ella retiró la mano, algo avergonzada.

—Estás nerviosa, Lizzy —dijo el escritor—. Verás como no hay nadie.

Abrió decididamente la puerta del camerino. Salló al corredor.

Sólo vieron puertas cerradas y luz solar filtrándose a duras penas entre las vidrieras polvorientas del fondo.

—¿Lo ves? —sonrió él, sin elevar la voz—. Absolutamente nada.

Lizzy no contestó. Seguía notando aprensiones indefinibles, pero el amor propio la hizo callar. Preguntó con desgana:

—¿Vamos a ir de verdad al foso?

—Claro. Ese disco puede significar algo. Si prefieres quedarte aquí esperando...

—No, no —dijo ella vivamente—. Te acompaño, Frankie.

Con una sonrisa, Farrell se encaminó nuevamente abajo. Al llegar al nivel del escenario, Lizzy le señaló la prolongación de la escalera hacia abajo. Entendiendo, prosiguió el descenso, hasta llegar a la oscuridad del foso. No se apreciaba detalle alguno a simple vista. Afortunadamente, Lizzy tenía algo más que decisión y se dispuso a guiar a su compañero.

—Cuidado, Frankie, el camino es difícil. Y el camerino está casi al final.

Se aventuraron en lo desconocido, buscando el camerino número diecisiete. El foso, oscuro y lleno de soportes de vieja madera, olía a carcoma y humedad. Lizzy parecía conocer bien el lugar, y aun así, tropezaron varias veces en travesaños mal ajustados.

Frankie opinó que no había mucho peligro en iluminar con la débil linterna, y el hilillo de luz les fue mostrando con relativa claridad todo el maderamen enrevesado del subsuelo. Había también pilas enteras de practicables, objetos diversos de uso escénico.

De alguna revista en la que se incluía un «*sketch*» de sabor egipcio, dormían allí polvorientas carátulas, una gran esfinge cuyo cartón había perdido sus brillantes colores, reblandecido por la humedad, y un convencional sarcófago de irisados dibujos en purpurina, que a Frankie le hizo recordar, con una sonrisa de humor, las truculentas portadas de las novelas de Malcomb.

—Allí está —le dijo Lizzy, mostrando una puerta abierta de par en par. ¡El camerino diecisiete!

—Vamos allá —susurró él—. Si el conserje baja antes de tiempo, ya hay escondite.

—¿Cuál?

—Eso —señaló el sarcófago y ella se echó a reír sordamente.

—Eres terrible, Frankie. ¿Nunca pierdes el buen humor?

—A veces... Pero procuro disimularlo.

Hablando con Lizzy y en su afán de alcanzar el cuarto del mobiliario, extrañamente abierto, no se dio cuenta de la tabla cruzada diagonalmente entre los trastos almacenados, y el violento tropezón le hizo perder el equilibrio. Se tambaleó, tratando de recuperarlo, pero no lo consiguió y su cuerpo fue a caer pesadamente contra todo aquel amasijo de decoraciones, con un ruido capaz de despertar a todos los faraones que hubiesen dormido allí su sueño eterno.

Frankie rodó cuan largo era, y el sarcófago teatral se le vino encima con estrépito, ante la alarmada sorpresa de Lizzy. Rotas las finas hojas de madera carcomida que armaban al artefacto, Farrell se debatió irritadamente entre toda aquella endiablada mezcla de tablas, cartón, pintura mohosa... *y algo más.*

Al extender las manos con ánimo de quitarse los obstáculos de encima, se preguntó alucinado si realmente estaba palpando los restos mortales de un faraón a quién sus contemporáneos se olvidaron de ceñir en vendajes.

Pero cuando palpó aquel cuerpo grande y pesado, aquellas manos frías y rígidas, aquel traje lleno de actualidad, tuvo la escalofriante certeza de que, por segunda vez en veinticuatro horas, se encontraba de un modo accidental con la Muerte. Y si su intuición no le fallaba, aquel cadáver era el de Lewis Gordon Nelson, el policía federal desaparecido.

Lizzy buscaba con frenesí la linterna caída. Encima de sus cabezas, sobre las tablas del escenario, alguien corría apresuradamente. Frankie echó a un lado el cuerpo rígido que le oprimía, y se incorporó con toda rapidez. En la oscuridad asió el brazo de Lizzy.

—¡Pronto! —jadeó—. ¿Sabes salir de aquí sin necesidad de luces?

—Sí, pero...

—¡Vamos, sin perder tiempo! Alguien va a bajar. Y hemos tropezado con otro cadáver...

Corrieron ya, sin cuidarse del ruido que pudieran hacer, y aunque estuvieron dos o tres veces a punto de besar el suelo, al fin

alcanzaron una puertecilla metálica. Por las escaleras se oían pasos rápidos bajando al foso.

—Si estuviese cerrada... —comentó Farrell, con un sudor frío.

—No seas idiota —se enfadó ella—. Siempre está abierta.

Lo estaba. Lo cruzaron cuando ya una fuerte luz se veía oscilar al extremo del foso. Cerrando tras de sí, tuvieron que bajar tres o cuatro escalones y se encontraron ante la puerta de comunicación con el bar. A la izquierda se veía ascender otra escalera, más prolongada, de comunicación con el anfiteatro del público.

Traspusieron la puerta y se encontraron en el bar. El barman les contempló con sorpresa. Aún era muy de mañana para ellos, pues nadie había en el local, ni siquiera los asientos estaban colocados ante las mesas.

—¡Eh, oiga! —llamó el barman—. Usted es el que esperaba anteanoche al señor Powers... ¿Sabe que...?

Pero Frankie no quería saber nada, ni Lizzy tampoco. Cruzaron el desierto local, salieron a la calle soleada y llamaron un taxi que pasaba.

—A cualquier sitio, lejos de aquí —mandó Frankie—. El caso es que nos dé un largo paseo.

Cuando el coche arrancaba, perdiéndose entre el tráfico abundante de la calle Cuarenta y Dos, ambos miraron por la ventanilla posterior del auto. Farrell dijo algo malsonante entre dientes.

Con el conserje del teatro, aparecía en aquel momento a la puerta del bar, tras de sus pasos, el inconfundible inspector Simmons, de la policía federal.

—Maldita sea. Ese Simmons se salió con la suya. Es demasiado listo. Me dijo lo de las huellas en el teatro, a no dudar para que volviese aquí, delatándome yo mismo. Y lo peor es que he seguido su juego tontamente. Complicándote a ti, además.

Lizzy, aunque preocupada, sonrió con animosidad.

—No te preocupes, Frankie. Era algo que tenía que suceder. Imagino que ahora, cuando baje al foso y vea lo que hay allí, supondrá que fuimos nosotros los culpables, y que pretendíamos deshacernos del cuerpo. ¡Dios mío, cómo se complica todo! ¿Sabes quién era el muerto?

—No. Pero imagino que es otro federal: Lewis Nelson. El sobrino

de Fred Nelson, un hombre que fue ajusticiado hace quince años por algo que no hizo.

Lizzy guardó silencio. El taxi seguía su camino hacia el oeste. Frankie iba ceñudo y meditativo. Sabía que aquello era lo más parecido a un callejón sin salida. Pero estaba dispuesto también a luchar antes de darse de bruces contra el muro que cerraba el paso.

Tomó a Lizzy del brazo. La muchacha hizo un gesto de dolor al sentir la dura presión de los dedos de su acompañante.

—Óyeme, Lizzy, y que se te graben bien las palabras que voy a decirte. Tengo una teoría sobre estos crímenes. Ignoro si será real o equivocada, pero es lo único que puede hacerse ya a estas alturas. Y es preferible morir luchando.

—Habla, Frankie —le animó la muchacha con una sonrisa.

—Necesito ver a alguien a quien hasta ahora nadie prestó la debida importancia. Y sin embargo, quizá ahí esté la clave del misterio. Entre tanto, tú debes ocultarte. Si vamos juntos, será todo más difícil. Piensa que ahora, el inspector Simmons mostrará su lado desagradable.

—Pero, Frankie, separarnos en estas circunstancias...

—Sí, ya sé que es duro. Sin embargo, piensa que todos buscarán a una pareja de nuestras señas personales, y pronto caeríamos en manos de los de la Metropolitana o de la Federal. Necesito unas horas de libertad de acción; es acaso el único medio de demostrar nuestra inocencia.

—Sigue, querido.

—Vas a inscribirte en cualquier hotel de última clase, haciendo el papel que te venga en gana, y con nombre supuesto. Allí me aguardas a mí. A las seis de la tarde, si no tienes noticias mías, llamas al

19-60-35

de Bronx. Es un bar donde voy a veces, no lo olvides.

Lizzy tomó nota del número, mientras Frankie proseguía velozmente, sin perder de vista la calle, por la ventanilla trasera del automóvil.

—Yo estaré allí, o te darán razón mía. Dime dónde estás entonces, y bajo qué nombre te inscribes. No me preguntes más. Acaso el mayor peligro lo corras tú, y acaben cogiéndote. Si es así, no digas a nadie nada de mí. Es preciso que yo siga libre hasta dar

con el verdadero asesino.

—Está bien, Frankie, haré lo que tú digas —asintió dócilmente ella, mirándole con dulzura a los ojos.

Frankie no pudo remediarlo. Besó su boca, la estrechó contra sí, y dijo escueta y sentidamente:

—Me es muy doloroso dejarte en este trance. Sólo por salvarnos ambos lo hago. Yo, Lizzy, lo intentaré todo por sacarte de este atolladero. Pero por ahora, hemos de separarnos. Lo siento, querida...

Y con esta frase de condolencia, saltó del taxi en la primera curva donde redujo un poco la marcha, y Lizzy Lorimer, terriblemente sola y desamparada, le miró por la ventanilla posterior hasta que el taxi se mezcló con el tráfico bullicioso de Manhattan.

Frankie Farrell, pensativo y desalentado, quedó unos segundos inmóvil en la acera. Luego, sus labios repitieron al vacío la frase última que pronunciara:

—Lo siento, querida...

CAPÍTULO X

Wards Island, en el centro del East River al nordeste de Manhattan, se une a Randalls Island y a Queens por dos puentes que franquean los dos brazos en que el río se parte para bordear la isla.

En Wards Island estaba la residencia lúgubre y hosca del viejo senador Winters. Frankie Farrell se paró frente a ella, estudió su forma casi cúbica, sus muros de rojo ladrillo y su tejado gris pizarra asomando sobre el verde enfermizo del jardín, amplio y mal cuidado. La verja era alta, y en algunos sitios la cerca era únicamente de piedra, pero erizada de vidrios agudos en su parte superior.

Farrell vio con desagrado las ventanas cerradas a piedra y lodo, la hiedra que reptaba por los feos muros ajados. No era un sitio alegre la residencia de los Winters. Acaso con Molly lo hubiera sido. Pero ahora se respiraba allí soledad, odio, algo hostil y agrio, que interponía una valla invisible entre la alegre luminosidad de las islas del East River en día soleado y el aire frío de la casona. Como si el sol no entrase allí jamás. Y Frankie se preguntó si entraría realmente...

La campanilla tuvo un lejano sonido desafinado y hueco, como si sonase en un lugar deshabitado. Pero Frankie sabía que allí vivía gente. Lo denunciaba el ladrido de un perro en alguna parte del jardín, lo acusó el leve agitar de un visillo en una ventana del piso alto. Pero nadie acudió a la llamada.

El joven la repitió. Subía hasta allí un aire húmedo del río, y el sol declinaba, dejando briznas toradas en las hojas de los árboles cercanos. Acaso fueran las cinco ya. Farrell tenía prisa. Había perdido demasiadas horas en averiguar la residencia de los Winters y algunas otras cosas. No pudo ni siquiera comer. Ahora le faltaba sólo una hora para estar en el bar de Bronx y recibir la llamada de

Lizzy. Ojalá llegase a tiempo de todo.

Finalmente dieron muestras de acudir a la llamada insistente. Se abrió una puerta en la casa y apareció un hombre en mangas de camisa. Era viejo y caminaba lentamente. Viejo y cansado. Como la casa misma, como el jardín, como el aire que corría por aquellas veredas de grava mal aseadas.

—¿Qué quiere? —preguntó el hombre, al llegar a la puerta. Era alto y no tan viejo como parecía antes. Su rostro impersonal y agrio, era el típico en un sirviente de un lugar así.

—Ver al senador.

—¿A quién ha dicho?

—Al senador Bruce Winters —repitió Frankie, mirando a los ojos incoloros del hombre.

—El señor Winters dejó de ser senador hace muchos años. Y tiene por norma no recibir a quién no haya sido previamente invitado. ¿Lo fue usted?

—No —admitió Farrell. Se oía ladrar aún al perro, más cerca. Una voz femenina le hizo callar. Frankie siguió—: Es urgente que le vea ahora mismo. Se trata de un asunto de vida o muerte. Sobre su hija Molly.

El criado se inmovilizó. No esperaba que hablasen de Molly. Frankie sabía que esto era dramatizar. Pero un recurso así tenía que causar impresión.

—Lo siento, señor. No puedo hacerle entrar. Está prohibido.

—Consulte antes. Ya le he dicho que se trata de su hija Molly...

Frankie había elevado el tono premeditadamente. Oyéronse pasos que se acercaban, y una mujer alta y enlutada, joven a pesar de sus canas, tal vez no mayor de cuarenta años, hizo su aparición en el sendero de grava, precedida de un mastín color avellana, que ladró hostilmente a Farrell. La mujer miró con ojos helados al joven escritor.

—¿No le han dicho que el senador no recibe a nadie? —dijo acremente—. Lárguese.

—Vaya. Prefiero discutir con usted —sonrió Frankie, encarándose con ella a través de la infranqueable muralla de la verja—. Las damas siempre me atienden bien.

—Serán otras, señor mío —su tono era glacial y cortaba como un cuchillo—. Ésta es una casa donde los hombres como usted no

tienen cabida.

—Oh, no, lo supongo. Hubiera sido más interesante dar cabida a otro... a Percival

O'Leary,
por ejemplo...

Palideció ella como si le hubieran descargado un súbito golpe. Sus manos permanecieron caídas a ambos lados, y se asemejó durante unos segundos a una bella estatua. Frankie remachó el clavo con dureza.

—Abra de una vez, señorita Norah Winters. Su hermano puede ayudarme mucho, y usted también. Por Molly deben hacerlo. Hundan a quién hundan. ¿O es que cree que no puede aún enmendarse lo ocurrido entonces?

Norah Winters pareció volver a la vida. Sus ojos, en cambio, seguían muertos.

—No, hay cosas que no admiten enmienda. Y lo de entonces fue una de esas. Pero hablaremos mejor en la casa. Jeremías, deje entrar a este señor.

—Recuerde, señorita, que su señor hermano dijo...

—No importa lo que él dijera. Mi hermano no podía saber que un día iba a venir el pasado a visitarnos.

—El pasado siempre vuelve —sentenció Farrell, entrando en el jardín. Acaso porque el sol se estaba poniendo o acaso porque franqueaba entonces la barrera entre un mundo conocido y otro que vivía al margen, sintió frío en la piel. La casa, desde dentro de la cerca, tenía un aire de viejo castillo, de lugar ruinoso y olvidado, donde sólo podían morar fantasmas. Se dijo, mirando a Norah, que tal vez estaba en lo cierto.

La mujer y el perro le precedieron por el sendero, entre serpenteos sinuosos, mientras el viejo Jeremías quedaba atrás, cerrando nuevamente la cancela.

Un porche mal cuidado daba acceso al edificio de rojos ladrillos. El perro se quedó remoloneando por allí fuera, mientras ellos entraban en el interior de la casa. Atrás parecía quedarse para siempre la luz solar, el aire y la bruma húmeda del East River.

No le hubiera sorprendido hallar una iluminación de candelabros, pero la luz eléctrica había entrado en aquel dominio del pasado y esto le ayudaba a parecer mejor de lo que era.

Nadie pronunció una sola palabra hasta llegar al piso alto. Allí, ella le hizo entrar en una amplia estancia que olía a humedad. Las bombillas de una araña limpia y costosa dio a los muros granates, a los muebles dorados y a las espesas cortinas un tono de salón europeo donde en cualquier momento podía bailarse un viejo vals o una pavana. No, aquello no parecía el Nueva York actual, de cemento, ruidos y prisa... Pero tampoco era grato.

Le miró ella fijamente antes de ofrecerle asiento. Después de sentarse ambos, siguió mirándole igual.

—Hable señor... —empezó.

—Me llamo Farrell —dijo el joven, con una débil sonrisa—. Y es poco lo que yo tengo que decir. A ustedes toca hablar. De muchas cosas olvidadas, que pueden salvar a varios inocentes. De un crimen viejo y archivado, del que fueron ustedes víctimas directas. De una ejecución ignominiosa y de una tremenda equivocación judicial. De todo lo que unos y otros ocultaron. Unos por egoísmo, otros por miedo, por cobardía... Pero que todo ello hubiera bastado a salvar una vida entonces: la de Fred Nelson. Y dos vidas ahora: las de Glenn Powers y Gordon Nelson.

—¿Gordon Nelson ha dicho? —el tono de ella fue agitado, aunque su aspecto era apacible.

—Sí, un sobrino de Fred, que entonces tenía muy pocos años. Se hizo policía federal. Y con otro camarada, Glenn Powers, se dedicó a buscar la verdad enterrada bajo un montón de años y de cobardías. En vez de encontrarla halló la muerte. Como Glenn. Como todos los que puedan decir algo de Molly Winters, de su secuestro y de su muerte en Coney Island.

—¿Y usted también busca, entonces, la muerte, señor Farrell?

—Es posible. Pero antes derrumbaré muchas infamias y prejuicios. En su mano está ayudarme a vencer o ayudarme a morir.

—¿Cree que puedo tener yo mucho interés en verle vencer?

—No lo sé. Depende de lo que quisiera a Molly, su sobrina.

—La adoraba —el rostro de ella se transfiguró al hablar de la muerta—. Entonces teníamos casi la misma edad. Nos comprendíamos muy bien. Y hasta última hora fuimos muy buenas amigas, más que tía y sobrina...

—Hasta última hora —el tono de Frankie era triunfal—. Pero entonces sobrevino el cambio. ¿Por qué?

—Yo no he dicho eso, señor Farrell —dijo ella heladamente.

—No es preciso. Se le fue la frase precisa. No fue «hasta su muerte», sino hasta última hora. Entonces debió usted descubrir algo que la apartó de Molly y le quitó el cariño que por ella sentía. ¿Qué fue eso, señorita Winters? ¿Tal vez... por Nelson?

—Aborrecía a Nelson —dijo ella con ímpetu, mordiéndose los labios después.

—Exacto; le aborrecía. Tanto, como para dejarle morir. Usted «sabía», pero no quería hablar. Y con su silencio, un hombre fue a la silla eléctrica... Fred Nelson, que jamás empuñó la pistola que mató a Molly en la feria.

—¿Olvida que el arma y los billetes de la gruta encantada se hallaron en su propia casa?

—Pruebas muy débiles para condenar a un hombre si no se hubiesen confabulado todos, por diversos motivos, para acabar con el pobre muchacho. Pero Fred dejó encargada a su familia de reivindicar su nombre, jurando ser inocente. Ellos lo creyeron. Cuando Lewis, el sobrino, fue mayor, se hizo policía en unos brillantes exámenes. ¿Para descubrir al que causó la ruina de su tío? Tal vez. Y pensó que siendo federal podría resolver el misterio.

—Todas esas teorías de novela me aburren, señor Farrell. Si no tiene otra cosa más interesante que decirme, le agradeceré que me deje nuevamente continuar mis tareas.

—Enseguida la dejaré a solas con su conciencia. Pero eso no la aliviará. No debe ser agradable vivir quince años sabiendo que envió a un hombre a la muerte por salvar a otro a quién ni siquiera ha podido tener a su lado después.

Dio ella un grito de estupor, y su rostro se tornó del color de la cera. Sus ojos brillaron, excitados, mientras los labios temblaban convulsivamente.

—Eso es una tontería —dijo, tratando de ser fuerte aún. Pero empezaba a estar vencida.

—No, señorita Winters, no es ninguna tontería. Percival O'Leary,

aunque ya viudo, se debe hoy por entero a su hija Joan, y ni siquiera pensó en pagarle el silencio con un poco de amor, que era todo lo que usted pedía.

—¡Cállese! —y con un sollozo puso sus manos ante los ojos.

—No callaré. Sé todo lo que ocurrió entonces.

O'Leary

era entonces senador también, y amigo del gran Bruce Winters. Un buen partido para su hija Molly, puesto que recién enviudado se fijó en ella. Luego, la atención de

O'Leary

se desvió hacia usted, que realmente estaba enamorándose del atractivo político y millonario. Entre ustedes empezaron unos amores ilícitos y ocultos. Usted se conformaba con esa clase de amor por tener junto a sí al hombre adorado. Más tarde, cuando comprobaron que habían ido demasiado lejos y que pronto iba a tener fruto su amor, tuvo usted miedo. Quiso obligarle a que se casara, cosa que él no pensaba hacer. Por el contrario, buscó una solución más cómoda, a la que usted se avino. Y el peligro desapareció, aunque usted comprendió que

O'Leary

nunca sería totalmente suyo.

—No puede... No puede usted saber eso —jadeó Norah, agotada y llena de terror.

—Lo sé. Hay pruebas. Tan viejas como todo el caso. Un médico de la Maternidad, que reconoció a la falsa señora Smith que fue allí a deshacerse de lo que constituía el motivo de su terror. Una carta de

O'Leary

a la familia de Nelson, enviando dinero y ocultando el nombre, pero fácil de identificar la letra. El diario de Molly Winters, su sobrina, que Nelson consiguió obtener y fue luego a manos de sus familiares con el ruego de no revelar jamás lo que en él se decía. Sabía que hubiera sido inútil y que alguien influyente lo hubiera hecho desaparecer si lo presentaba como prueba. Había sucedido ya con otras cosas. Fred no tenía esperanza alguna de ganar; sus enemigos eran más fuertes. Lo cierto es que entonces, el viejo Winters quiso obligar a su hija a romper con Fred Nelson para casarse con

O'Leary,

que para él era un irreprochable hombre de bien y lleno de dinero. Molly se negó en redondo. Expuso a Fred sus temores, y pretendió rehuir la amenaza paterna de casarla por fuerza, diciéndole al senador cuánto ella había averiguado sobre los amores de

O'Leary

con usted. Pero no llegó a realizarlo. Fue secuestrada misteriosamente, a juicio de todos por su propio novio, que entonces se había ausentado gracias a una estratagema de

O'Leary.

Se la trató de forzar a que escribiese una declaración negando todo lo que pudiese decir en contra de Percival

O'Leary,

y acusando a Fred de secuestrador. Ella se negó y aprovechó la primera ocasión para escapar de su lugar de cautiverio, en Coney Island —donde

O'Leary

tiene aún una residencia sin habitar—, y fue perseguida por éste, que se vio obligado a matarla en el túnel de la gruta encantada para callar su boca. Luego, acumular pruebas monstruosas sobre Nelson fue fácil para

O'Leary,

ayudado por alguien que tenía buenas influencias entre la policía. Y así se cerró el caso Winters. Incluso la declaración del oculista, que hubiera salvado a Fred Nelson, se procuró retardarla hasta que no tuvo valor alguno.

Se hizo un silencio. Frankie había hablado mucho sobre unas pocas ideas concretas. Su imaginación de escritor de truculencias había trabajado activamente para vestir unas pobres teorías. Pero en términos generales parecía haber acertado.

Norah Winters estaba aplastada moral y materialmente. Su cuerpo había perdido toda su altivez de antes. Ya no era la bella estatua del jardín, sino una pobre figurita perdida entre los oros y adamascados del viejo salón, más parecido que nunca al de un palacio vienés en decadencia. Hasta la luz parecía más amarilla y triste que antes...

—Una bella teoría, señor Farrell —dijo una voz inesperada desde la puerta. Frankie giró en redondo. Supo, sin preguntar nada, que aquel viejo gastado y macilento, que sentado sobre una silla de ruedas caminaba hacia él haciendo funcionar el mecanismo, era el propio Bruce Winters. Hablaba con frialdad, pero sus ojos eran dos ascuas. No miraba para nada a su hermana.

—Muy bella teoría, sí. Hasta yo me la he creído, y ése es su

mayor mérito —siguió diciendo con su voz impersonal, de secas aristas—. Pero llega quince años demasiado tarde, señor Farrell. Y sin pruebas para dejar de ser eso: una teoría...

Frankie inclinó la cabeza. Sabía que era cierto. Puso su última baza al descubierto.

—Sí. Pero si ella, su hermana, hablase...

—No hablará. Es el honor de los Winters; entiéndalo. Y Nelson murió hace mucho. Si lo que quiere es salvar su vida y la de la otra señorita... Lo siento; No puedo hacerlo.

Y le tendió un diario de la tarde que llevaba sobre la manta que cubría las piernas, en el cual se fijó Frankie por vez primera. Lo tomó. Las letras bailotearon ante él, y el suelo pareció acercarse a sus ojos y huir otra vez, en un juego infernal. Leyó:

¡Estrella de variedades detenida por el

F. B. I.!

¡Se busca a su cómplice!

Dos asesinos peligrosos, de los cuales uno cayó hace horas en un hotel donde se ocultaba con nombre supuesto. Su inductor y cómplice es buscado por todas partes. Dos federales fueron sus víctimas.

—¿Lo ve? —la voz de Winters denotaba más un fracaso que no un éxito—. Sus palabras de nada sirven. Y el honor de los Winters, nuestro honor, está por encima de todo...

Frankie se levantó, saliendo de la anticuada habitación lentamente. Dejó atrás a Norah y a su inválido hermano, defensores fanáticos de algo irrisorio. ¡Su honor...!

Pero Frankie Farrell ya no tenía prisa. No tenía prisa por nada. Lizzy había caído finalmente. Por su culpa. Y él no fue capaz de salvarla. Ni de salvarse él. Había fracasado precisamente cuando tenía todos los hilos en sus manos. Y de pronto, las marionetas daban un salto, huían a su mandato... Era estúpido todo, monstruoso, ridículo. Él mismo tardaría pocas horas en caer. Dos horas, acaso tres... Lo bastante para emborracharse, nada más.

Atrás quedaba una casa que escondía un secreto. El secreto de cuatro muertes. Y el de una gente que prefería ver morir a los demás a poner su nombre en el fango de la calle. Como en algunos viejos folletones. Sí, todo era viejo en aquel asunto. Muy viejo...

Como el buen coñac o los vinos franceses... ¡Qué gracioso! Ahora pensaba en vinos, en coñac, en ginebra, *whisky*...

Sí, decididamente solo tenía tiempo para eso. Caminó como un autómatas, borrándose de su mente el rostro atormentado de Lizzy, la pobre y desvalida Lizzy. Sus labios susurraron con estúpida sonrisa, mientras caminaba entre coches que le rozaban con peligro de su vida:

—Lo siento, querida... Lo siento, querida...

CAPÍTULO XI

Así anduvo durante un largo trecho hacia el puente que unía Warda Island con Queens. Los altos árboles desfilaban a sus costados como grotescos fantasmas recortándose contra el cielo oscuro del atardecer. Frankie no prestaba atención a nada, ni siquiera a los sonidos procedentes del río. Sirenas de remolcadores y voces de tripulantes se confundían en el aire quieto, con el sonido de alguna radio abierta a toda su potencia en una casa cuyas ventanas dejaban salir los ecos de un programa de música moderna.

Farrell llegó finalmente a la carretera de Queens. Allí permaneció unos momentos quieto, con la mirada fija en la lejanía, en los *docks* y remolcadores, cuyo humo se elevaba perezosamente sobre el tranquilo panorama de la tarde neoyorquina.

Todo señalaba calma, dulce quietud, paz... El escritor meditó sobre aquella falsa armonía que le rodeaba. Sí, todo era apacible, suave... Todo menos su propio problema. Un problema profundo, que estaba muy lejos de debatirse en lugares tan amables. Era mucho el fango que dificultaba sus movimientos. Mucha la basura escondida detrás de todo aquello. Y él era un prisionero de toda aquella suciedad... Una suciedad que parecía enredársele en los pies.

Y estaba Lizzy, la pobre Lizzy... Ella pagaría sus errores. Era la víctima propiciatoria que la policía había cogido en sus redes. No la soltarían. Pobre Lizzy...

Pasaba un taxi de carrocería azul. Lo llamó.

El vehículo frenó ante él, y Farrell subió sin prisas. En realidad ya nada corría prisa. Comprendía muy bien que estaba derrotado. Derrotado por todos los que deseaban callar y oponer un muro de silencio contra el que se estrellase la verdad. Derrotado también por un asesino que había sabido cubrirse bien después de los años transcurridos.

Porque después de la muerte de Molly Winters, su matador había precisado derramar nuevamente sangre para ocultar su crimen. Un delito siempre se cubre con otro. Es una cadena...

—¿A dónde, señor? —interrogó el taxista.

—Lléveme a Queens, a cualquier sitio cercano a la estación del elevado.

Con un suspiro, se dejó caer sobre el asiento. Le pesaban los párpados. Sueño, fatiga, acaso de todo un poco. Pensó mecánicamente en Joan

O'Leary,

origen indirecto de toda aquella trágica aventura.

Joan le había querido dar una oportunidad de ganar dinero, ayudando a escribir un tema policíaco real a su amiga Elaine Powers. Y con aquella inocente proposición le había complicado en una sangrienta historia de la que, insensiblemente, se había transformado en protagonista. Su pugna con el misterioso asesino había sido inútil. Incluso sabía ya el nombre del culpable. Sería una dura prueba para Joan, si alguna vez llegaba a saber que fue su padre quien mató a Molly Winters en la feria de Coney Island.

El viejo

O'Leary...

Pensó en él con cierta pena, aunque sabía que era culpable de tantos asesinatos. Y ciertamente, él nunca hubiera creído que aquel caballero de edad avanzada y afable trato fuese un criminal. Podía haber sido un asesino por pasiones desatadas, pero raramente podía uno imaginarlo como culpable frío y despiadado de aquellos tres crímenes, y de otro frustrado, el suyo propio.

A ambos lados del vehículo, iban desfilando las residencias y arboledas de Wards Island. Algunas luces se encendían ya, como ojos luminosos abiertos en la noche, y su claridad silueta las alegres residencias de moderna arquitectura, tan distintas a la de los Winters. Allí se quebraba la limpia alegría de la barriada residencial neoyorquina. Era como la triste nota de un ciprés, plantado entre centenares de almendros en flor.

El taxi se lanzó a buena velocidad por el puente hacia Queens, por la cinta asfaltada, cuyas luces laterales ya se habían encendido, como dos hileras de luciérnagas asomándose al espejo ondulante del East River. Frankie Farrell contempló pensativamente el panorama

impresionante de Nueva York en la noche, cuyas miríadas de luces, verdaderas masas multicolores, parecían colgadas del fondo negro del cielo.

Súbitamente, Farrell tuvo un extraño presentimiento al sentir la luz de unos faros por la ventanilla posterior del coche. Se giró rápidamente y miró atrás. Sólo vio la luz de dos faros potentes que deslumbraban, impidiendo apreciar la estructura y color del automóvil. Algunos otros vehículos seguían el mismo camino a través del puente, pero no le resultaron tan sospechosos como aquel que tan cercanamente seguía al taxi.

Era como una corazonada, pero aquello no le gustaba, sin saber por qué. Resultaba lógico y natural que otros automóviles transitaran por una carretera tan frecuentada, incluso parecía absurdo imaginar peligros a todas horas. Y, sin embargo, no lograba arrancar de su mente los sombríos presentimientos.

—¿Puede acelerar? —inquirió, dirigiéndose al chofer.

—Sí, señor, por supuesto —respondió el taxista, pisando el acelerador—. No sabía que tuviese prisa.

—No la tenía hasta ahora. Pero empiezo a creer que será mejor correr un poco más.

El taxi se deslizó sobre la carretera como una exhalación. Hubo de hacer sonar el claxon dos o tres veces para rebasar a un camión y después a un autobús. Frankie se volvió entonces nuevamente.

Sintió acrecentar su inquietud, y un sudor frío le empañó la frente. El coche seguidor, acelerando a su vez la velocidad, seguía sin despegarse de ellos. Seguían los potentes faros asestados sobre el taxi, reluciendo los vidrios cegadoramente al ser heridos por los dos haces de luz blanca.

No se habían despegado ni un solo palmo. Aquello era significativo. ¡Si al menos pudiese identificar el automóvil seguidor...!

Era un lugar muy frecuentado y parecía difícil que el perseguidor intentase algo. Pero un accidente se puede fingir en cualquier parte. Aún estaba demasiado reciente el recuerdo del fingido atropello en Edgewater.

Frankie miró ante sí ahora. Faltaba poco para terminar el puente. De Queens, en dirección contraria a la suya, venía a buena velocidad un gran camión con remolque, cuyo poderoso claxon

advertía a los demás de su tránsito.

—Cuidado —advirtió Farrell al taxista, nerviosamente—. Quedará el sitio justo para pasar junto a ese mastodonte.

—No se preocupe —sonrió alegremente el conductor—. Estoy muy habituado a estas cosas.

Maniobró hábilmente, situando el coche justamente al borde derecho del puente, casi rozando con los guardabarros las barras metálicas de la estructura. El gigantesco camión cruzó junto a ellos rugiendo sus motores de Goliath.

Y cuando hubo pasado, sucedió lo que, intuitivamente, temía Frankie.

Todo fue rapidísimo, fulgurante. Rugió a espaldas de ellos un motor bruscamente forzado, y Farrell, con esa velocidad increíble que sólo puede desarrollarse en los reflejos en momentos cruciales de la vida, se lanzó contra la portezuela, la abrió y salió proyectado por ella, al mismo tiempo que el taxi, violentamente embestido por su flanco izquierdo, golpeaba contra los hierros del puente, rasgándolos como si fueran simples cañas de bambú, y precipitándose en el vacío.

Frankie Farrell se dio cuenta muy borrosamente de lo que sucedía en torno suyo. Sólo comprendió en medio de una neblina que empañaba su mente, que al saltar al exterior, había caído al vacío, desviado a la derecha, golpeando su cuerpo los hierros de la estructura externa, y quedando aprisionado entre ellos, casi inconsciente, mientras el automóvil pasaba a menos de una yarda de él, precipitándose a las sucias aguas del río entre el estruendo de hierros rasgados y levantando un altísimo surtidor de agua al hundirse en el East River con su desdichado conductor encerrado en aquella cabina que sería su ataúd como tenía que haberlo sido de Farrell.

Frankie, tendido entre los travesaños de la estructura metálica del puente, vio la dramática caída del taxi, y trató de recuperarse, sobreponiéndose a su desvanecimiento momentáneo. Arriba, en el puente, el coche agresor debía de haberse alejado ya, una vez cometida su bárbara agresión.

Entre nieblas le pareció percibir que algunos vehículos se paraban en el lugar de la tragedia, y sus ocupantes se agolpaban tratando de inquirir detalles del accidente.

Farrell se movió entre el gigantesco enrejado de soportes y travesaños, tratando de liberarse, sin caer al río. No deseaba ser visto allí por ninguno de los curiosos. La policía llegaría pronto, y con ella las dificultades. Si quería seguir en libertad, tenía que zafarse de aquella prisión que constituyera su salvación providencial en el momento de la agresión. Pero procurando que nadie se fijase en él. Ahora, la gente estaba ocupada en examinar con morboso interés el tremendo roto producido por el coche al perforar la estructura de metal. Algunos, se asomaban incluso, tratando de ver el hundido taxi, del que sólo asomaban las ruedas, puesto que cayó volcado sobre su techo. El agua invadiría ya el interior del coche, ahogando a su único y desdichado ocupante. Frankie se sintió enfermo. Le giraba la cabeza, el estómago no era sino un vacío espantoso, y sentía náuseas.

Bastante recuperado, oculto a los de arriba por la oscuridad en que estaba sumida aquella parte del puente, se deslizó el escritor entre los soportes de metal, manteniendo el equilibrio, hasta pisar con cierta firmeza en el borde mismo de la carretera. Con un último y poderoso esfuerzo, sus manos se asieron a una de las vigas transversales y, afianzándose para tomar impulso, saltó hacia arriba, con lo que pudo alcanzar la cinta asfaltada sin nuevos accidentes.

Uno de los curiosos le miró con súbita sorpresa, al verle surgir tan inesperadamente por aquel lado. Era el único que se había percatado de su aparición, pues el resto de los transeúntes se agolpaba donde se abría la enorme brecha.

—¿Eh? ¿De dónde sale usted? —preguntó el hombre con extrañeza.

—Me asomé ahí cuando cayó el coche —explicó Farrell, tratando de aparentar naturalidad—. Fui de los primeros en ver lo ocurrido. Y creo que no fue ningún accidente, amigo. El otro coche le embistió con toda la intención.

—¿Qué otro?

—Uno que huyó hacia allí —señaló Queens—, cuando logró lo que quería.

—Oiga, amigo, eso deberá decírselo a la policía.

—Cuando lleguen, tendré mucho gusto en hacerlo así.

Se apartó del curioso, que ahora sentía atraída su atención por

otros detalles del suceso, completamente olvidado de Farrell y su sorprendente aparición. El escritor necesitaba una oportunidad para alejarse de tan peligroso lugar sin despertar sospechas en ninguno de los presentes.

Caminó hasta el centro de la carretera, donde algunos taxis se habían detenido, inquiriendo sus conductores detalles de lo acontecido. Súbitamente, aprovechando un momento propicio, Frankie abrió con rapidez una portezuela, saltó al interior y dijo precipitadamente al chofer:

—¡Pronto! A Queens, a la estación del Elevado.

El taxista arrancó sin esperar a más. Poco después, cuando ya rebasaba el puente y enfilaba las calles de Queens, se volvió a medias hacia su pasajero, e interrogó con cierto tono malicioso:

—¿Tenía usted mucha prisa por abandonar aquel sitio, no es cierto?

Frankie miró las pupilas burlonas del taxista, reflejadas en el espejo retrovisor del coche. Se limitó a mantener su gesto inconvencional, y respondió con tranquilo acento:

—No demasiada. Pero me molestan los sucesos que salen después en los diarios. No hacen nunca ningún bien a los que se ven mezclados en ellos.

—¿Cree que iban a mezclarle en lo que pasó allí, siendo un casual espectador del suceso?

—Hay muchas cosas que ocurren sin que uno las busque, amigo. ¿No oyó hablar de personas que fueron colgadas o electrocutadas por algo que no hicieron?

El taxista sonrió. Su sonrisa no acabó de gustarle a Frankie.

—Sí. Pero también he oído hablar de muchos que fueron indultados por algo que habían hecho. Todo puede suceder. Y todo es factible, señor...

Farrell vio con cierto alivio la estación inmediata del elevado. Su mole de metal apareció sobre la calle que ahora enfilaba el taxi sosteniéndose en sus gigantescos soportes de hierro, que se estremecían ruidosamente en aquel momento, al arrancar uno de los trenes, con dirección a la parte alta de la ciudad.

—Pare aquí, por favor —avisó precipitadamente, abriendo la portezuela, cuando el taxi rozaba la carrocería de un autobús.

El taxista tuvo que meter los frenos con toda precipitación, para

impedir que la portezuela abierta golpease contra una boca de incendios, y Frankie Farrell saltó ágilmente al suelo, arrojando al rostro del chofer un billete de dólar.

—¡Eh, espere, creo que debe usted...! —empezó el taxista, tratando de salir del vehículo antes de que Farrell se alejase por la amplia acera, en busca de las escaleras del elevado.

Pero el escritor sabía que su elección había sido desafortunada y que el endiablado conductor que eligiera estaba dispuesto a crearle dificultades. Por ello continuó su rápido paso hasta la boca del elevado, donde se detuvo, a punto de subir las escaleras metálicas.

Su mirada se fijó en el taxi y en su conductor. Éste, dirigiéndose a un agente de policía, le señalaba ahora a él, hablando agitadamente. La situación se prestaba a pocas especulaciones. Aquel maldito taxista sospechaba de él por motivos que sólo él sabría, y ahora llamaba la atención de la autoridad sobre su persona. Si se dejaba atrapar por el agente uniformado que ahora le contemplaba con malévola expresión, estaba perdido. Todo Nueva York debía de saber a tales horas que un hombre llamado Frankie Farrell, de ojos grises, cabello rojizo y rostro pecoso y enjuto, era reclamado por el delito de asesinato en primer grado.

Y el ser conducido a cualquier comisaría significaba perder automáticamente toda posibilidad de seguir siendo un hombre en libertad. La lucha, ciertamente, no ofrecía ya demasiadas posibilidades para Lizzy y para él, pero aún le quedaba la libertad de acción suficiente para intentar algo desesperado. Una vez encarcelado, hasta aquella última y remota posibilidad se esfumaría como una fugaz voluta de humo.

Subió, pues, a toda velocidad, las escaleras que conducían a la estación del ferrocarril elevado, sin pararse a averiguar más detalles. Presintió más que vio la veloz carrera emprendida por el agente de Policía tratando de cazarlo antes de que pudiese escapar a su acción.

Sus zapatos resonaron en los peldaños metálicos, cuando corrió en busca de un leve resquicio de salvación. Mentalmente, contaba los segundos y minutos transcurridos desde que el anterior tren pasara por allí haciendo vibrar la estructura de metal de la estación. Otro convoy debía de estar a punto de llegar. Si aún pudiese alcanzarlo...

El policía llegaba al arranque de las escaleras cuando Farrell pisaba ya la planta alta de la estación. Un aspa de hierro le separaba del andén, nada frecuentado en aquel momento.

Buscó con desesperada prisa una moneda en su bolsillo. Dio con un níquel, y sintiendo que un sudor helado empañaba su piel, lo echó en la ranura. En aquel breve instante que transcurrió desde el momento de depositar la moneda hasta que cedió el mecanismo y giró la puerta giratoria de acceso al andén, a sus oídos llegó el eco sonoro de las pisadas sobre el metal de las escaleras, veloces y rotundas. Era cuestión de segundos...

El tren rugió al final de la recta y sus luces se destacaron sobre el fondo de la noche, avanzando como un monstruo de hierro por las estrías plateadas. Frankie corrió hacia el ferrocarril, consciente de que era materialmente imposible que escapase al acoso del policía.

El elevado se detuvo finalmente en el andén, y Farrell entró sin un solo instante de duda en el segundo vagón, cuya luz cruda reveló con todo detalle la soledad de la estación. Iban ya a cerrarse las puertas del convoy, cuando apareció el policía en la puerta del andén. Sin detenerse a buscar ningún níquel, saltó limpiamente el aspa de hierro de la entrada, y corrió al tren, donde ya localizara su aguda vista al joven fugitivo.

Frankie estudió su situación en una fracción de segundo. El tiempo pasaba a ser el factor fundamental de su fuga. En el instante preciso de introducirse el policía en el coche anterior, empezaban a cerrarse las puertas, accionadas por aire comprimido, del ferrocarril elevado. Silbó estridentemente el tren anunciando su salida.

Entonces, Frankie se lanzó al exterior nuevamente, cuando ya las puertas se ajustaban y el convoy arrancaba a toda velocidad. Divertido, Farrell vio el gesto de ira del policía cuando, a través del cristal de la puerta, comprobó la última jugarreta que le hacía su perseguido.

Mientras el elevado se perdía en la distancia, hacia su estación inmediata, Frankie corrió escaleras abajo, nuevamente a la calle, y allí buscó un taxi, que finalmente localizó, dando una dirección cualquiera del centro de la ciudad.

Una vez en Manhattan Frankie Farrell despidió su vehículo, tomó un nuevo taxi y se hizo conducir a la Editorial Malcomb.

El coche cubrió la distancia en breve espacio de tiempo. Eran las nueve y cuarto cuando asomó ante él el edificio de «Malcomb Thrillers». Ya iba a indicar al chofer que frenase, cuando súbitamente cambió de idea. Se inclinó sobre el cristal de separación con el compartimento anterior, y ordenó con voz tajante:

—¡Deprisa, siga sin detenerse! ¡No vacile!

Éste era un buen conductor. Y además, discreto. Acaso se dio perfecta cuenta de que los dos coches detenidos ante la Editorial lucían en sus portezuelas el escudo de la Policía Federal. Y que sus número de matrícula eran lo suficientemente bajos para indicar, aun sin escudo ninguno, su condición de pertenecientes a la Ley. Acaso también comprendió que el aparcamiento de los dos vehículos eran el acuciante motivo para que Frankie Farrell variase bruscamente sus planes, buscando lugares más saludables. Pero no dijo nada, ni hizo comentario alguno, y se limitó a continuar la marcha sin irregularidad alguna que hiciese sospechar a los hombres que permanecían atentos al volante de los dos coches federales.

Frankie se enjugó el sudor que invadía su frente y se hundía en los profundos pliegues que la preocupación y la angustia marcaban en su frente. Aquello empeoraba por momentos, y los resquicios iban siendo cada vez más débiles y estrechos. El

F. B. I.,

tendía un cerco implacable en todo Nueva York. Indefectiblemente, caería en uno u otro momento en plena tela de araña. Era una cuestión de tiempo.

Despidió al taxi ante un bar de la Calle Treinta y Nueve. No era prudente continuar mucho tiempo en el mismo vehículo. Entró en el local, y se encerró en la cabina telefónica, donde marcó angustiadamente el

66-89-42

de Broadway. Si encontrase en casa a Joan

O'Leary

acaso podía ayudarle en aquella lucha contra lo imposible...

El teléfono vibró durante un buen rato al resonar al otro extremo del hilo el timbre de llamada. Finalmente, cuando se disponía a colgar, alguien levantó el receptor y escuchó una voz

masculina, severa y concisa:

—¿Dígame? Aquí la residencia de los señores

O'Leary...

—Oiga... ¿Es usted, míster

O'Leary...?

—interrogó Frankie—. Deseo hablar con Joan. Es urgente.

—¿Quién llama, por favor? —interrogó el gran hombre.

—Farrell —dijo el joven sin tratar de fingir nada—. Necesito hablar con ella...

En aquel momento, algo chasqueó en la línea. Podía ser una nueva comunicación con otro aparato supletorio. Frankie receló la verdad: la policía controlaba la línea de los

O'Leary.

Súbitamente, colgó sin más explicaciones.

Salió del bar precipitadamente, antes de que el

F. B. I.,

localizase el origen de la llamada y trataran de cercarle en una calle o distrito, con lo que su terreno se reduciría al mínimo, y con ello todas sus remotas probabilidades de seguir ocultándose a sus perseguidores.

Bajo la marquesina iluminada del local, permaneció unos segundos sin saber qué hacer. El cerco se estrechaba. Ni siquiera estaba seguro de lograr rehuirlo antes de que terminara la noche. Nueva York, con todo y ser una gigantesca colmena aparentemente inabarcable, podía transformarse en una ratonera mortal para un perseguido por la Ley.

De cualquiera de aquellos coches fulgurantes, cuyas carrocerías destellaban bajo el brillo cegador de los luminosos, de cualquier local atractivo y frívolo, de cualquier boca de «metro» o de cualquier estación del ferrocarril elevado, de una cafetería, de un teatro o un cinematógrafo, de una esquina cualquiera, prometedora de libertad y cómplice encubrimiento, podía saltar en un instante dado la zarpa del peligro, el policía que le agarrase con firmeza, terminando aquella humana cacería en la implacable jungla de cemento y hierro de la gran ciudad.

Eran cazadores despiadados los que seguían la pieza, acorralándola insensiblemente, dejándola que ella misma se ahogase al tirar de la soga que, complacientemente, le daban. Y

Frankie Farrell sabía que estaban dándole cuerda suficiente para que se ciñera a su cuello en un momento determinado.

Entró en un estanco. Pidió un paquete de cigarrillos a una empleada pelirroja y atractiva, cuyas curvas incitantes y sonrisa frívola no le hicieron mella. Echó unas monedas sobre el mostrador y salió del establecimiento sin prestarle ninguna atención a la muchacha, imperdonable delito que en circunstancias normales no se le hubiera ocurrido cometer.

Encendió, nerviosamente, un cigarrillo. Caminó unas manzanas, hasta detenerse en la esquina de Times Square, radiante de luz y de vida a aquellas horas de la noche. El gigantesco anuncio del «Coca-Cola»,

parpadeando en el frente de una fachada, parecía hacerle guiños irónicos, burlándose de él. En el «Cine Astor» proyectaban una película del Oeste, y en otro edificio cabrilleaban las luces multicolores de un anuncio de licores. Todo brillante, alegre, vivo, lleno de esplendor. Una hermosa trampa donde se debatía el insignificante pigmeo prisionero de la gran urbe.

La proximidad de un agente de policía metropolitana, le hizo retroceder prudentemente. Se dio de cara con las fotografías coloreadas de la película de vaqueros anunciada en el «Astor».

Se acercó a la taquilla. Una entrada de platea le costó dos dólares. Pero entró, hundiéndose en la oscuridad cómplice de la sala, cuando en la pantalla pugnaba por vencer a una legión de indios un famoso galán de Hollywood. Lo bueno es que les vencía finalmente. Su ingenuidad hizo sonreír a Farrell, pero la gente parecía gustar de la cinta.

No logró soportar la proyección más de treinta minutos. Tenía los nervios tensos, y aquel lugar no resultaba el más adecuado para calmarlos. Salió nuevamente a la brillante luminosidad de Times Square, lleno de color, luz y pegajoso bochorno.

Pensaba en el «accidente» del puente de Wards Island. De no haber mediado una providencial intuición por parte suya, ahora estaría él en el fondo del río, ahogado como el infortunado taxista. Pensó en lo ocurrido en Edgewater horas antes... El asesino repetía su golpe, y nuevamente le fallaba, por puro milagro. Pensó en el viejo

O'Leary,

que se pusiera al teléfono cuando él llamó a Joan. ¿Podía ser aquel hombre el despiadado criminal dispuesto a eliminarle del modo que fuera? Ciertamente que, años atrás, cometiera un crimen incalificable, cruel y malvado. Ciertamente que con su silencio condujo a un hombre a la muerte por aquel delito que él hizo. Pero... ¿podía un hombre reanudar su carrera de crímenes tanto tiempo después, cuando la vida empezaba a declinar, y el solo hecho de defenderla resultaba casi fatigoso? Frankie se resistía a creerlo. Una intuitiva duda le martilleaba el subconsciente. Una pregunta caía una y otra vez sobre sus pensamientos, como una gota de agua torturante:

¿Era realmente Percival

O'Leary

el asesino de Glenn Powers, de Gordon y del taxista?

Las voces de un vendedor de periódicos le arrancó de su torbellino de meditaciones, trayéndole nuevamente a la realidad.

—¡Última edición de la noche! ¡Última edición, con las noticias del día!

Se acercó al muchacho.

—Dame el periódico.

—¿Cuál, señor?

—Cualquiera. El «Tribune».

Tomó el «Tribune» y leyó los gruesos caracteres de la primera plana, con la fotografía de Lizzy Lorimer en lugar destacado:

«Estrella teatral acusada de asesinato. Pocas probabilidades de salvación para la bella Lizzy Lorimer. Frankie Farrell a punto de ser capturado».

Luego, en la sección de última hora, se leía un titular en letras rojas. Frankie también lo examinó sin sorprenderse:

«Accidente en el puente de Queens y Wards Island. Esta tarde fue lanzado al río un taxi, por un coche sin identificar. Un hombre cuyas señas responden a las de Frankie Farrell, el reclamado por asesinato, visto en el lugar del drama. El chofer del taxi fue extraído cadáver».

Arrugó el diario y lo arrojó furiosamente a una papelera. Luego,

empezó a considerar que todo estaba perdido. Tenía a toda la policía tras de sus pasos, ya fuese metropolitana o federal. Sentía sus pies hundidos en un lodazal que le iba tragando poco a poco, y la rama a la que estaba asido, cedía lenta e implacablemente, hundiéndole en el pantano. Si alguien había estado alguna vez con el cuello bajo el hacha del verdugo, ése era él, Frankie Farrell, el brillante escritor de monstruosas novelas para Bruno Malcomb. Sabía que nada podía esperar. En lugar de un hacha, procedimiento en desuso en un país civilizado y lleno de progresos, como Norteamérica, encontraría una horrible silla eléctrica aguardándole, o acaso una incómoda cámara de gas. Pero, en definitiva, todo significaba lo mismo: el final de una alegre aventura, donde su inexperiencia y su estupidez habían alcanzado cimas sublimes. Ahora, ya no tenía remedio. Y lo más que podía hacer un hombre como él, era esperar la derrota con animada entereza.

Se dijo que el alcohol era el vehículo ideal para sumirse en esa bella inconsciencia que tanto ayuda a pasar rápidamente los malos momentos. Y el local de Gus, el sitio perfecto para coger la más hermosa y gigantesca de las borracheras que jamás cogiera.

Adoptada su heroica decisión, plenamente convencido de la sensatez de su idea, tomó un rumbo definido, concreto, como el del reo que sigue el camino del cadalso. Sólo que él seguiría tan heroico camino pasando antes por la bien provista estantería de Gus, de su amigo Gus, que siempre tenía la bebida apropiada al estado anímico del cliente. Y el estado de ánimo de un condenado a muerte, sería algo inédito hasta para Gus...

Deliberadamente, trataba de alejar de sus pensamientos a Lizzy, que ahora esperaba la salvación. Esperaría inútilmente durante mucho tiempo. Lo sentía. Frankie sentía todo aquello... pero nada podía hacer por evitarlo. Absolutamente nada...

CAPÍTULO XII

Aquello eran elefantes. Pero elefantes de color de rosa. Frankie no había visto nunca tantos elefantes color de rosa juntos. Y eran graciosos, pero danzaban demasiado aprisa. Además, atravesaban las paredes como si fueran de papel, y eso no estaba bien. Decididamente, no.

De pronto, los elefantitos se pusieron a bailar cogidos de las manos o de lo que fuera, una especie de danza india. En medio del corro, una gran botella de *whisky* se movía sobre sí misma como una peonza. Y avanzaba. Avanzaba hacia él... Y, de pronto, le derramaba todo su contenido encima.

Litros y litros de *whisky* fresco, delicioso, corriendo por el rostro y el cuerpo de Frankie. ¡Demonio, aquello estaba bien! Le quitaba el dolor de cabeza... ¡Qué fresco estaba aquel líquido!

Se borraron los elefantes, la botella, todo... Sólo quedó el líquido. Pero no era *whisky* sino agua. Agua fría y muy molesta. Tiritando, Frankie Farrell se agitó furiosamente. Decía cosas inconcretas:

—No, no pudo ser... Murió el pobre Nelson... No pudo ser... Y murió Glenn... Y Gordon... No pudo ser. No, no... ¡Oh, viejo O’Leary, viejo tuno...! Tú fuiste... No, no, tú no...

—¡Vamos, Frankie vuelva en sí, por el amor de Dios!

Aquella voz... Si parecía la de Joan. ¡Oh, no, qué tonterías!

—Frankie, por el cielo, que están por ahí buscándole. Vamos, recóbrese...

¡Sí, era ella, Joan! Joan

O’Leary...

La miró entre nieblas. Lástima. Joan bailaba demasiado. Si al menos estuviese quieta... ¿O no era ella la que se movía? No, no, era su

vista. Las paredes del bar danzaban también. El bueno de Gus asomó también allí. Se movió, y otra vez osciló todo. De pronto, el olor de café bien cargado y amargo le hirió el olfato. Algo caliente, espeso y sin azúcar le pasó por la garganta. Y un frasco maloliente se hundió en sus fosas nasales haciéndole estornudar, toser...

Por fin, vio todo más claro. Tenía frío, dolor de estómago, la cabeza hecha una lástima y grandes deseos de vomitar. Lo hizo y se sintió mejor. Joan le miró sin ascos, con anhelo. Gus volvió a por otra buena dosis de café. Las cosas se aclaraban. Era de noche. Un reloj marcaba las dos y media. El bar, sólo lo ocupaban ellos. Y tenían echado el cierre. Bostezó y se puso mejor en la silla. Joan le hablaba con prisas.

—Frankie, tiene que esconderse. Los federales le buscan como perros rabiosos. Creen que usted mató a sus compañeros. Si le encuentran, tirarán a matar antes de nada.

—Diablo. ¿Eso es obra de nuestro buen amigo Simmons?

—El inspector está frenético. Dice papá que en sus muchos años de servicio activo, jamás le vio tan despiadado en una persecución. Ya sabe usted cómo son los federales cuando uno de los suyos cae. Y esta vez fueron dos... Tiene que huir, Frankie, por favor. No pierda el tiempo emborrachándose. Lizzy, su amiguita, está ya en prisión, y acusada de todo lo peor. Si no la maltratan, será porque en el F. B. I.,

hay policías comprensivos y respetuosos con las mujeres.

—Pobre Lizzy... Ella confiaba en mí. Pobre Lizzy... —el tono de Frankie resultaba patético. Joan le miró con sorpresa. Era su primera manifestación de debilidad. Amaba a la muchacha y sentía la vergüenza de su gran fracaso.

—Deje de lamentarse ahora, Frankie. Se imponen acciones enérgicas. ¿Va a escapar o dejará que le cojan como a un infeliz sin imaginación?

—Joan, usted parece confiar mucho en mí. ¿Es que no me cree culpable, como todos?

Ella vacilo antes de responder francamente:

—No. No le creo culpable de nada. ¿Está satisfecho? Pues, apresúrese a huir...

Entre Gus y ella le llevaron a rastras hasta la puerta posterior del bar, que daba a un oscuro callejón del Bowery. Frankie pesaba

mucho, y no hacía nada por aliviar de la carga a sus amigos.

La mente de Frankie trabajaba a toda presión, entre vahos cada vez más difusos de alcohol. Trataba de asociar algo que había oído decir a Joan, y que le había sonado a extraño, con todos aquellos sucesos inexplicables. ¿Qué era lo que Joan había dicho? Estaba seguro de haber oído algo anormal en los últimos minutos. Se destrozaba la mente intentado localizarlo.

Afuera aguardaba un coche particular de color oscuro, en el que Joan introdujo a Frankie con dificultades, y ella ocupó el asiento ante el volante.

—¿Tiene ya escondite elegido, Frankie? —preguntó ella, poniendo el motor en marcha.

—Si diese con la razón de algunas cosas —murmuraba obstinadamente Farrell, hundido en el asiento posterior—. Si yo supiese dónde dejó Gordon Nelson las pruebas de lo que sabía, antes de ser asesinado en el cuarto número diecisiete del teatro...

Súbitamente hizo una pausa. Se golpeó con fuerza la frente con la palma de su mano. Al mismo tiempo dio un auténtico brinco en el asiento.

—¡Oiga, Joan, corra al «Pavillion»! —gritó—. Creo que ya lo tengo.

—¿Cree que es ése el mejor escondite? La policía acaso vigile...

—Usted acelere y no pregunte tanto. Yo sé lo que me digo. Y aunque haya cien mil policías en ese teatro, tengo que ir. Allí está la clave de todo esto... ¡Claro! ¡Y no darme cuenta antes!

Joan corría ya por las callejas, buscando la salida más próxima a City Hall. Los barrios eran poco propicios a las maniobras del lujoso sedán que ella conducía con habilidad. A Farrell le recordó el accidente intencionado de Edgewater... Y se preguntó, irónicamente, si iría ahora en el mismo coche que trató de matarle a él. Era también oscuro, y pertenecía a Percival

O'Leary,

un hombre que tenía excelentes motivos para asesinarle. Sin embargo, se preguntó a sí mismo si todo resultaría tan sencillo como aparentemente hacía suponer.

A buena marcha atravesaron algunas calles del barrio oriental, entre tiendas de tejidos, porcelanas o muebles de lacas brillantes. Los signos chinos de los anuncios le eran tan extraños a Farrell

como su propia manera actual de ver las cosas. Había sido un perfecto idiota, por ver las cosas como habían querido que las viese. Y acaso la solución era aún más sencilla que todo aquel retorcido cúmulo de ideas que le llevara a la casa de los hermanos Winters.

O'Leary

mató a Molly Winters; de acuerdo. Pero ¿había matado asimismo a los dos federales?

La pregunta le hizo pensar en lo cruel que iba a ser para Joan conocer alguna vez la trágica verdad. Su padre, un hombre poderoso, un conocido editor, un financiero... y también un vulgar asesino hundido en el lodo.

El coche frenó a dos manzanas del «Pavillion», por consejo de Frankie. Joan y él bajaron del vehículo, encaminándose al local, cerrado y oscuro a tales horas. Había vuelto a lloviznar, y una negrura charolada brillantaba el asfalto ciudadano. La madrugada era húmeda y desapacible.

No había signo alguno de vida en torno al local, pero no podían fiarse. Frankie tenía ya cierta experiencia sobre ese asunto. Pegado a Joan, buscó la entrada que permanecía toda la noche abierta, sin prestar demasiada atención a un «Ford» que se hallaba estacionado en la esquina inmediata al teatro.

La entrada de emergencia estaba al lado opuesto al del bar anexo. Había una débil bombilla rojiza sobre ella. Ambos entraron en el silencioso y oscuro local. Recordó las palabras de Lizzy el mismo día: «Siempre se corta la luz de las dependencias y camerinos después de las horas de ensayo y función».

Esta vez no hallaron el menor obstáculo para alcanzar el foso. A Frankie no le gustó del todo esta sencillez. Joan se dejaba llevar como un fantasma, incapaz incluso de protestar.

Frankie se detuvo ante la puerta del camerino diecisiete. Observó que la llave estaba en la cerradura, sin disco numerado. Por lo visto, no juzgaban preciso cerrar el cuarto del mobiliario cuando no quedaba nadie en el teatro. Farrell entró.

Entre la multitud de heterogéneos objetos de uso en escena, no fue difícil hallar un candelabro con dos velas, que encendió, dando al cuarto una luz débil, pero duradera.

—¿Y qué hacemos aquí, Farrell? Lo encuentro tan incongruente como ir al Amazonas en busca de mecanógrafas. Este lugar tan raro,

estos trastos...

—Entre estos trastos hay algo muy valioso, Joan. Acaso las pruebas del asesinato de Glenn Powers y de Gordon Nelson.

—Y, en consecuencia, de Molly Winters —dijo ella, sorprendida, pero con un brillo de interés en sus ojos.

—Oh, no —Frankie rió huecamente, mientras lo revolvía todo—. Ése ha sido el error de todos desde un principio. Suponer que el asesino de entonces es el de ahora. No, mi querida amiga. Aquel viejo criminal es la víctima del nuevo y despiadado asesino... —dijo de pronto un grito triunfal. Joan le miró sobresaltada; en su mano agitaba victoriosamente unos documentos atados con una cinta roja y sellados con lacre de igual color.

—¡Aquí están las pruebas que Gordon y Glenn dejaron antes de morir! Hemos llegado al final del camino, Joan. Lea y sabrá quién mató a los dos muchachos y quién ha estado todo el tiempo hundiéndome junto con Lizzy, desde las sombras de su anonimato. Lea...

Rompió el lacre. Iba a desatar la cinta cuando apareció el inspector Simmons en la puerta del cuartucho. Vestía su eterno sobretodo de tornasol, su sombrero gris... y empuñaba una «*Parabellum*» a punto de disparar. Joan chilló, aterrada.

—No grite, señorita

O'Leary,

soy yo, Simmons —dijo suavemente el federal. Se volvió a Farrell—. Queda detenido en nombre de la Ley, Farrell. Deme esos papeles.

Entonces, Frankie, ante el asombro de Joan, repitió su risita hueca de antes al decir duramente:

—¿Desea destruir las pruebas de su propia culpabilidad, inspector Simmons?

En el silencio mortal que siguió a su increíble declaración, Farrell empezó a hablar con rapidez y concisión:

—Desde que examiné los detalles a la luz de una nueva sospecha, todo adquirió para mí la necesaria claridad. Hasta hoy, las culpas recaían exclusivamente en una persona, que hace quince años asesinó a Molly Winters, en Coney Island. Yo no sabía que entonces ya era usted de los federales y que se encargó del caso. Eso lo supe tarde. Dije una vez que alguien influyente de la policía

ayudó al verdadero asesino a librarse de la silla, y condenó, premeditadamente, a Fred Nelson. Pero no podía suponer que ese agente de la Ley corrompido, ese federal que, por rara excepción, deshonró las consignas de integridad y moral del «Federal Boureau», fuese usted, el implacable y sagaz inspector Simmons.

El agente del

F. B. I.,

se echó a reír. Pero a Joan su risa le sonó a falsa.

—De todas sus burdas patrañas. Farrell, ésta es la peor de todas —dijo—. Invente algo mejor para defenderse.

—La verdad es inmejorable —dijo Frankie con fervor—. Usted, encubridor y aliado de entonces del asesino, tuvo siempre un buen pago por parte de su protegido. Ganó dinero, mucho más del que le daba su empleo, y subió como la espuma. Parecía un hombre íntegro. El

F. B. I.,

jamás sospechó de uno de sus mejores inspectores. Sólo un hombre, Gordon Nelson, heredó la misión de vengar a su tío, y se metió donde sabía que anidaba la raíz del drama: en la Policía Federal. Sabía que, con el tiempo, localizaría al que se dejó sobornar para encubrir a un criminal y culpar a un inocente. Dio con él antes de lo que suponía, ayudado, acaso, por Glenn Powers, que era muy astuto. Y entre ambos planearon hundir al que tanto mal hiciera. Iban a «hacer explotar una bomba que llevaba mucho tiempo apagada», según frase de Powers. Y usted les silenció a ambos. Veo que conoce bien los recovecos del teatro. Durante la función debió eliminar a uno y luego a otro, por separado. Ocultó el cuerpo de Glenn en el cuarto de Lizzy. De ahí su teoría, excesivamente acertada al suponer lo que sucediera, al aparecer el cuerpo de Glenn en el frigorífico. Usted «sabía» que allí no podía estar. Y, luego, la trampa puesta a Lizzy y a mí, cuando usted nos dijo que acaso quedaran rastros. Era un modo de hacernos venir y de sorprendernos en el teatro con otro cadáver, el de Nelson. Le ayudó incluso la circunstancia de que Powers, al ser metido en el armario, ya muerto, dejara caer de su bolsillo la chapa del cuarto del mobiliario, donde ocultara poco antes las pruebas de su culpabilidad y la de... Bueno, la de su protegido.

—Jamás escuché nada más incongruente. Entrégueme eso y

cierre el pico.

—A mí me parece bastante sensato, inspector —le desafió Joan, con tono helado.

—Gracias, Joan, pero si dice eso firma su sentencia de muerte. Simmons no la dejará salir a repetir lo que está oyendo. Es demasiado peligroso para él. Y Simmons es un hombre al margen de sospechas. Puede matarnos a los dos sin tener que dar demasiadas explicaciones. ¿Verdad que es lo que va a hacer?

Calló Simmons. Su mano seguía empuñando firme la «*Parabellum*». Frankie siguió:

—Cuando su antiguo cómplice, asustado y temeroso, le dijo que había sabido lo de mi precipitado viaje a Middle Town, usted entró en acción: Me aguardó en Edgewater y allí me embistió con un coche que tenía en un garaje. Tal vez no era suyo, sino de su cómplice. Esta noche, reconocí el coche. También ése fue el que nos agredió en el puente de Queens causando una nueva e inocente víctima hace tan sólo unas horas.

—¡Oh! —exclamó Joan—. Precisamente papá tiene en Edgewater su coche, en un garaje. Es gemelo al que hemos traído y...

Se detuvo con súbito horror. Captó la mirada amarga de Frankie, el destello colérico en los duros ojos de Simmons, y comprendió lo que significaba su revelación.

—¡Dios mío, no! —gimió, profundamente alterada.

—Lo siento, Joan. No pensaba nombrar a su padre para nada —se lamentó Farrell—. Pero usted fue más lejos que yo. Sí, un coche igual al sedan que nos trajo trató de causarme la muerte a mí. Al poco, «casualmente», me encontré con usted, inspector, que se imaginaba lo de mi viaje a Middle Town. Siempre «imaginaba» usted demasiado. Ese exceso de agudeza le delataba. No se puede deducir tanto, ni aun con su mente, aunque confieso que me desconcertó. Le tuve por una especie de superhombre, hasta que una frase de Joan me hizo pensar en otro punto de vista diferente. ¿Y si usted conociera las cosas antes de fingir que las deducía? ¿Y si usted era la sombra protectora de

O'Leary,

y su pesadilla después, durante los años que le ha estado exprimiendo implacablemente? Joan dijo: «Según papá, en muchos

años no veía a Simmons tan despiadado en una búsqueda...». Eso significaba que él le conocía a usted de antiguo y que le veía con frecuencia. Dos datos reveladores. Podía ser él una víctima de sus manejos, en vez del asesino que todos creíamos. Mató una vez. Usted le protegió y condenó a otro. Ese servicio valía dinero. Y se lo sacó bien durante quince años. Ahora, la curiosidad de Glenn y la tenacidad de Gordon Nelson le acorralaban, se veía perdido. Si aquello se descubría era su fin como federal y como hombre... Luchó salvajemente por conservar lo adquirido. Y el único medio era matar. Empleó su método favorito de culpar a alguien inocente. En este caso, Lizzy y yo éramos las víctimas propiciatorias. Nos acosó bien. Tanto, que estuvo a punto de ganar la batalla. Pero ahora ya no tiene solución, Simmons. Va a hablar

O'Leary,

asustado de tanta sangre; Bruce Winters y su hermana Norah, hastiados de callar años y años... Y voy a hablar yo. Está perdido, Simmons, admítalo. Y, además, estas cartas que dejó aquí Glenn...

Las agitó, acaso demasiado imprudentemente. Lo cierto es que Simmons, ágil y astuto como una ardilla, se las arrebató de la mano y las hundió en el bolsillo de su sobretodo. Lo hizo con expresión ansiosa, de fiera acorralada.

Joan le miraba, muy pálida, consciente de la realidad revelada por Frankie. El federal se dio cuenta de que se había delatado a sí mismo. Y se arrancó la inútil careta.

—Bien, Farrell, pudo usted haber vencido, pero no supo jugar sus naipes. Al final gano yo. Las pruebas están en mi poder, y ustedes dos también.

—No se atreverá... —jadeó Joan, desorbitando los ojos.

—Claro que se atreverá —rió Farrell con aire lúgubre—. Ya le dije que no nos daría ninguna oportunidad. Quiere silenciar con sangre lo que empezó también así. Y no sabe que se ahogará en ella. Tendrá que acabar con su aliado

O'Leary,

con Winters, con Norah...

—Lo haré, si es preciso —dijo rudamente el federal—. Pero no hará falta. Los Winters callarán. Y si el viejo quiere ahora darse por vencido, les irá a hacer compañía a ustedes.

La «*Parabellum*» estaba enfilada sobre Farrell. Éste vio el dedo

curvándose en el gatillo. No podía hacer nada. Pero, al menos, lo había intentado todo. ¡Todo!

Un ruido en el escenario distrajo una fracción de segundo la atención de Simmons. Era un rumor de carreras o algo así. Pero Frankie no se paró en averiguar lo que podía ser. Como una catapulta se lanzó sobre el policía, cuya arma se elevó demasiado, al tiempo de disparar clavándose la bala en las tablas del techo. El disparo repercutió en todo el foso como un cañonazo.

Simmons quiso enmendar la puntería, pero ya Frankie atacaba con fuerza demoledora, toda la fuerza que da la defensa desesperada de la propia vida. Descargó un potente golpe de izquierda sobre el mentón de Simmons y lo proyectó contra los muebles, rompiendo bajo su peso un delicado sillón de apariencia ochoncentista. El arma rodó por los suelos, y cuando Simmons la quiso recuperar con un rugido de ira, un duro punterazo de Joan la lanzó bajo una mesa abarrotada de objetos.

Frankie aprovechó la posición inclinada de su adversario y desplomó la mano derecha de canto sobre la nuca. Con un gemido, Simmons osciló, tratando de recuperar el equilibrio. Rehuyó aún un golpe más de Farrell, con la dureza y resistencia física que los agentes del

F. B. I.,

adquieren en sus cursos de enseñanza, y logró reincorporarse y atenzar con dedos convulsos un pesado jarrón, que se dispuso a estrellar contra el cráneo de Farrell, totalmente a su merced al fallar el golpe que intentara.

Fue entonces cuando retumbó un segundo disparo, y el cuerpo del inspector se estremeció unos segundos, mientras a sus ojos asomaba algo que era infinita sorpresa y dolorosa agonía a la vez. Finalmente se dejó caer, arrastrando varios objetos en confuso tropel y destrozando el jarrón contra el suelo en su caída.

Frankie y Joan pudieron contemplar la espalda del policía, donde una amplia mancha oscura se extendía lentamente en el tornasol del sobretodo.

Luego, Farrell alzó la mirada, para tropezar con un viejo y abatido Percival

O'Leary

que dejaba caer sus flácidos brazos, incapaz de sostener ya la

humeante automática, que se deslizó de sus dedos al suelo y fue a quedar junto a la mano agarrotada del inspector Simmons.

—Tenía que hacerlo un día u otro —dijo lentamente.

—¡Padre! —gimió Joan en un sollozo contenido.

—Lo siento por ti, hija —continuó el desdichado—. Pero iba a acabar con vosotros. Y nunca hubiera terminado su carrera de crímenes. Así es mejor... para todos. Incluso para mí.

—Pero ahora la Ley... —dijo Frankie con cierta compasión por O'Leary.

—La Ley está aquí ya —y Frankie oyó pasos precipitados, sobre sus cabezas—. Yo les avisé antes de seguiros hasta aquí y escuchar la confesión de ese canalla. Por fortuna para las gentes honradas, casos como el de Simmons se dan muy poco en el

F. B. I.

Son los hombres como Glenn y como Gordon los que abundan. Uno se cansa de luchar un día, al ver que el mal nunca se entierra. Al cabo de los años, sus raíces asoman siempre, acusadoras.

Un grupo de agentes aparecieron ahora en escena. Frankie oyó como en sueños las palabras cruzadas:

—Soy el inspector Cortland, del

F. B. I.

¿Qué ha ocurrido?

—Me llamo Percival

O'Leary.

Soy un hombre importante, pero también un asesino. Y este hombre que llevó indignamente su enseña de federal, también lo fue. Yo, inspector Cortland, confieso que...

Frankie, como un autómatas, se alejó unos pasos, pensando solo en alguien que estaría aguardando lo peor en una celda. Lizzy ya no tendría que lamentar nunca haber confiado en él. Y siempre es grato saber que uno puede hacer en la vida algo más útil que emborracharse o escribir novelas...

CONCLUSIÓN

Lizzy salió de la cocina con la jarra humeante. El olor del café se extendió por la estancia, y si bien le resultaba grato a Frankie, le hizo recordar cosas que le dieron náuseas; su borrachera fenomenal de unas noches atrás aún le hacía estremecer.

La linda muchacha de los ojos verdes rió al verle torcer el gesto, adivinando sus ideas.

—Malos recuerdos, ¿eh? —dijo con su voz cálida—. El sabor te los hará olvidar. Es un café excelente. Tengo especialidad en él.

—Ya lo he tomado otras veces contigo, Lizzy.

—Sí, pero estabas demasiado borracho para saber su gusto. Ahora es diferente.

Frankie asintió. Sí, era diferente. Todo era ya muy diferente ahora. La pesadilla vivida estaba lejos, y todo había dejado de ser un enigma.

Un O'Leary

vencido y roto ocupó el puesto de Lizzy Lorimer en la celda del Estado. Un cadáver bajo la tierra, a hacer compañía a otros dos hombres, pertenecientes como él al

F. B. I.,

pero muy distintos en moral e integridad. El inspector Cortland había dicho ante los federales que asistieran al funeral del policía muerto:

—Hombres como Simmons pueden encontrarse en todas partes. Ellos son como el gusano que pudre la manzana fresca y jugosa. Pero en este caso, nuestro fruto resulta más poderoso que su carcoma, y acaba eliminando la podredumbre. Pensad que un policía es, ante todo, un ser humano, sujeto a errores y ambiciones, nobles e indignas. Simmons eligió el camino tortuoso. Pero aquí se le enseñó otro bien distinto. Como el seguido por Glenn Powers y por Gordon Nelson. De ellos debéis tomar ejemplo, y no del que se

equivocó...

Sus palabras repercutían aún en sus oídos. Eran de las que no se olvidan. Como no las olvidarían aquellos jóvenes agentes de la última promoción federal, que miraron con sencilla compasión el féretro del hombre indigno.

—¿En qué piensas ahora, Frankie? —quiso saber Lizzy, sentándose frente a él, en la intimidad coquetona del pisito. Escanció negro y humeante café en ambas tazas.

—En nada. Recordaba a Simmons y sus errores. Su propio miedo a perder le hizo salir vencido en una partida donde todos los triunfos estaban en su mano. Yo... le vencí sólo con un «farol».

—No te entiendo.

—Es sencillo. Al recordar las palabras de Joan y caer en la cuenta de la fantástica posibilidad de que hubiésemos estado corriendo tras un fantasma al suponer que

O'Leary

era también el culpable de los crímenes actuales, imaginé que Simmons nos seguiría hasta el teatro o vigilaría éste, tratando de cazarme lo antes posible y previendo la posibilidad de que Glenn o Gordon hubiesen dejado alguna prueba en el teatro. Por eso inventé las pruebas al encontrarme un inocente fajo de cartas, usadas tal vez, en escena, para las representaciones. Él picó y salió a arrebátarmelas.

—¿Quieres decir que las cartas no eran realmente prueba ninguna?

—Claro que no lo eran. Había, sí, algo dejado por Glenn, pero no aquellas cartas. Yo no podía esperar a encontrar lo que fuese, si es que lo encontraba. Y lo inventé. Ahora, el

F. B. I.,

sí dio con ello. Unos resguardos de diversos bancos, señalando transferencias monetarias de

O'Leary

a Simmons durante varios años. Y unos informes robados por Simmons en los archivos federales cuando la muerte de Molly Winters. Todo lo demás ya lo sabes. Es la misma historia que conté a los Winters en mi desesperado intento de salvarte la vida.

Lizzy le miró profundamente a los ojos. En sus lagos verdes, de oleaje ya en calma, brilló el afecto, la gratitud y la emoción. Frankie

leyó todo eso. Y oyó con un placer intenso sus palabras.

—Hiciste mucho por mí, Frankie, cuando ya no confiaba en nada ni en nadie.

—No fue nada. A punto estuve de perder. Y tú estabas en el juego; no podía dejarte.

—Pienso a veces que eres un hombre maravilloso. Si no bebieras, serías el hombre perfecto. ¿Por qué lo haces?

—¿Beber?

—Sí.

—¿Tú has preguntado alguna vez a alguien por qué respira?

—No es lo mismo.

—Sí, Lizzy, es vital. Hace falta para seguir viviendo. Y yo necesito el alcohol como otros el aire necesario para no morir. ¿Sabes tú lo que es alimentar esperanzas, ilusiones de llegar a ser alguien un día, y encontrarse de pronto con la realidad de que has de escribir siempre cosas lamentables encerrado en un mal cuchitril? Ahí se pierden todas las ambiciones. Los afanes de triunfo quedan atrás, rotos como nuestros sueños y como nuestras pobres ropas de vagabundo borrachín e inútil. Es el fracaso del hombre, Lizzy, y eso sólo se puede soportar olvidando. El alcohol hace olvidar. ¿Lo entiendes ahora?

—Creo que sí —dijo ella, lentamente, mirando el fondo de su taza, como si en la negra infusión viese la respuesta a tantas preguntas como se hiciera sobre Frankie. Le miró lealmente a los ojos al decir—: ¿Y no hay otras soluciones a esa tragedia?

—Sí. Encontrar algo por lo que valga la pena vivir y luchar otra vez. No sentirse solo en la vida, en la ciudad, que te agobia y te vence. Saber que algún día, alguien pensará en ti, te animará a intentar cosas mejores y en esa persona hallarás el consuelo de las horas amargas.

—¿Y no lo encontraste nunca, Frankie?

—No. Ya te digo que soy un fracaso como ser humano. A veces, creí hallarlo, pero me di cuenta de que me equivocaba. Y volvía a ser el de siempre.

Lizzy puso una mano en el brazo de Frankie, sin quitarle de encima los ojos profundos, llameantes y vivos. El joven se estremeció.

—¿Y si lo encontraras?

—Todo cambiaría mucho. Sí, mucho... Pero no creo que valga la pena pensarlo. ¿Tú crees que alguna mujer sería tan loca que se enamorase de un hombre como yo?

Lizzy sonrió. Como podían sonreír los ángeles. Y respondió cálidamente:

—Yo me he enamorado, Frankie querido...

Se le cayó la taza de la mano. El café se derramó por el mantel y ninguno hizo el menor caso de ello. Estaban demasiado ocupados mirándose a los ojos, comprendiendo por vez primera que aquello no era un simple flirteo nacido de las azarosas circunstancias pasadas ni tampoco un falso concepto de la gratitud por parte de Lizzy. Era amor. Sí, Frankie empezaba a sentir una fantástica seguridad en sí mismo y en lo que ella sentía por él.

—Lizzy, ¿tú... me quieres...?

—Sí.

—¿A pesar de cómo soy...?

—Eres adorable, Frankie.

—¿A pesar de fracasar siempre...?

—Triunfarás un día; lo sé.

—¿Me quieres, Lizzy?

—Con toda mi alma, Frankie.

—Lizzy...

Se había levantado, como ella, y ahora la ceñía con sus brazos nervudos y estremecidos por la emoción. Sus bocas se aproximaban, en una atracción irresistible.

De sus mentes se borró todo. El terror pasado, los peligros corridos, la sangre derramada en torno suyo... Sólo existían ellos. Ellos, que podían edificar el sólido edificio de una vida nueva y pujante, vigorosa. Juntos podían intentarlo. Y lo intentarían; sus ojos lo decían sin palabras.

Finalmente, se besaron. Los labios se juntaron ya prietamente, apasionados, llenos de amor. Frankie no pudo decir nada ni ella tampoco.

En realidad, en aquel momento habían dejado de tener valor las palabras. Su lenguaje era el más expresivo del mundo. Y ambos sabían hablarlo olvidándose de todo lo demás.

Sobre la mesa, el café se enfriaba en los recipientes. Pero ninguno de los dos pensaba ya en tales pequeñeces.

FIN



¡Sólo ocho hombres conocían el terrible secreto del "Escorpión"!

Y sólo ellos tenían en sus manos el destino del mundo como planeta. Pero nadie sabía quiénes eran ni dónde se hallaban. Y, mientras, el "Escorpión", nombre de un tóxico de supremo y fantástico poder, capaz de producir simultáneamente una epidemia en los cinco continentes... ¡estaba a punto de extenderse de polo a polo del mundo y provocar

El pánico del siglo

¡Una novela impresionante y sensacional, cuyo argumento es rigurosamente cierto!

EL PÁNICO DEL SIGLO

Su autor, el popularísimo TONY M. TOWER, describe con alucinante realismo la epopeya vivida por un hombre en la verídica y sensacional *Operación Escorpión*, en contra de un arma bacteriológica tan peligrosamente fatal como la bomba de cobalto y la energía nuclear toda cuando se ponen al servicio del mal...

Esta excepcional novela se la ofrecerá dentro de siete días

COLECCION SERVICIO SECRETO

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"

380. — Raf Segrram
EL GRAN RODEO

COLECCION "BUFALO"

77. — Joe Bennet
DALLAS, EL "GUNMAN"

COLECCION "PANTERA"

14. — Keith Luger
LA TIERRA DE LOS ESPIRITUS

COL. "SERVICIO SECRETO"

244. — Tony M. Tower
EL PANICO DEL SIGLO

COLECCION "LAUREL"

36. — LOS MEJORES MADRIGALES
DE LA LENGUA CASTELLANA

**COLECCION
"PRACTICA Y POPULAR"**

13. — NORMAS SOCIALES

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

439. — María Nieves Grajales
GERTIE, LA INTREPIDA

COLEC. "MADREPERLA"

335. — Mary Vidal
DOS VECES AMADA

COLECCION "ROSAURIA"

279. — Matilde Redón Chirona
LA VENGANZA IMPOSIBLE

COLECCION "AMAPOLA"

165. — Bautista Lacasa
EL PUENTE DE LONDRES

COLECCION "ALONDRA"

118. — Carlos de Santander
CLUB DE MEDIA NOCHE

COLECCION "CAMELIA"

59. — María Adela Durango
EL TRIUNFO DE DEBLA

COLECCION "ORQUIDEA"

29. — Trini de Figueroa
DOS PAGINAS EN BLANCO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires



VIVA FELIZ

es el sugestivo título de otro volumen de COLECCION PRACTICA, cuyo contenido proyectará una decisiva influencia sobre su vida, abriéndole el camino del éxito:

VIVA FELIZ

Cómo eliminar las preocupaciones y gozar ampliamente de la vida

¿Por qué, llevando una vida parecida, unos son felices y otros no? He aquí una de las preguntas que hallará usted ampliamente contestadas en

VIVA FELIZ

El más moderno, práctico y sencillo método para eliminar las inquietudes, poseer serenidad y solucionar los diversos problemas de la vida, ofreciéndole a la vez un "test" de posibilidades y las diez más famosas recetas para lograr la felicidad

¡Adquiera este libro sensacional en la popularísima

COLECCION PRACTICA

que lo ha publicado esta misma semana!
Solicítelo a su habitual proveedor, o directamente a

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



...PARA LEER
El DDT

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA DE
TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2 PTS.

¡Tres éxitos unánimes y clamorosos, a través de los tres primeros cuadernos publicados ya por la

COLECCION DAN
SERIE

BISONTE GRAFICO

que la consagran como a la más sensacional colección de novelas gráficas publicadas jamás!

COLECCION DAN
SERIE

BISONTE GRAFICO

Próxima la aparición de su cuarto volumen, le brinda, al igual que en sus tres primeros cuadernos, este sensacional contenido:

UNA AVENTURA LARGA COMPLETA

—Un episodio de **EL JUSTICIERO ERRANTE**

—y la sección de alto valor documental:

"A TRAVES DE LA HISTORIA DE NORTEAMERICA"

¡Apresúrese a solicitar, de su habitual proveedor, los tres primeros cuadernos! ¡Cada uno de ellos cuesta solamente 1,25 ptas.

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

La maravillosa y sensacional Colección que reúne entre sus escogidos títulos las materias de cuyo conocimiento dependen la salud y la vida... le ofrece en su

próximo número este libro utilísimo:



NI GORDOS NI FLACOS

Una obra excepcional, que se convertirá para usted en auténtico elemento de consulta en todo lo relacionado con la obesidad, la delgadez, sus peligros y los más modernos procedimientos para prevenirlos y superarlos; las enfermedades cardíacas, el equilibrio orgánico, dolencias del estómago, hígado y riñones, fatiga, linfatismo, etc., así como un documentado consultorio sobre casos y cosas, del más palpitante interés

NI GORDOS NI FLACOS

es un nuevo y decisivo éxito de la ya famosísima

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

que se le ofrecerá en su próximo número, dentro de siete días

LLUVIA DE ESTRELLAS



James Craig

N.º 29 Nació en Nashville, Tennessee, el 4 de febrero de 1912, y su primer triunfo en el cine lo obtuvo con "Espejismo de amor", al lado de Ginger Rogers. "Una señora sin pasaporte" es su último éxito.

Foto de la película «ESPEJISMO DE AMOR» Distribuida por FLORALVA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5'50 ptas. Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$3'50

